

CUADERNOS MARXISTAS

REVISTA DE ANÁLISIS, DEBATES Y DOCUMENTOS

“¿Comienzo del fin
-o fin del comienzo-
de la crisis”

Jorge Beinstein

“Por el (necesario y
demorado) regreso
al marxismo”

Atilio A. Boron

Radicalización
o restauración

Patricio Echegaray

DOSSIER: BICENTENARIOS

El Movimiento Obrero Argentino
y EL CENTENARIO



por Hernán Camarero



El uti possideti juris
y LA INTEGRACIÓN REGIONAL

por Antonio Peredo Leigue

Pedagogías
y EMANCIPACIONES



por Pablo Imen

El Teatro
y LA HISTORIA



por Raúl Serrano

Medios de comunicación
y PODER

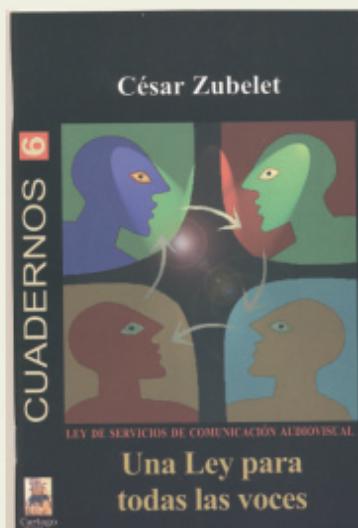
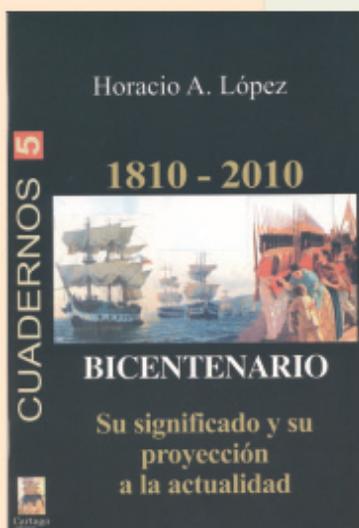
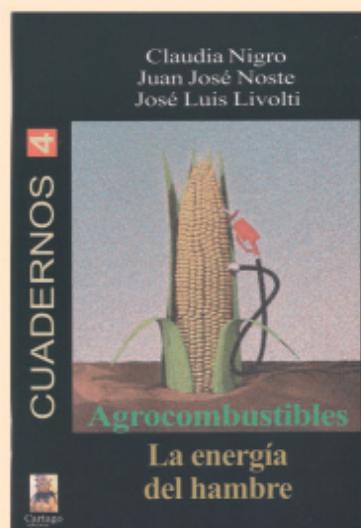
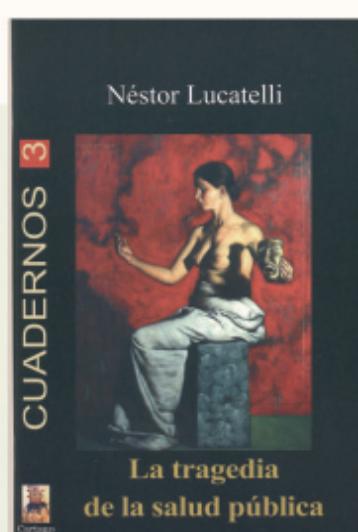
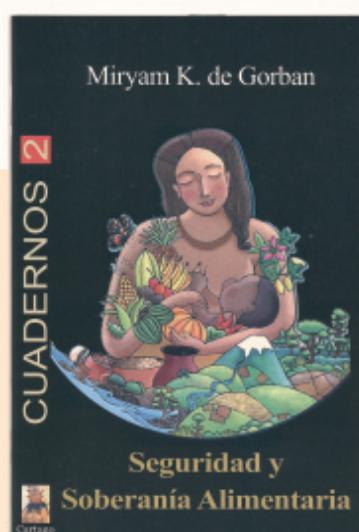
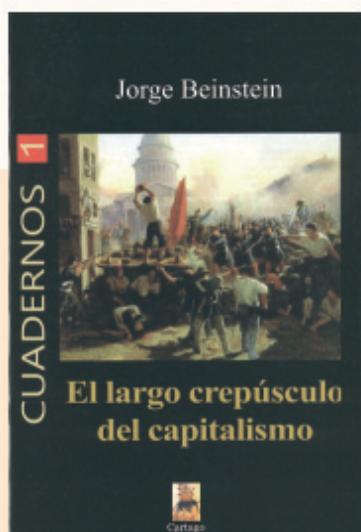


por Ernesto Espeche

El Estado
y LAS POLÍTICAS DE SALUD

por Pablo Oscar Boetsch

COLECCION CUADERNOS LA ACTUALIDAD EN FASCICULOS



Cartago
ediciones

Informe y ventas
Tel 4304-8961
E-mail
info@cartago-ediciones.com.ar

REVISTA DE ANÁLISIS, DEBATES
Y DOCUMENTOS

Director:

Patricio Echegaray

Colaboran

en este número:

Atilio A. Boron

Jorge Beinstein

Hernán Camarero

Raúl Serrano

Antonio Peredo Leigue

Ernesto Espeche

Pablo Imen

Pablo Oscar Boetsch

Diagramación:

Patricia Chapitel

La revista *Cuadernos Marxistas* es una publicación trimestral de análisis, debates y documentos de la editorial Cuadernos Marxistas, con domicilio en la Av. Entre Ríos 1039 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina 4304-0066/68 propaganda@pca.org.ar Registro de la propiedad intelectual en trámite

ISSN 1853-368X

Radicalización o restauración
por **Patricio Echegaray**5

Por el (necesario y demorado) regreso al marxismo
por **Atilio Boron**.....10

Comienzo del fin -o fin del comienzo- de la crisis
por **Jorge Beinstein**.....18

DOSSIER

El Movimiento Obrero Argentino y EL CENTENARIO
por **Hernán Camarero**.....29

El Teatro y LA HISTORIA
por **Raúl Serrano**.....38

El uti possidetis juris y LA INTEGRACION REGIONAL
por **Antonio Peredo Leigue**.....45

Medios de comunicación y PODER
por **Ernesto Espeche**.....53

Pedagogías y EMANCIPACIONES
por **Pablo Imen**.....62

El Estado y LAS POLÍTICAS DE SALUD
por **Pablo Oscar Boetsch**.....81

Al cierre de esta edición de *Cuadernos Marxistas*, se produjo el deceso del ex Presidente Dr. Néstor Carlos Kirchner. Su muerte y los acontecimientos de gran relevancia política que se produjeron en lo inmediato en nuestro país no han podido ser considerados en ésta publicación. No obstante, el análisis de los mismos y de sus consecuencias a mediano y largo plazo serán motivo de análisis y debates en nuestra revista.

Los editores



Radicalización o restauración

por **Patricio Echegaray***

La profunda crisis en la que está sumergido el sistema capitalista ha puesto nuevamente en el centro de la escena una serie de discusiones sobre su capacidad para superar la crisis y sobre el carácter de la misma, a la vez que reavivó el debate sobre la necesidad de fortalecer una perspectiva socialista como instancia superadora del capitalismo.

Todos estos debates habían sido declarados perimidos oportunamente por quienes intentaron imponer su idea del “fin de la historia”.

La supuesta estación terminal de la historia, signada por la caída del bloque soviético y la hegemonía unipolar de los Estados Unidos, con la consecuente imposición e intento de naturalización de la democracia liberal y el libre mercado como norma, no sólo no fue tal, sino que arrastró a la humanidad, en poco más de 20 años, a una crisis de tal magnitud que es a la vez productiva, financiera, energética, alimentaria, geopolítica y ambiental.

Ya desde el inicio de la crisis hacia fines del 2007, se pudo percibir que la misma sería de enorme magnitud y de largo alcance, y que no se reducía a una turbulencia provocada por la explosión de la burbuja inmobiliaria norteamericana.

Esto se expresaba en la superficie, con el drama de quienes perdían su casa en EEUU al no poder afrontar los créditos hipotecarios, pero no hacía más que dejar al descubierto un nefasto entramado de

deudas privadas y públicas y toda clase de operaciones especulativas que se extendían al conjunto de los países desarrollados y a los emergentes de la periferia.

Una crisis de enorme magnitud y seguramente de largo alcance, que no anuncia por sí misma ni el inexorable fin del capitalismo ni el colapso final de sus relaciones de producción, sino que nos afirma en la convicción de que para lograr la efectiva superación del capitalismo, resulta necesaria la constitución de una fuerza política capaz de derrotarlo.

En este sentido, se hace cada vez más evidente que el debate sobre los caminos a seguir frente a la necesidad de superar al capitalismo está a la orden del día, y esto se hará más evidente a nuestro juicio, a medida que se profundicen los efectos de la crisis.

Seguramente estas discusiones estarán atravesadas por un argumento recurrente que es el referido a la ausencia de un modelo de socialismo como guía, cosa que por supuesto, se manifestará como una dificultad al momento de definir el camino a seguir y de demarcar los requisitos necesarios para denominar a una sociedad como socialista.

Conviene recordar que el pensar en términos de modelo es sin duda algo que simplifica mucho las cosas, pero a la vez, esto nos ha acarreado muchos problemas, generalmente provocados por las presiones que continua ejerciendo una visión sumamente economicista acerca del socialismo.

Frente a esto, será necesario encauzar el debate en forma simultánea desde la construcción de un po-

der popular que propicie el protagonismo democrático de los pueblos y su correlato en la redistribución de la riqueza y los diversos tipos de propiedad de los medios de producción.

En su etapa inicial, las respuestas a la crisis actual estuvieron signadas por los estímulos estatales al sector privado y la expansión de las deudas públicas, con el objetivo principal de salvar a las entidades financieras.

Hoy vemos avanzar la segunda etapa de la crisis que se presenta como la del fin de la generosidad estatal y la profundización de las políticas de ajuste a partir de los recortes de gastos, de las reducciones salariales y aumentos en las tasas de interés, que irán acarreado un progresivo enfriamiento de la economía.

Esto ya fue aceptado hasta por George Soros, quien contrariando a quienes anunciaban el fin de la crisis, declaró: “acabamos de entrar en el segundo acto de la crisis europea en la cual los problemas fiscales empeoran y los gobiernos se ven presionados a recortes de presupuesto y reducciones de déficit que pueden empujar a la economía mundial a una nueva recesión”.

Por ahora el enfriamiento económico se ha manifestado en los países más débiles de la Unión Europea pero, más temprano que tarde, se espera que se extienda al resto.

Como ocurre recurrentemente con la política del imperialismo, este enfriamiento no se verifica en todos los órdenes. Este año el presupuesto militar norteamericano llegó a superar en un 50 por ciento al estipulado para el año 2000, trepando a 1.531.000 mil millones de dólares, superando de esta forma la suma de los presupuestos militares del resto del mundo.

En su persistente belicismo, hoy se encuentra empantanado en Afganistán y sin saber cómo retirarse de Iraq, mientras continua amenazando constantemente a Irán, desplegando la IV Flota en América del Sur e instalando bases militares, sobre todo en

***Secretario General del Partido
Comunista de la Argentina**



Colombia, como amenaza concreta a los procesos de cambio que se dan en la región.

Las prioridades quedan así más que claras: en medio de la crisis internacional, donde los gobiernos imponen feroces ajustes sobre la población para salvar al sistema financiero, el único gasto que no se recorta, sino que se aumenta, es el gasto militar, particularmente el de los EE.UU.

En este contexto, América Latina se enfrenta a la fuerte intencionalidad de la derecha de detener el proceso de cambios anti-neoliberales que se empezó a desarrollar, sobre todo, a partir del arribo de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela y que con fuertes puntos de referencia en Bolivia, Ecuador y en la Revolución Cubana, se extiende con diversas características por el continente con perspectivas ciertas de consolidarse y ubicando a nuestra región a la vanguardia de una ola de cambios progresistas que resulta inspiradora para distintas regiones del mundo.

Debilitada la hegemonía neoliberal, los pueblos de nuestro continente están llevando adelante la tarea de pensar y construir proyectos que logren superar los dictados impuestos por décadas de neoliberalismo.

Dictados que, no está de más reiterarlo, sólo podrán ser efectivamente superados si se logra avanzar desde las políticas antineoliberales que algunos gobiernos de la región están implementando, hacia un horizonte poscapitalista, hacia la construcción del socialismo.

Frente a esto, los enemigos de nuestros pueblos, el imperialismo

norteamericano, las derechas oligárquicas, las burocracias políticas y militares están dispuestos a emplear todo tipo de recursos. No hay ninguno que sea suficientemente nuevo como para desecharlo y ninguno que sea suficientemente viejo como para olvidarlo. Golpes de estado militares al más rancio estilo de las décadas 60 y 70, como los que se produjeron fallidamente en Venezuela y con éxito en Honduras; procesos electorales que buscan ser dirigidos desde los grandes medios de comunicación, el aprovechamiento de los errores y debilidades de los gobiernos, la manipulación permanente del tema “seguridad”, todo sumado, configuran un panorama que venimos denunciando desde hace años en la región y en nuestro país.

Esto genera un clima político marcado de manera creciente por la contradicción entre la profundización y la radicalización de los procesos surgidos ante la crisis del neoliberalismo o la restauración de las pautas negativas de la década del 90, tal como se proclamó sin ningún complejo por parte de distintos exponentes de la derecha argentina durante el proceso electoral de 2009.

Este proceso electoral se vivió bajo el impacto de la multiplicidad de crisis que afectan a nuestro país, en primer lugar, la crisis financiera y económica que vive el capitalismo mundial y repercute en la crisis propia del capitalismo argentino. También bajo el impacto de otras crisis, como la de gobernabilidad, que quedó abierta después de la derrota del gobierno y de quienes lo acompañaron en el intento de intervenir sobre la gran renta agraria. Todo esto en el marco de una crisis más general de representación política que se viene dando desde antes de 2001.

En su discurso de asunción a la presidencia en 2003, Néstor Kirchner fue sumamente claro respecto a que su intención era reflotar un proyecto de capitalismo nacional asen-

*Debilitada la
hegemonía neoliberal,
los pueblos de nuestro
continente están llevando
adelante la tarea de
pensar y construir
proyectos que logren
superar los dictados
impuestos por décadas
de neoliberalismo.*

tado en la vieja fórmula de la alianza entre la burguesía nacional y los trabajadores. La remanida idea de la conciliación de clases se tradujo en el intento de construir un bloque histórico compuesto por la clase obrera representada por la Confederación general del Trabajo y los sectores que él consideraba la burguesía nacional, los cuales eran en realidad los grandes grupos económicos agroexportadores y los grupos de la gran industria acaudillados por Techint, que no son más que grupos económicos locales atados fuertemente a intereses transnacionales.

Haciendo frente a su debilidad de origen, -accedió al gobierno con el 22 por ciento de los votos luego de que Carlos Menem desistiera del ballottage-, y en busca del favor popular, Kirchner enarboló un discurso que contenía muchos de los puntos que, levantados por la izquierda y los movimientos sociales, no habían logrado ser representados por una fuerza política propia, un discurso que expresaba los nuevos consensos que asomaban en la Argentina tras la profundización de la crisis que tuvo epicentro en diciembre de 2001.

Ese consenso apuntaba contra las privatizadas, rechazaba las “relaciones carnales” que en los 90 habían

marcado las relaciones con EEUU, puso en duda la preeminencia del mercado como criterio de asignación de las prioridades sociales, censuraba y criticaba las políticas recesivas del Fondo Monetario Internacional y demandaba la recuperación del rol del Estado y de lo público.

La combinación de la bonanza económica internacional y su consecuente influencia en el mercado interno con la cooptación de aspectos del discurso de izquierda y progresista, produjo un fuerte crecimiento en la popularidad del entonces presidente.

En esta etapa de crecimiento a tasas chinas, -donde se consolidó el modelo sojero-exportador y el poder de los pools de siembra-, se expresaron cambios en el tipo de actores que lideran los negocios más suculentos del capitalismo argentino actual, pero sin modificar sustantivamente las relaciones entre los grandes beneficios y los ingresos de las mayorías populares, con lo cual los frutos de la bonanza se siguieron concentrando en la cúspide de la pirámide social.

Más allá de esto, la mejora objetiva de la situación económica, conjuntamente a un discurso que en lo simbólico marchaba muy por delante de las realizaciones efectivas, lograron que las elecciones de 2005 expresaran un grado importante de reconstrucción de la gobernabilidad que, aunque continuaba siendo una gobernabilidad precaria y modesta, que convivía con la crisis aún subyacente de representación política, no dejaba de ser para el gobierno una conquista política de enorme importancia.

Donde efectivamente se verificó un salto de calidad, una verdadera ruptura con respecto a la década del 90, es en el terreno de las relaciones internacionales: aquí no solo Argentina dejó de lado las “relaciones carnales” con los EEUU, sino que se pasó a adoptar un discurso crítico ante el FMI y comenzó la vincula-

ción con el proceso latinoamericano que, hacia el 2003, aún no se veía con la potencia que tendría más tarde.

En este sentido, la política oficial fue atravesando por distintos momentos de importancia, entre los cuales vale la pena destacar las jornadas antimperialistas que tuvieron lugar en Mar del Plata, donde se rechazó el ALCA y la conformación de la UNASUR.

A partir de 2005 también comienza un proceso activo destinado a producir cambios en el sistema político que hoy se materializan con la restrictiva Ley de Reforma Política concebida con la manifiesta intención de fortalecer el sistema bipartidista.

Los remezones de las crisis sufridas por los sistemas de alternancia en diversos países de la región, aconsejaban a los sectores dominantes en Argentina no esperar a que esas crisis aparecieran y se desplegaran espontáneamente, porque generalmente cuando ocurren lo hacen de una manera plebeya, “descontrolada”. Se trataba de influir en el proceso y de anticiparse a sus probables resultados. De allí surge el discurso acerca de la necesidad de remodelar el sistema político, describiendo al radicalismo y el justicialismo como fuerzas ya desgastadas por el devenir histórico, razones por las cuales debía generarse un nuevo sistema basado en una alternancia entre un gran bloque de centroizquierda y otro de centroderecha, aglomerados que deberán turnarse periódicamente en el ejercicio del gobierno aplicando políticas de Estado que garanticen la continuidad institucional, lo que significaba y significa mantener a grandes trazos el mismo proyecto de país.

No debemos olvidar que la crisis con los ruralistas por la Resolución 125 fue, de hecho, el primer gran dato de desgajamiento del incipiente bloque formado por el kirchnerismo que pierde a su aliado agrario, para pasar a perder posteriormente al aliado in-

dustrial, según consta en numerosas declaraciones de las autoridades de la Unión Industrial Argentina, usando como detonador la considerada “débil actitud en defensa de los intereses argentinos” ante la nacionalización de empresas del grupo Techint en Venezuela.

A esto debe sumarse el fallido intento de la transversalidad llevado adelante por Néstor Kirchner.

La transversalidad y el Frente para la Victoria fueron diferentes momentos en esa supuesta intención de construir una fuerza superadora del PJ, pero independientemente de cierto perfil atractivo que logró seducir a sectores del campo popular, la persistente negativa a otorgar la personería gremial a la Central de los Trabajadores Argentinos y el consecuente estacionamiento en la estructura justicialista y en la CGT son algunas de las razones por las cuales no se avanzó en la constitución de una fuerza política que pueda representar claramente a los sectores populares. A partir de esta carencia, podría comenzar a entenderse con mayor claridad el resultado electoral obtenido por el gobierno en la elecciones legislativas del 2009, no sólo el insuficiente aporte en relación a lo esperado por el gobierno en la votación del segundo cordón del Gran Buenos Aires, sino la importante masa de votos para un personaje tan avieso como Francisco De Narváez, para colmo en alianza y subordinado a Mauricio Macri.

Así, las elecciones de 2009 tuvieron como dato original que, desde un punto de vista político-ideológico, la derecha logró dar un salto de calidad en cuanto a su voluntad y al intento de acelerar los ritmos para producir cambios en su propia estructura.

A partir de esto la derecha, peronista o no, se propuso utilizar el espacio conquistado en la Capital Federal y el triunfo del denominado Peronismo Federal en la Provincia



de Buenos Aires, como cabeceras de puente para avanzar desde allí sobre el terreno nacional.

En este contexto y más allá de las dificultades que van encontrando en su camino, no es extraño que algunos factores de poder los impulsen a tratar de confluir en un único candidato. Lo que está claro es que la derecha buscó acelerar los tiempos y cuenta con un poderoso aliento internacional que la impulsa a constituirse como una alternativa real de gobierno para el 2011.

Tanto después de la derrota por la 125 como luego de la elecciones del 2009, el establecimiento en su con-

La derecha busca acelerar los tiempos y cuenta con un poderoso aliento internacional que la impulsa a constituirse como una alternativa real de gobierno para el 2011.

junto presionó para que el gobierno recorte el gasto y tome medidas de ajuste que llevarían al enfriamiento de la economía conjuntamente a un ajuste en la cotización del dólar, que favorezca a los sectores exportadores siguiendo sus viejas recetas.

Estos son datos que no pueden pasar desapercibidos a ninguna mirada sensata y deben ser tenidos en cuenta por los diversos sectores progresistas que aspiran a profundizar las medidas de redistribución.

Ante este panorama el gobierno

sorprendió recuperando rápidamente la iniciativa política, tras la derrota de la 125 puso fin al negocio de las AFJP y reestatizó los fondos de pensiones, y tras la derrota en las legislativas de 2009 impulsó la Ley de Medios Audiovisuales, la Asignación Universal por hijo y la Ley de Matrimonio Igualitario que sirvieron al gobierno para retomar el centro de la escena frente a una derecha que aún no logra articular su espacio.

Estas actitudes, sumadas a la política internacional de integración latinoamericana y a la buena relación con los gobiernos más avanzados de la región, incrementaron la desconfianza por parte de la derecha y, como decíamos anteriormente, no pueden ser obviados por los sectores progresistas que se proponen una política de acumulación de fuerzas.

Estas políticas de acumulación, sin duda podrán desarrollarse mejor en estas circunstancias que en un panorama político hegemónico por cualquiera de las expresiones de la derecha autóctona.

Quedó claro que cuando el gobierno radicaliza sus medidas sale ganando y acorrala a una derecha que, en su pobre argumentación de propuestas, sólo logra repetir como letanía el programa neoliberal.

Radicalización o restauración es la disyuntiva que se enfrenta.

No hay dudas que el gobierno atravesó por momentos de seria debilidad, siempre amplificadas por la jefatura táctica de la derecha Argentina encarnada en los grupos mediáticos encabezados por *Clarín*, jefatura que quedó una vez más en evidencia tras la difusión de la cena en que el CEO de este grupo, Héctor Magneto, reunió a figuras de la oposición como Eduardo Duhalde, Carlos Reutemann, Felipe Solá, Francisco De Narváez y Mauricio Macri.

Pero el gobierno aparece recomponiendo su imagen y tonificado en las encuestas para el 2011, mientras la oposición derechista intenta reto-

mar la ofensiva y a la intervención de Magneto se suman sectores de la Mesa de Enlace capitaneados por Hugo Biolcati de la Sociedad Rural y el esfuerzo mancomunado de la UIA y la Asociación Empresarial Argentina, ofensiva que se ve difi-

Cuando el gobierno radicaliza sus medidas sale ganando y pone en evidencia a la derecha, que por su pobre argumentación sólo logra repetir como letanía el programa neoliberal.

cultada por la contradicción que genera en estos agrupamientos su desconfianza al gobierno por un lado y por otro los buenos negocios que están realizando, según ellos mismos reconocen.

Es verdad también que en el espacio de la izquierda y del progresismo no se logra establecer un frente político en común que nos permita incidir de manera más plena y efectiva en el proceso político.

Por un lado, un sector del mismo, se define como kirchnerista y participa en diversos niveles del espacio gubernamental.

Otro sector, encabezado por Proyecto Sur y sus diputados Pino Solanas y Claudio Lozano, se define claramente como anti-kirchnerista visceral y confía su proyecto de acumulación al desgaste de los Kirchner o, dicho de otra forma, al “fin del ciclo K”.

Finalmente están los sectores que se afirman en su autonomía política y que se mueven con independencia del gobierno, al que reclaman y buscan presionar para radicalizar el proceso sin perder de vista que la derecha que lo enfrenta, es el enemigo principal.

Aquí se encuentra el Partido Comunista conjuntamente con el Encuentro por la Democracia y la Equidad, el Partido Solidario y los sectores socialistas de Jorge Rivas entre otros.

Salta a la vista que una confluencia de estos sectores podría constituir una fuerza de considerable peso tanto en la lucha social como en la política electoral. Mucho hay que debatir para lograrlo, por ahora estas diferencias se proyectan con fuerza al movimiento popular con un efecto negativo de división como lamentablemente se observó en el proceso electoral de la CTA.

Es en el marco de estos desafíos y de los debates que debemos librar, que encaramos esta nueva etapa de *Cuadernos Marxistas* reafirmando los objetivos con que pusimos en marcha su etapa anterior:

“*Cuadernos Marxistas* nace con un sentido claramente militante. En lucha contra la dogmatización y el estancamiento producidos en el pensamiento y en la acción revolucionaria. Para afirmar y enriquecer la lucha por el socialismo, por el anti-imperialismo, por la revolución, por el poder popular. Para pensar juntos los cambios del país y del mundo.

Para darnos derecho a la imaginación y a los sueños que conciben que la injusticia no es un estado natural de la humanidad, sino su perversión; que la alienación del hombre no es la manera de ser intrínseca del ser humano, sino su negación provocada para servir a los intereses del capital; que el mercado no es un nuevo dios al que hay que rendirle pleitesía, sino la expresión actual de las relaciones humanas dominadas por la propiedad privada capitalista.

Que la lucha contra la explotación, que la lucha contra la discriminación política, social, racial, étnica, sexual, religiosa, que la lucha contra la dominación imperialista, que la lucha contra las injusticias interesa hoy a

muchos más sectores que nunca.

Que esta lucha se libra de manera crucial en el plano de las ideas, y de la cultura. Que tenemos que ir construyendo colectivamente una nueva cultura de liberación, que rescate todos los símbolos, tradiciones, conocimientos acumulados y que incorpore nuevos valores y atributos a los mismos para poder enfrentar con éxito la cultura del sometimiento”.

En un contexto diferente pero con los mismos objetivos, el mismo horizonte y los sueños renovados iniciamos esta nueva etapa.

Una etapa en donde vamos dejando lentamente atrás el duro desierto que hubo de atravesar la izquierda marxista bajo el predominio del pensamiento único.

Etapa en la cual, si bien la lucha sigue siendo desigual, estamos en mejores condiciones para librarla.

Contamos para ello con la experiencia acumulada por los procesos de transformación que recorren el continente y que, en su pluralidad y heterogeneidad, coinciden en que la integración regional y la unidad de los pueblos constituyen una herramienta esencial en el camino de la emancipación.

Cuadernos Marxistas buscará aportar a esto abriendo diversos espacios de reflexión, de intercambio y de propuestas.

Esperamos que se constituya en un punto de encuentro para todos aquellos que cotidianamente militan, de una u otra forma, en la construcción del socialismo.



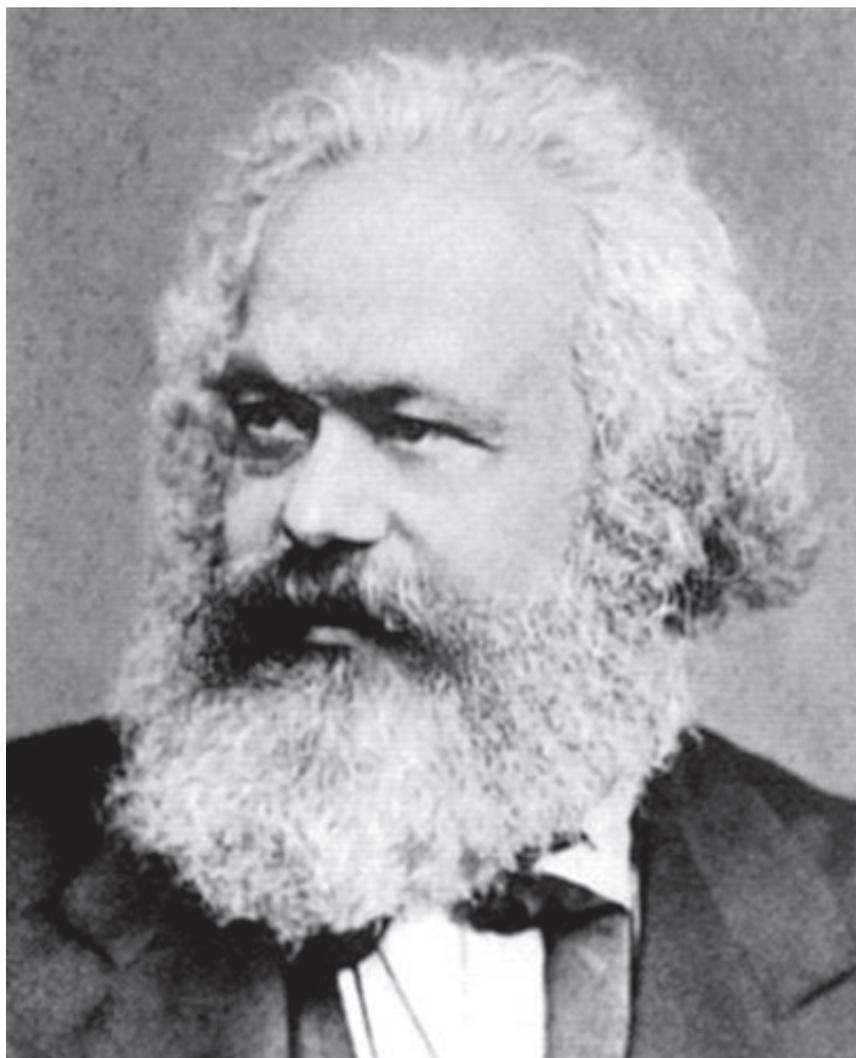
Por el (necesario y demorado) regreso al marxismo

por **Atilio Boron**

Abordar este tema requiere de algunas (necesarias) consideraciones iniciales. ¿Cómo entender el significado de este regreso a las fuentes del pensamiento crítico? Ciertamente, estamos convencidos que la supervivencia del marxismo como tradición intelectual y política se explica por su capacidad para enriquecerse ininterrumpidamente. El regreso a Marx supone un permanente “ir y venir” merced al cual las teorías y los conceptos de la tradición marxista son resignificados a la luz de la experiencia actual, es decir, de los rasgos característicos de las estructuras y procesos del capitalismo contemporáneo.

En este sentido, la reintroducción del marxismo en el debate teórico constituye una saludable novedad en las ciencias sociales latinoamericanas, dominadas durante más de treinta años por la producción académica neoconservadora de origen norteamericano. Ya en un texto juvenil, nos referimos a *La Sagrada Familia*, Marx y Engels decían que cuando la filosofía abjuraba de toda pretensión crítica y transformadora degeneraba en “la expresión abstracta y trascendente del estado de cosas existente”. Pocas advertencias son más oportunas que esta a la hora de juzgar a las teorías sociales dominantes. Al renunciar a la crítica y al desentenderse de la necesidad de transformar el mundo, las construcciones hegemónicas en el campo de las ciencias sociales terminan convertidas en una subrepticia apología del capitalismo finisecular.

***Sociólogo y politólogo**



En este contexto, un marxismo depurado de los vicios del dogmatismo y del sectarismo escolástico parece el mejor dotado para impedir tan deplorable final. Queda claro, entonces, que el marxismo al que nos estamos refiriendo no se agota en los estrechos límites de la biografía de su fundador. Al legado que nos dejara la obra escrita de Karl Marx debemos sumarle los aportes de Friedrich Engels, Vladimir I. Le-

nin, Rosa Luxemburgo, León Trotsky, Nicolai Bujarin, Gyorg. Lúkacs, Antonio Gramsci y tantos otros pensadores que lo forjaron hasta nuestros días.

Retornar al marxismo, entonces, es regresar al punto de partida después de haber acumulado experiencias, triunfos y derrotas. Se llega de regreso al inicio no siendo el mismo. Se llega de regreso a un inicio que tampoco resulta ser el mismo lugar.

taño) por el precio que tiene la reproducción de la misma, poniendo fin a la relación salarial examinada críticamente por Marx en *El Capital*. ¿Qué hace el capitalista cuando adquiere esa fuerza de trabajo? ¿Le retribuye al trabajador la totalidad de lo producido en su jornada laboral, o se queda con una parte? ¿Desaparece la explotación, o persiste bajo renovadas formas?

Si la teoría de la plusvalía fuese refutada, la construcción metodológica del marxismo se vería irreparablemente dañada; si se llegase a demostrar que el método dialéctico es un mero recurso retórico y no una estrategia válida de reconstrucción de lo real en el plano del pensamiento, las tesis centrales de la teoría marxista difícilmente podrían sobrevivir. Sin embargo, aún no ha ocurrido nada de esto. No podemos decir ¡la explotación ha muerto!, antes bien, debemos trabajar duro en favor de un marxismo racional y abierto para interpretar y abarcar acabadamente la complejidad actual.

El legado hegeliano

En continuidad con las observaciones respecto al método referidas bajo la paradoja de Lúckacs, en este apartado retomaremos algunos planteos metodológicos de Marx, no siempre debidamente recordados y, sin embargo, sumamente esclarecedores. Comencemos por el epílogo a la segunda edición de *El Capital*, publicado en 1873, Marx alude explícitamente a su relación con Hegel y a su concepción del método dialéctico. En un pasaje de dicho texto Marx afirma que “mi método dialéctico no sólo difiere del de Hegel (...) sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real” (aclaro, por si acaso que la expresión “demiurgo” significa “prin-

cipio activo del mundo”) Y prosigue Marx diciendo que “Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana. Hace casi treinta años sometí a crítica el aspecto misticador de la dialéctica hegeliana, en tiempos en que todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de *El Capital* los irascibles, presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta dieron en tratar a Hegel (...) como a un ‘perro muerto.’ Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquél gran pensador y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor (¡nada menos!/ AAB), con el modo de expresión que le es peculiar. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquélla. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística”.

Y termina este luminoso pasaje diciendo que “en su forma mistificada la dialéctica estuvo en boga (...) porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, *porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina* (subrayado mío, AAB); porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado percedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria”.

Estas líneas permiten apreciar en toda su magnitud la importancia de la conexión Hegel-Marx y la íntima relación entre teoría y método. Veamos esto con cierto detalle.

a) las formas de la dialéctica. Marx nos dice que ésta se presenta bajo dos formas. Una “misticada”, que marcha sobre su cabeza, y que concibe a la realidad como una proyección fantasmagórica de la Idea (así, con mayúsculas). Esta se convierte, en consecuencia, en “el demiurgo de lo real”.

Pero hay otra forma: la racional, y bajo la cual la dialéctica marcha sobre sus pies. En esta visión las ideas aparecen como la proyección de las contradicciones sociales que son las que efectivamente mueven la historia.

b) las premisas del método dialéctico. Este método se asume como la reproducción en el plano del intelecto del modo en que se produce el cambio histórico. Fue Hegel, dice Marx, quien descubrió sus formas generales de movimiento, sólo que al plasmar sus hallazgos lo hizo bajo una forma misticada. Recuperada su “figura racional” la dialéctica se convierte en escándalo y abominación para la burguesía pues implica lo siguiente:

b.1) que el conflicto social es omnipresente. La historia no es otra cosa que el despliegue de las contradicciones sociales. Si en Hegel éstas se situaban en el plano de las ideas, en Marx el “hogar” de las mismas se sitúa en el plano de la sociedad civil. Allí encontramos las clases y sus irreconciliables antagonismos y las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Esta visión que nos ofrece la dialéctica cuestiona frontalmente tanto los fundamentos ideológicos del pensamiento medieval/feudal, con su axioma indiscutible que postulaba la unidad y organicidad del cuerpo social, como los del pensamiento burgués que se construye a partir de la premisa de la armonía de intereses que se compensan en el ámbito del mercado y el estado. En un caso tenemos a la gran construcción de To-

La falacia del determinismo economicista

Ya en los tiempos en que Marx hacía su aparición en el escenario político e intelectual europeo (segunda mitad del siglo XIX), y desde entonces no ha cesado de ser esgrimida, se acusaba al materialismo histórico de explicar la complejidad de la vida social por la reducción a los factores económicos. Con relación a ellas conviene recordar lo expresado por Engels en una carta a J. Bloch, del mes de septiembre de 1890. El amigo de Marx sostiene que “según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* (Nótese bien: énfasis en el original/AAB) determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante (énfasis en el original/AAB) convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones, (...), las formas jurídicas, (...), las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas (...), —ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma”. Y poco más adelante, en esa misma carta, concluye que “el que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervie-

nen en el juego de las acciones y reacciones”.

En otra carta, dirigida en esta ocasión a K. Schmidt pocas semanas más tarde, en Octubre de 1890, Engels ratificaba lo dicho anteriormente y señalaba que “de lo que adolecen todos estos señores (sus críticos, obviamente. AAB) es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una vacua abstracción, que en el mundo real estas antítesis polares metafísicas no existen más que en momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo formas de acciones y reacciones —aunque de fuerzas muy desiguales, la más fuerte, más primaria y más decisiva de las cuales es el movimiento económico—, que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos, no ha existido Hegel”.

No obstante, sus críticos persistieron en denunciar al “determinismo económico” que, según ellos, caracterizaba irremediabilmente al materialismo histórico. En el célebre “Prólogo” a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, de 1859, leemos que “tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del Siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política.” Primer comentario: pese a que hoy nos parezca extraño, de hecho antes de la verdadera revolución copernicana llevada a cabo por Marx en las ciencias sociales y las humanidades las “relaciones jurídicas y las formas de Estado,” para no hablar de la cultura y la ideología, eran de hecho comprendidas como pro-

ducto de la evolución general del espíritu humano y sin conexión alguna con las luchas sociales y las condiciones materiales de vida de las sociedades. Es cierto que, como hace tiempo lo observara Jacques Barzum, luego de Marx las ciencias sociales jamás volverán a ser lo mismo. Pero, en momentos en que Marx y Engels daban a conocer sus ideas el “sentido común” de su tiempo, construido sobre las premisas silenciosas del pensamiento burgués, era irreductiblemente antagónico a sus concepciones y requería, por lo tanto, de la aclaración que estamos comentando.

Prosigamos. Marx explícitamente dice que todo aquello que se subsume bajo el nombre de “superestructura” hunde sus raíces en las condiciones materiales de existencia de los hombres. Esto quiere decir que todo ese conjunto de elementos, desde la ideología, la filosofía y la religión hasta la política y el derecho, remiten a una base material sobre la cual inevitablemente deben apoyarse. Si el derecho romano afirma taxativamente la propiedad privada y el derecho chino, como lo observara Max Weber, le asigna apenas un carácter precario y circunstancial esto no se debe a otra cosa que al vigoroso desarrollo de prácticas de apropiación privada existente desde los tiempos de la república en el caso de Roma y a la extraordinaria fortaleza que la propiedad comunal exhibía en la China de los albores del siglo veinte.

Pero Marx de ninguna manera decía que el complejísimo universo de la superestructura era un simple reflejo de las condiciones materiales de existencia de una sociedad. Por eso prosigue, en la cita que estamos analizando, diciendo que “el conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio (Uberbau) jurídico y político y a la

Tres aportes centrales del marxismo

De lo expresado, tres son los aportes centrales que deseamos reforzar para la recuperación del marxismo. En primer lugar, conviene retomar las observaciones que Lúkacs hiciera a propósito de su crítica a la fragmentación y reificación de las relaciones sociales en la ideología burguesa y sus diversas manifestaciones teóricas. Una de las premisas nodales del método de análisis de Marx, claramente planteada por éste en su famosa *Introducción de 1857* a los *Grundrisse*, sostiene que: “lo concreto es lo concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones”, por lo tanto unidad de lo diverso. No se trata, en consecuencia, de suprimir o negar la existencia de “lo diverso”, sino de *hallar los términos exactos de su relación con la totalidad*.

A la visión marxista de la totalidad, le sumamos un segundo aporte: *una aproximación a la complejidad e historicidad de lo social*. Ante un clima de época proclive a exitismos de todo tipo, conviene tomar debida nota de algunos de los rasgos distintivos que la crítica del materialismo histórico tradicionalmente le hiciera a la tradición positivista en las ciencias sociales desde sus orígenes y que hoy parecen ser ‘descubiertos’ por orientaciones innovadoras del pensamiento científico de avanzada. En efecto, nos referimos a la crítica a la linealidad de la lógica positivista, a la simplificación de los análisis tradicionales que reducían la enorme complejidad de las formaciones sociales a unas pocas variables cuantitativamente definidas y mensuradas, a la insensata pretensión empirista de un observador completamente separado del objeto de estudio. Como muy bien se observa en el *Informe Gulbenkian*, coordinado por Immanuel Wallerstein, las nuevas tendencias impe-

rantes han subrayado la no-linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación y la imposibilidad de remover al observador del proceso de medición y la superioridad de las interpretaciones cualitativas sobre la precisión de los análisis cuantitativos. Por todo lo dicho debería celebrarse también la favorable recepción que ha tenido la insistencia de Ilya Prigogine, uno de los redactores del mencionado informe, al señalar el carácter abierto y no pre-determinado de la historia. Su reclamo es un útil recordatorio para los dogmáticos de distinto signo: tanto para los que desde una postura “supuestamente marxista” – en realidad anti-marxista y no dialéctica – creen en la inexorabilidad de la revolución y el advenimiento del socialismo, como para los que con el mismo empecinamiento celebran “el fin de la historia” y el triunfo de los mercados y la democracia liberal.

Según el marxismo la historia implica la sucesiva constitución de coyunturas. Claro que, a diferencia de lo que proponen los posmodernos, éstas no son el producto de la ilimitada capacidad de combinación “contingente” que tienen los infinitos fragmentos de lo real. Existe una relación dialéctica y no mecánica entre agentes sociales, estructura y coyuntura: el carácter y las posibilidades de esta última se encuentran condicionados por ciertos límites histórico-estructurales que posibilitan la apertura de ciertas oportunidades a la vez que clausuran otras. Marx sintetizó su visión no determinista del proceso histórico cuando pronosticó que en algún momento de su devenir las sociedades capitalistas deberían enfrentarse al dilema de hierro por sí mismas engendrado. No hay lugar en su teoría para “fatalidades históricas” o “necesidades ineluctables” portadoras del socialismo con independencia de la voluntad y de las iniciati-

vas de los hombres y mujeres que constituyen una sociedad.

Finalmente, *la relación entre la teoría y la praxis* ocupa un tercer lugar clave en la recuperación de la vitalidad que el marxismo puede insuflar a las ciencias sociales. No desconocemos aquello que Perry Anderson denominara “el marxismo occidental” caracterizado precisamente por “el divorcio estructural entre este marxismo y la práctica política”. Este divorcio entre teoría y práctica y entre reflexión teórica e insurgencia popular, que tan importante fuera en el marxismo clásico, tuvo consecuencias que nos resultan demasiado familiares en nuestro tiempo. El golpe decisivo para volver a reconstituir el nexo teoría/praxis sólo podrá aportarlo la contribución de un marxismo ya recuperado de su extravío “occidental” y reencontrado con lo mejor de su gran tradición teórica.

Las causas de la desertión de los intelectuales del campo de la crítica y la revolución son muchas, y no pueden ser exploradas en su complejidad en este texto. En todo caso, digamos que dos de los factores más importantes que la explican se relacionan con la formidable hegemonía ideológico-política del neoliberalismo y el afianzamiento de la “sensibilidad posmoderna”. Ante los estragos hechos por ambos ideologemas, debemos recordar, todas las veces que resulte necesario, que Marx se sentía urgido por trascender el régimen social capitalista y no estaba interesado en develar sus más recónditos secretos por mera curiosidad intelectual. De ahí que la reintroducción del marxismo en el debate filosófico-político contemporáneo – así como en la agenda de los grandes movimientos sociales y fuerzas políticas de nuestro tiempo – sea una de las tareas más urgentes de la hora. Esperamos cotidianamente contribuir con nuestro modesto aporte.

¿Comienzo del fin -o fin del comienzo- de la crisis?

por Jorge Beinstein*

Desde el inicio de 2009 Ben Bernanke señalaba que antes del fin de ese año comenzarían a verse síntomas claros de superación de la crisis y hacia el mes de agosto anunció que “*lo peor de la recesión ha quedado atrás*” (1). Antes de que estallara la bomba financiera en septiembre de 2008 Bernanke pronosticaba que dicho estallido nunca iba a ocurrir, y cuando finalmente ocurrió su nuevo pronóstico era que en poco tiempo llegaría la recuperación, ahora el Presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos ha decidido no esperar más y le anuncia al mundo el comienzo del fin de la pesadilla.

No ha sido el único en hacerlo, una apabullante campaña mediática ha venido utilizando algunas señales aisladas para imponer esa idea. Así fue como el renacimiento de la burbuja bursátil global desde mediados de marzo fue presentada como un síntoma de mejoría económica general, una nube de “expertos” nos explicó que la euforia de la Bolsa estaba anticipando el fin de la recesión.

En realidad las inyecciones masivas de dinero de los gobiernos de las grandes potencias económicas beneficiando principalmente al sistema financiero generaron enormes excedentes de fondos que, en condiciones de enfriamiento generalizado de la producción y el consumo, encontraron en los negocios bursátiles un espacio favorable para rentabilizar sus capitales.

Jugando al alza de los valores de las acciones empujaban hacia arriba sus precios lo que a su vez incitaba a invertir más y más dinero en la Bolsa. A esto debemos agregar que el motor de la euforia bursátil mundial, la bolsa de los Estados Unidos, además del dinero derivado de los salvatajes locales ha estado recibiendo importantes flujos de fondos especulativos externos que aprovechando la persistente caída del dólar se precipitaron a comprar acciones baratas y en alza.

Se repitió así la secuencia especulativa de fines de los años 1990 y de 2007 pero con una diferencia decisiva: el contexto de la burbuja actual no es el crecimiento de la economía sino la recesión. Las burbujas anteriores (bursátiles, inmobiliarias, comerciales, etc.) interactuaban “positivamente” con el resto de las actividades económicas; la suba en los precios de las acciones o de las viviendas alentaban el consumo y la producción y a su vez estos crecimientos generaban fondos que en buena medida se volcaban hacia los negocios especulativos produciéndose así una suerte de círculo virtuoso especulativo-consumista-productivo de carácter global en última instancia perverso, destinado a mediano plazo al desastre pero que causaba prosperidad en el corto plazo.

Por el contrario la burbuja bursátil de 2009 contrasta con bajos niveles de consumo, la declinación de las inversiones productivas, el aumento sostenido de la desocupación. Los excedentes de capitales bloqueados por una economía productiva declinante consiguen bene-

ficios en la especulación financiera, lo que se produce entonces gracias a los fabulosos salvatajes financieros de los gobiernos es un círculo vicioso especulativo-recesivo.

En el caso del gobierno norteamericano este efecto negativo fue suavizado a través de enormes subsidios que consiguieron apuntalar algunos consumos y de ese modo desacelerar primero y más adelante invertir la curva descendente del Producto Bruto Interno. A las fuertes caídas del último trimestre de 2008 y del primero de 2009 le sucedió un descenso suave en el segundo trimestre y un crecimiento en el tercero empujado por los subsidios gubernamentales para la compra de automóviles y viviendas más los gastos militares, pero detrás de esa efímera recuperación aparece la expansión desenfadada del déficit fiscal y del endeudamiento público.

Es evidente que la economía norteamericana no sale de la trampa de la decadencia, los alivios transitorios, las tentativas de recuperación, los crecimientos drogados fortalecen, recomponen los mecanismos parasitarios que la han llevado al desastre actual. Y el hundimiento del imperio (del centro articulador del mundo capitalista) arrastra al conjunto del sistema mundial.

Los salvatajes financieros globales de 2008-2009 desaceleraron la caída económica pero generando enormes déficits fiscales en las potencias centrales que las coloca ante graves amenazas inflacionarias y de debilitamiento extremo en la capacidad de pago de sus Estados, cuya generosidad fiscal (hacia las grandes empresas y las instituciones financieras) no consiguió generar el ansiado despegue de la inversión y el consumo que anunciaban sus dirigentes.

Según ellos ese prometido *golpe de demanda* debería producir la reactivación durable de la economía mundial y en consecuencia la re-

ducción de los déficits, la anulación del peligro hiper-inflacionario, etc. Apenas lograron modestas reactivaciones de ciertos consumos, algunas ilusiones estadísticas (crecimientos del PBI, etc.) y más parasitismo. El fracaso es evidente, lo que no impide que vuelvan una y otra vez a aplicar sus inútiles medicinas intervencionistas (en una curiosa combinación ideológica de neoliberalismo y nekeynesiano financiero), lo harán hasta que se les agoten los recursos, prisioneros de la locura general del sistema. En sus cerebros no entra la realidad del violento cambio de época que ha convertido en obsoletos sus viejos instrumentos.

Peor aún, no se trata solo de una “crisis económica”, otras “crisis” están a la vista y en cualquier momento podrían golpear con fuerza a un sistema global muy frágil, entre ellas debemos destacar a las crisis energética y alimentaria (que se hicieron presentes durante el año 2008). O a la degradación del *complejo militar-industrial* de los Estados Unidos involucrando al conjunto de aparatos militares de la OTAN empantanados en las guerras de Irak y Afganistán-Pakistán, sumergido en una catastrófica *crisis de percepción*: la sorprendente resistencia de esos pueblos periféricos desborda su capacidad de comprensión de la realidad, se repite a niveles mucho más elevados el “efecto Vietnam” o el desconcierto de Hitler ante la avalancha soviética.

También es necesario mencionar a las crisis urbana y ambiental que junto a la declinación de valores morales y culturales, de creencias sociales, van ahogando gradualmente a los paradigmas decisivos del mundo burgués, desordenando, deteriorando a los sistemas políticos, a las estructuras de innovación productiva, a los mecanismos de manipulación mediática.

En suma, nos encontramos ante

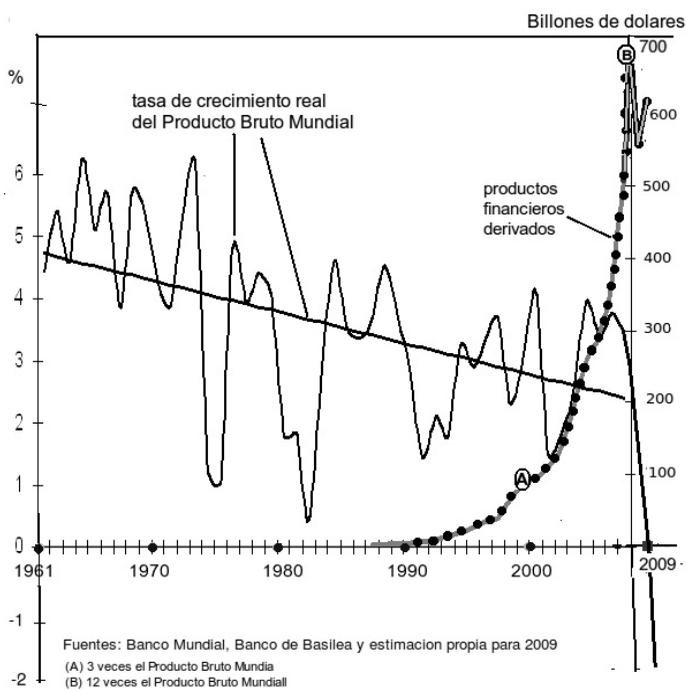
la apariencia de una convergencia de numerosas “crisis”, en realidad se trata de una única crisis gigantesca, con diversos rostros, de dimensión (planetaria) nunca antes vista en la historia, su aspecto es el de un gran crepúsculo que amenaza prolongarse durante un largo período.

1968-2007: la etapa preparatoria

La crisis actual ha tenido un largo período de gestación (aproximadamente entre 1968 y 2007), durante el

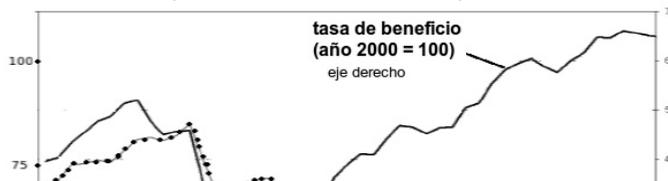
cual se desarrolló una *crisis crónica de sobreproducción* que fue acumulando parasitismo y depredación del ecosistema. El proceso de esas cuatro décadas puede ser interpretado como una postergación del desastre gracias a la expansión financiera-militar (centrada en los Estados Unidos), la integración periférica de mano de obra industrial barata (China, etc.), la depredación acelerada de recursos naturales (en especial los energéticos no renovables) y el pillaje financiero de una amplia abanico de países subdesarrollados. También puede ser visto bajo la forma de una “fuga hacia

Desaceleración económica y expansión financiera



Potencias centrales: beneficios y acumulación

Japón + Estados Unidos + Unión Europea



adelante” del sistema impulsada por sus grandes motores parasitarios.

Ambas visiones deberían ser integradas utilizando el concepto de “*capitalismo senil*” (2), es decir de un fenómeno de envejecimiento avanzado del sistema que despliega todo su complejo instrumental anti-crisis acumulado en una larga historia bisecular pero que sin embargo no puede impedir el agravamiento de sus enfermedades, su decadencia.

La expansión del parasitismo y la declinación de la dinámica productiva global constituyen procesos estrechamente vinculados: desde mediados de los años 1970 las tasas de crecimiento del Producto Bruto Mundial se movieron de manera irregular en torno de una línea descendente mientras que la especulación financiera se expandía a un ritmo vertiginoso.

Si observamos el comportamiento de las tres economías centrales: los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, constataremos que a lo largo de las tres últimas décadas la caída de sus tasas de crecimiento del capital neto (la tasa de acumulación) contrastó con el aumento de los beneficios empresarios, la clave del fenómeno está en la creciente orientación del conjunto de esas economías hacia la especulación financiera (3).

La hipertrofia financiera fue a la vez causa y efecto de la decadencia productiva; la desaceleración de la llamada “*economía real*” generaba fondos ociosos que eran derivados hacia la especulación como vía de salida para rentabilizar el capital, en consecuencia dichas actividades se expandían absorbiendo capitales dispo-

nibles, dominando con su subcultura virtualista del beneficio inmediato a la totalidad del sistema, degenerándolo, haciéndole perder dinamismo. Un estudio riguroso del fenómeno demuestra que no existen dos esferas opuestas una financiera y otra productiva con comportamientos diferenciados, por el contrario nos encontramos ante un único espacio de negocios fuertemente interrelacionados, muchas veces con operadores económicos combinando ambas actividades. Desde el punto de vista macroeconómico no es posible describir sus trayectorias sin integrarlas en una dinámica capitalista común apuntando a la maximización de los beneficios.

Por su parte el *Complejo Militar-Industrial* norteamericano sufrió un golpe muy duro al ser derrotado en Vietnam a mediados de los años 1970, pero las necesidades estructurales del capitalismo le dieron nuevo impulso y realizó un enorme salto cuantitativo al comenzar la década de los 1980 con el mega programa militar del presidente Reagan. Luego pareció quedar bloqueado al ganar los Estados Unidos la *Guerra Fría* a comienzos de los 1990, ¿como legitimar aumentos de gastos cuando había desaparecido el enemigo?, sin embargo al concluir esa década el Imperio había podido fabricar un extraño “enemigo” que permitió una nueva expansión militarista.

Se trató del “terrorismo internacional”, un contrincante difuso, altamente virtual, justificación de una prolongada aventura colonial en Eurasia, tratando de controlar la franja territorial que se extiende desde los Balcanes hasta Pakistán, atravesando Irak, Irán, los países del Asia Central, en cuyo corazón (alrededor del Golfo Pérsico y la Cuenca del Mar Caspio) se encuentra cerca del 70 % de los recursos petroleros del planeta.

La victoria en esa guerra le habría permitido al Imperio acorralar a Rusia y a China y asegurar la fidelidad de su gran aliado estratégico: la Unión

Europea, consolidando así su hegemonía, imponiendo condiciones financieras y comerciales muy duras al resto del mundo ya que la economía imperial declinante necesitaba dosis crecientes de riquezas externas para sobrevivir.

Como en el pasado se conjugaron las necesidades “internas”. propias de la reproducción de la economía norteamericana (donde los gatos militares cumplen un rol decisivo) con la necesaria reproducción de la explotación imperialista. En ese sentido no se trató de un fenómeno nuevo; en los años 1930 los gastos militares les permitieron a los Estados Unidos salir de la recesión y al mismo tiempo emerger como la gran superpotencia capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, luego más de cuarenta años de Guerra Fría constituyeron una importante contribución al crecimiento de su Producto Bruto Interno superando diversas amenazas recesivas (hacia fines de los años 1940, a comienzos de los años 1980, etc.). Lo novedoso de la última militarización (a partir del final de la década de los 1990) estuvo dado por la extrema deformación parasitaria de la sociedad imperial lo que significó el desarrollo de una etapa radicalmente diferente de todas las anteriores.

Declinación del centro del mundo

Es necesario constatar que nos encontramos ante la declinación del centro del mundo: los Estados Unidos, y que esa decadencia no se corresponde con el ascenso de ningún otro centro imperialista mundial de remplazo, las otras grandes potencias (Unión Europea, Japón, Rusia, China) se encuentran todas embarcadas en el mismo buque global a la deriva.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial el capitalismo se estructu-

ró en torno de los Estados Unidos, espacio fundamental de todos los negocios (productivos, financieros, mediáticos, etc.), su degradación desde comienzos de los años 1970 y su descenso actual expresa un mal universal, el parasitismo estadounidense no ha sido otra cosa que su manifestación específica, central acelerada por la crisis crónica global de sobreproducción (incluidos los pseudo milagros como la expansión china, el renacimiento ruso o la integración europea).

El parásito norteamericano consumía por encima de su capacidad productiva porque las economías de Europa, China, Japón, etc., necesitaban venderle sus bienes y servicios, invertir sus excedentes financieros. Se trató de una interdependencia cada vez más profunda, se la llamó “globalización” y la propaganda neoliberal la describió como una suerte de etapa superior del capitalismo, superadora positiva del sistema vigente entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los años 1970.

Fue construida la imagen idílica de un capitalismo transnacional liberado de la tutela de los grandes estados nacionales y creciendo indefinidamente en torno de los círculos virtuosos interrelacionados de la revolución tecnológica, la expansión del consumo y de las finanzas globales, en realidad lo que se impuso fue un capitalismo global completamente hegemonizado

por los negocios financieros y articulado en torno de un gran centro imperialista con claros síntomas de decadencia.

Sería un grueso error señalar al fenómeno parasitario como a un hecho específico, exclusivo de la sociedad norteamericana, deberíamos entenderlo como un proceso mundial. La financierización, la proliferación de redes mafiosas y negocios gangsteriles (como el tráfico de drogas, la prostitución, los saqueos de empresas públicas periféricas, etc.) atraviesa a todas las elites capitalistas de los países centrales y produjo una rápida reconversión-degradación de numerosas burguesías del llamado mundo subdesarrollado transformadas en auténticas lumen-burguesías periféricas.

Podría decirse que el caso chino es la excepción pero no es así, China es una gran exportadora industrial pero acumula fabulosos excedentes financieros, cumple un rol muy importante en los negocios especulativos mundiales, sus elites dirigentes son altamente corruptas y en última instancia su industrialización es completamente funcional a la reproducción del capitalismo financierizado global, especialmente del desarrollo más reciente de la economía norteamericana suministrándole mercancías baratas y acumulando a cambio dólares, bonos del tesoro y otros papeles. De ese modo la elite china participa activamente en la fiesta parasitaria global, forma parte del restringido club de los ricos del mundo (su base social de obreros y campesinos forma parte de la masa proletaria universal de pobres, oprimidos y explotados).

La realidad de la crisis desmiente las fantasías de los “desacoples” nacionales o regionales respecto del hundimiento de los Estados Unidos, muestra por el contrario la desesperación de las otras grandes potencias ante la declinación de su es-

pacio central de negocios.

Lo que estamos presenciando no es el remplazo de la unipolaridad por alguna forma de multipolaridad eficaz, por un reparto completo del mundo entre potencias centrales, sino su desplazamiento paulatino por un proceso de despolarización donde se van abriendo múltiples espacios en los que los controles imperialistas (norteamericanos, europeos u otros) se están aflojando, es decir donde la articulación capitalista del mundo se debilita al ritmo de la crisis. Y los antecedentes históricos (sobre todo si pensamos en lo que ocurrió a partir de la Primera Guerra Mundial) señalan que si eso ocurre, si la jerarquización imperialista del capitalismo entra en crisis entonces irrumpen las condiciones objetivas y subjetivas para las rebeliones de las víctimas del sistema.

No se trata de un proceso ordenado, incluye tentativas de redespigue imperialista, de reconversión estratégica de los mecanismos de dominación, de aprovechamientos por parte de otras grandes potencias que tratan de apropiarse de espacios donde el poder imperial norteamericano se ha debilitado, de autonomizaciones periféricas a veces exitosas y otras muy embrolladas y condenadas al fracaso. Cuando ciertos gurús occidentales muestran su preocupación ante el posible desarrollo de lo que califican como *despolarización caótica* (4) están expresando un gran miedo universal, consciente o inconsciente, frente a la perspectiva de la reaparición del odiado fantasma anticapitalista, varias veces declarado muerto y exorcizado, pero siempre amenazante.

De las crisis de sobreproducción a la crisis general de subproducción (agotamiento de la civilización burguesa)

El desenlace de 2007-2008, inicio del largo crepúsculo del sistema, no constituyó ninguna sorpresa, estaba



escrito en los avatares de la *crisis-controlada* de las últimas cuatro décadas. Más aún, es posible detectar caminos, procesos que a lo largo de cerca de dos siglos recorren toda la historia del capitalismo industrial desembocando ahora en su declinación general, gérmenes de parasitismo anunciadores de la futura decadencia presentes desde el nacimiento del sistema, durante su expansión juvenil y mucho más en su madurez.

La sucesión de las crisis de sobreproducción en el capitalismo occidental durante el siglo XIX no marcó un sencillo encadenamiento de caídas y recuperaciones a niveles cada vez más altos de desarrollo de fuerzas productivas, luego de cada depresión el sistema se recomponía pero acumulando en su recorrido masas crecientes de parasitismo.

El cáncer financiero irrumpió triunfal entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX y obtuvo el control absoluto del sistema siete u ocho décadas después, pero su desarrollo había comenzado mucho tiempo antes, financiando a estructuras industriales y comerciales cada vez más concentradas y a los estados imperialistas donde se expandían las burocracias civiles y militares. La hegemonía de la ideología del progreso y del discurso productivista sirvió para ocultar el fenómeno, instaló la idea de que el capitalismo a la inversa de las civilizaciones anteriores no acumulaba parasitismo sino fuerzas productivas que al expandirse creaban problemas de inadaptación superables al interior del sistema mundial, resueltos a través de procesos de “destrucción-creadora”. El

parasitismo capitalista a gran escala cuando se hacía evidente era considerado como una forma de “*atraso*” o una “*degeneración*” pasajera en la marcha ascendente de la modernidad.

Dicha marea ideológica atrapó también a buena parte del anticapitalismo (en última instancia “progresista”) de los siglos XIX y XX, convencido de que la corriente imparable del desarrollo de las fuerzas productivas terminaría por enfrentar al bloqueo de las relaciones capitalistas de producción, saltando por encima de ellas, aplastándolas con una avalancha revolucionaria de obreros industriales de los países más “desarrollados a los que seguirían los llamados “países atrasados”. La ilusión del progreso indefinido (más o menos turbulento) ocultó la perspectiva de la decadencia, de esa manera dejó a medio camino al pensamiento crítico, le quitó radicalidad con consecuencias culturales negativas evidentes para los movimientos de emancipación de los oprimidos del centro y de la periferia.

Por su parte el militarismo moderno hundió sus raíces en el siglo XIX occidental, desde las guerras napoleónicas, llegando a la guerra franco-prusiana hasta irrumpir en la Primera Guerra Mundial como “*Complejo Militar-Industrial*”. Fue percibido en un comienzo como un instrumento privilegiado de las estrategias imperialistas y más adelante como reactivador económico del capitalismo. Solo se veía un aspecto del problema pero se ignoraba o subestimaba su profunda naturaleza parasitaria, el hecho de que detrás del monstruo militar al servicio de la reproducción del sistema se ocultaba un monstruo mucho más poderoso a largo plazo: el del consumo improductivo.

Actualmente el Complejo Militar-Industrial norteamericano (en torno del cual se reproducen los de sus socios de la OTAN) gasta en términos reales más de un billón (un millón de millones) de dólares (5), con-

tribuye de manera creciente al déficit fiscal y por consiguiente al endeudamiento del Imperio (y a la prosperidad de los negocios financieros beneficiarios de dicho déficit). Su eficacia militar es declinante pero su burocracia es cada vez mayor, la corrupción ha penetrado en todas sus actividades, ya no es el gran generador de empleos como en otras épocas, el desarrollo de la tecnología industrial-militar ha reducido significativamente esa función. La época del keynesianismo militar como eficaz estrategia anti-crisis pertenece al pasado (6).

Presenciamos actualmente en los Estados Unidos la integración de negocios entre la esfera industrial-militar, las redes financieras, las grandes empresas energéticas, las camarillas mafiosas, las “empresas” de seguridad y otros actividades muy dinámicas conformando el espacio dominante del sistema de poder imperial.

Tampoco la crisis energética en torno de la llegada del “*Peak Oil*” (la franja de máxima producción petrolera mundial a partir de la cual se desarrolla su declinación) debería ser restringida a la historia de las últimas décadas, es necesario entenderla como fase declinante del largo ciclo de la explotación moderna de los recursos naturales no renovables, desde el comienzo del capitalismo industrial que pudo realizar su despegue y posterior expansión gracias a esos insumos energéticos abundantes, baratos y fácilmente transportables desarrollando primero el ciclo del carbón bajo hegemonía inglesa en el siglo XIX y luego el del petróleo bajo hegemonía norteamericana en el siglo XX.

Ese ciclo energético bisecular condicionó todo el desarrollo tecnológico del sistema y expresó, fue la vanguardia de la dinámica depredadora del capitalismo extendida al conjunto de recursos naturales y del ecosistema en general.

Lo que durante casi dos siglos fue considerado como una de las gran-

des proezas de la civilización burguesa, su aventura industrial y tecnológica, aparece ahora como la madre de todos los desastres, como una expansión depredadora que pone en peligro la supervivencia de la especie humana que la había desatado.

En síntesis, el desarrollo de la civilización burguesa durante los dos últimos siglos (con raíces en un pasado occidental mucho más prolongado) ha terminado por engendrar un proceso irreversible de decadencia, la depredación ambiental y la expansión parasitaria, estrechamente interrelacionadas, están en la base del fenómeno.

La dinámica del desarrollo económico del capitalismo marcada por una sucesión de crisis de sobreproducción constituye el motor del proceso depredador-parasitario que conduce inevitablemente a una **crisis prolongada de subproducción**. Desde una mirada superficial se podría concluir que dicha crisis ha sido causada por factores exógenos al sistema: perturbaciones climáticas, escasez de recursos energéticos, etc., que bloquean o incluso hacen retroceder al desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo una reflexión más rigurosa nos demuestra que la penuria energética y la degradación ambiental son el resultado de la dinámica depredadora del capitalismo obligado a crecer indefinidamente para no perecer, aunque precisamente dicho crecimiento

termina por destruir al sistema.

Existe una interrelación dialéctica perversa entre la expansión de la masa global de ganancias, su velocidad creciente, la multiplicación de las estructuras burocráticas civiles y militares de control social, la concentración mundial de ingresos, el ascenso de la marea parasitaria y la depredación del ecosistema.

Las revoluciones tecnológicas del capitalismo han sido en apariencia sus tablas de salvación, y lo han sido durante mucho tiempo incrementando la productividad industrial y agraria, mejorando las comunicaciones y transportes, etc., pero en el largo plazo histórico, en el balance de varios siglos constituyen su trampa mortal: terminan por degradar el desarrollo que han impulsado al estar estructuralmente basadas en la depredación ambiental, al generar un crecimiento exponencial de masas humanas súper explotadas y marginadas.

La cultura técnica de la civilización burguesa se apoya en un doble combate: el del hombre contra la “naturaleza” (el contexto ambiental de su vida) convertida en objeto de explotación, realidad exterior y hostil a la que es necesario dominar, devorar, y en consecuencia del hombre (burgués) contra el hombre (explotado, dominado) convertido en objeto manipulable.

El progreso técnico integra así el proceso de auto destrucción general del capitalismo en la ruta hacia un horizonte de barbarie, esta idea va mucho más allá del concepto de bloqueo tecnológico o de “límite estructural del sistema tecnológico” tal como fue formulado por Bertrand Gille (7). No se trata de la incapacidad de sistema tecnológico de la civilización burguesa para seguir desarrollando fuerzas productivas sino de su alta capacidad en tanto instrumento de destrucción neta de fuerzas productivas.

En síntesis, la historia de las crisis de sobreproducción concluye con una crisis general de subproducción,

como un proceso de destrucción, de decadencia sistémica en el largo plazo. Esto significa que la superación necesaria del capitalismo no aparece como el paso indispensable para proseguir “*la marcha del progreso*” sino en primer lugar como tentativa de supervivencia humana y de su contexto ambiental.

El proceso de decadencia en curso debe ser visto como la fase descendente de un largo ciclo histórico iniciado hacia fines del siglo XVIII (8) que contó con dos grandes articuladores hoy declinantes: el ciclo de la dominación imperialista anglo-norteamericano (etapa inglesa en el siglo XIX y norteamericana en el siglo XX) y el ciclo del estado burgués desde su etapa “liberal industrial” en el siglo XIX, pasando por su etapa intervencionista productiva (keynesiana clásica) en buena parte del siglo XX para llegar a su degradación “neoliberal” a partir de los años 1970-1980.

En fin, es necesario señalar que la convergencia de numerosas “crisis” mundiales puede indicar la existencia de una perturbación grave pero no necesariamente el despliegue de un proceso de decadencia general del sistema. La decadencia aparece como la última etapa de un largo súper ciclo histórico, su fase declinante, su envejecimiento irreversible (su senilidad), el agotamiento de sus diversas funciones. Extremando los reduccionismos tan practicados por las “ciencias sociales” podríamos hablar de “ciclos” energético, alimentario, militar, financiero, productivo, estatal, etc., y así describir en cada caso trayectorias que despegan en Occidente entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX con raíces anteriores e involucrando espacios geográficos crecientes hasta asumir finalmente una dimensión planetaria y luego declinar cada uno de ellos. La coincidencia histórica de todas esas declinaciones y la fácil detección de densas interrelaciones entre todos esos



“ciclos” nos sugieren la existencia de un único súper ciclo que los incluye a todos. Dicho de otra manera, la hipótesis es que se trata del ciclo de la civilización burguesa que se expresa a través de una multiplicidad de “aspectos” (productivo, moral, político, militar, ambiental, etc.).

Nostalgias, herencias y esperanzas

En la izquierda pululan los nostálgicos del siglo XX que es presentado como un período de grandes revoluciones socialistas y antiimperialistas, desde la revolución rusa hasta la victoria vietnamita pasando por la revolución china, las victorias anticolonialistas en Asia y África, etc. Frente a esa sucesión de olas revolucionarias lo que llegó después, en las últimas décadas del siglo XX, aparece como una desgracia.

Aunque también es posible mirar a ese “*período maravilloso*” como a una sucesión de desilusiones, de tentativas liberadoras fracasadas. Además las esperanzas (acunadas desde mediados del siglo XIX) en victorias proletarias en el corazón del mundo burgués, en la Europa más desarrollada e incluso en la neo-europa norteamericana: los Estados Unidos, nunca se concretaron, el peso cultural del capitalismo generando barbaries fascistas o “civilizadas” integraciones keynesianas dispuso toda posibilidad de superación postcapitalista. La última gran crisis del sistema desatada a comienzos de los años 1970 no produjo un corrimiento hacia la izquierda del mundo sino

todo lo contrario.

Todo ello contribuyó a confirmar la creencia simplista, demoledora, de que el capital “*siempre encuentra alguna salida*” (tecnológica, política, militar, etc.) a sus crisis, se trata de un prejuicio con raíces muy profundas forjado durante mucho tiempo.

Destruir ese mito constituye una tarea decisiva en el proceso de superación de la decadencia, si ese objetivo no es logrado la trampa burguesa nos impedirá salir de un mundo que se va hundiendo en la barbarie, así ocurrió a lo largo de la historia con otras civilizaciones decadentes que pudieron preservar su hegemonía cultural degradando, neutralizando una tras otra todas las posibles salidas superadoras.

Sin embargo el hecho de que el capitalismo haya ingresado en su período de declinación significa entre otras cosas la aparición de condiciones civilizacionales para la irrupción de elementos prácticos y teóricos que podrían servir como base para el despegue (destructivo-creador) del anticapitalismo en tanto fenómeno universal. Para ello es necesario (urgente) desplegar la crítica radical e integrarla con las resistencias y los movimientos insurgentes y a partir de allí con el abanico más amplio de masas populares golpeadas por el sistema.

La clave histórica de ese proceso necesario es la aparición de una fuerza plural, innovadora, que podríamos denominar en una primera aproximación como *comunismo radical*, como anticapitalismo profundamente humanista consagrado a la promoción de los sujetos revolucionarios decididos a producir rupturas, revoluciones, destrucciones de los sistemas de poder, de las opresiones imperialistas, de las estructuras de reproducción del capitalismo. Dicho de otra manera, se trata de innovar pero al mismo tiempo de retomar renovando, transformando completamente el viejo

proyecto comunista de construcción revolucionaria de procesos de auto emancipación social. Complejo proceso universal teórico-práctico de recuperación de raíces, de memorias e identidades aplastadas por las modernizaciones capitalistas, de crítica integral, intransigente contra las trampas ideológicas del sistema, sus diversos fetichismos (de la tecnología, de la auto-realización individualista, disociadora, del consumo desenfrenado, de la cosificación de la naturaleza, su deshumanización, etc.).

La decadencia aparece bajo la forma de una inmensa totalidad burguesa ineludible, su superación solo es posible a partir del desarrollo (fraternal, combativo, plural) de su negación absoluta, de la irrupción de una “*totalidad negativa*” universal (9) que en las condiciones concretas del siglo XXI debería presentarse como convergencia de los marginados, oprimidos y explotados del planeta. No como sujeto solitario o aislado sino como aglutinador, como espacio insurgente de encuentro de una amplia abanico de fuerzas sociales rebeldes, como víctima absoluta de todos los males de la civilización burguesa y en consecuencia como líder histórico de la regeneración humana (reinstalación-recomposición de la visión de Marx del “proletariado” como sujeto universal emancipador).

Aquí es necesario señalar una diferencia decisiva entre la situación actual y las condiciones culturales en las que se apoyó el ciclo de revoluciones que despegó con la Primera Guerra Mundial. El actual comienzo de crisis dispone de una herencia única que es posible resumir como la existencia de un gigantesco **patrimonio democrático**, igualitario, acumulado a lo largo del siglo XX a través de grandes tentativas emancipadoras revolucionarias, reformistas, antiimperialistas más o menos radicales, incluso con objetivos socialistas muchas de ellas. Cen-

tenares de millones de oprimidos y explotados, en todos los continentes, realizaron un aprendizaje excepcional, obtuvieron victorias, fracasaron, fueron engañados por usurpadores de todo tipo, recibieron el ejemplo de dirigentes heroicos, etc. Esta es otra manera de mirar al siglo XX: como una increíble escuela de lucha por la libertad donde lo mejor de la humanidad ha aprendido muchas cosas que han quedado grabadas en su memoria histórica no como recuerdo pesimista de un pasado irreversible sino como descubrimiento, como herramienta cultural cargada definitivamente en su mochila de combate. Hacia 1798, cuando las esperanzas generadas por la Revolución Francesa agonizaban Kant sostenía con tozudez que *“un fenómeno como ese no se olvida jamás en la historia humana... es demasiado grande, demasiado ligado al interés de la humanidad, demasiado esparcido en virtud de su influencia sobre el mundo, por todas sus partes, para que los pueblos no lo recuerden en alguna ocasión propicia y no sean incitados por ese recuerdo a repetir el intento”* (10). El siglo XX equivale a decenas de revoluciones libertarias como la francesa, y mucho más que eso si lo vemos desde el punto de vista cualitativo. El patrimonio cultural democrático disponible ahora por la humanidad oprimida, almacenado en su memoria al comenzar la crisis mas grande de la historia del capitalismo es mucho más vasta, rica, densa que la

existente cuando se inició la anterior crisis prolongada del sistema (1914-1945). El poscapitalismo no solo constituye una necesidad histórica (determinada por la decadencia de la civilización burguesa) sino una posibilidad real, tiene una base cultural inmensa nunca antes disponible. La esperanza, el optimismo histórico aparecen, son visibles a través de las ruinas, de las estructuras degradadas de un mundo injusto.

Tres aclaraciones son necesarias

Primero, a comienzos del siglo XXI el sistema global ha ingresado en el período de crecimiento cero, negativo o muy débil, ello no se debe a la rebelión popular contra el crecimiento alienante y destructor del medio ambiente sino a la decadencia de la civilización burguesa. En los años 1970 Joseph Gabel expresaba sus temores ante las consecuencias del agotamiento de los *recursos naturales* (era la época de los shocks petroleros y de la teoría de *“los límites del crecimiento”*) y en consecuencia de la instalación de sociedades de penuria, de supervivencia, fundadas en la distribución autoritaria, hiper-elitista de los escasos bienes disponibles. Gabel señalaba que las utopías igualitarias se basan en la abundancia de bienes, en el fin de la miseria, en oposición a las experiencias de las sociedades de supervivencia basadas en la distribución jerárquica del poder y los bienes (11).

Podríamos imaginar un escenario siniestro donde luego del desmoronamiento de la cultura del consumismo ante la evidencia del fin del crecimiento (por lo menos a mediano plazo) el sistema genere una suerte de reconversión ideológica apoyada en la idea de austeridad autoritaria, en la instalación de un conformismo profundamente conservador y elitista apuntalado por un bombardeo me-

diático gigantesco e ininterrumpido y por sistemas represivos eficaces, en suma, algo así como un neofascismo estabilizador. Para realizar exitosamente esa reconversión cultural el capitalismo necesitaría disponer de una capacidad de control social universal, de asimilación de sus contradicciones y de un tiempo de desarrollo que actualmente no son visibles, todo parece indicar que su dinámica cultural, el inmenso peso de sus intereses inmediatos, las debilidades de sus sistemas de control social (incluida el arma mediática), su fragmentación, hacen muy poco probable semejante futuro. Por el contrario la reciente experiencia de los halcones norteamericanos, la esencia parasitaria de las elites dominantes mundiales sugieren escenarios turbulentos con redespliegues militaristas-imperialistas, grandes rebeliones sociales, etc.

Queda pendiente el tema del decrecimiento de los recursos naturales disponibles y en consecuencia de las técnicas productivas y del tipo de bienes producidos. Una **metamorfosis social compleja** es posible sobre la base de la decadencia del sistema, reinstalando utopías igualitarias basadas a su vez en la **abundancia** (punto de partida para la superación del mercado, para la extensión de la gratuidad, etc.). Obviamente se trata de la abundancia de otro tipo: fraternal, creativa y no consumista-pasiva, reconciliada con la comunidad y la naturaleza. De esa manera la farsa capitalista de la *“abundancia general”* (objetivo inalcanzable, contradictorio con la reproducción global del sistema) o la pesadilla de la sociedad de supervivencia (autoritaria, represiva, elitista) se contraponen con la utopía de la **sociedad igualitaria de abundancia** (otros bienes, otras técnicas, otras formas de relación entre los seres humanos y de estos con su contexto ambiental).

Segundo, ese protagonismo radi-



cal de los oprimidos no tiene porque nacer durante el primer día de la crisis, es necesario un inmenso proceso de gestación atravesado por rebeliones populares y reacciones conservadoras, con avances y retrocesos, es decir una larga marcha durante un período muy denso, turbulento (cuya duración real es impredecible) del que

estamos dando los primeros pasos. Tiempo de recuperación de memorias, de aprendizajes nuevos, de construcción compleja de una nueva conciencia.

Tercero, la periferia del capitalismo, el espacio de los pueblos pobres y marginados del planeta aparece como el lugar privilegiado para la irrupción de esas fuerzas liberadoras, así lo va demostrando la realidad, desde la resistencias al Imperio en Irak y Afganistan hasta la ola popular democratizadora en América Latina que ya incluye algunos espacios más avanzados donde se postula la superación socialista del capitalismo. Aunque no deberíamos

subestimar sus probables futuras prolongaciones, interacciones con fenómenos de igual signo en los países centrales corazón visible de la crisis, allí la concentración de ingresos, la desocupación, el empobrecimiento a gran escala se extienden al ritmo de la decadencia del sistema. Cuyas elites aceleran su degeneración parasitaria lo que plantea el peligro de renovadas aventuras neo fascistas e imperialistas pero también la esperanza en la rebeldía de sus retaguardias populares internas.

La barbarie ya está en marcha, pero también lo está la insurgencia de los oprimidos.

Notas

- (1), "Fed says worst of recession over", BBC News, 12 August 2009.
- (2), El concepto de capitalismo senil tal como es utilizado en este texto aparece en los años 1970 en un trabajo de Roger Dangeville (Roger Dangeville, "Marx-Engels. La crise", éditions 10/18, Paris 1978) y retomado por varios autores en la década actual: Jorge Beinstein, "Capitalismo Senil", Ediciones Record, Rio de Janeiro, 2001; Samir Amin, "Au delà du capitalisme senile", Actuel Marx -PUF, Paris 2002.
- (3), Michel Husson, «Crise de la finance ou crise du capitalisme», <http://hussonet.free.fr/denkntzf.pdf>
- (4), Richard N. Haass, "The Age of Nonpolarity. What Will Follow U.S. Dominance", Foreign Affairs, May/June 2008.
- (5), Esta cifra se obtiene sumando al gasto del Departamento de Defensa los gastos militares de otras áreas de la administración Pública. Chalmers Johnson, "Going bankrupt: The US's greatest threat", Asia Times, 24 Jan 2008.
- (6), Scott B. MacDonald, "End of the guns and butter economy", Asia Times, October 31, 2007.
- (7), Bertrand Gille, "Histoire des techniques", La Pléiade, Paris, 1978.
- (8), Una visión mucho más extendida lo integraría en el mega ciclo de la civilización occidental despegando a comienzos del segundo milenio con las *cruzadas* y los primeros gérmenes comerciales de capitalismo en Europa, atravesando la conquista de América, hasta llegar a la revolución industrial inglesa, las guerras napoleónicas y la expansión planetaria de la modernidad (imperialista, de raíz occidental, es necesario subrayarlo).
- (9), Franz Jakubowsky, "Les superstructures idéologiques dans la conception matérialiste de l'histoire", Etudes et Documentation Internationales (EDI), Paris, 1976.
- (10), Emmanuel Kant, "Filosofía de la historia", Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- (11), Joseph Gabel, "Idéologies II", éditions anthropos, Paris, 1978.

El dossier que ponemos a consideración, oficia como carta de presentación del Centro de Estudios del Partido Comunista, que lleva el nombre de uno de sus principales dirigentes e intelectual orgánico: Héctor P. Agosti.

Es la necesidad de profundizar nuestra reflexión política, impulsarla, desarrollarla, sistematizarla y socializarla, la que nos ubica ante el desafío de poner en marcha este emprendimiento, cuyo éxito va a estar garantizado si es hecho propio por todas las instancias partidarias, porque tenemos la íntima convicción de que si queremos dotarlo de sentido histórico tendrá que ser obligatoriamente de carácter colectivo.

Así aspiramos a que su producción y posterior divulgación sea abordada desde un marxismo efectivamente distanciado del modelo base-superestructura, porque no concibe la totalidad social como una oposición, una separación “regional” entre una estructura económica “objetiva” básica, por una parte, y formas políticas, jurídicas y sociales por otra, sino como una estructura continua de relaciones y formas sociales con diversos grados de distancia del proceso inmediato de producción y apropiación, comenzando por relaciones y formas que constituyen el sistema de producción mismo.

Se trata en síntesis de una concepción del mundo histórica, dialéctica, que explique el movimiento y el cambio, que reconozca la suma de esfuerzo y sacrificio que el presente ha costado al pasado y que el futuro está costando al presente.

Afirmándonos en que no existe nada en el universo político que sea atemporal y ahistórico, y que por lo tanto haya que considerarlo natural y con derecho a reclamar una regularidad que de idea de “normalidad”, y sí por el contrario, que las relaciones de clases son políticas en cuanto suponen dominación y subordinación, lucha y acomodamiento, y son políticas fundamentalmente, porque las relaciones de producción se presentan en su aspecto político, el aspecto en que realmente son discutidas como relaciones de producción, como derechos de propiedad, como poder para organizar y gobernar la producción y la apropiación.

Planteamos un marxismo en donde no se trata de enseñarlo, se trata de aprenderlo, haciendo la revolución, asociando siempre la teoría y la práctica.

Entendido así, como una metodología para la iniciativa histórica, el marxismo político es la manera como enten-

demo la relación entre rigor intelectual y compromiso político revolucionario, desde este lugar también afirmamos la necesidad de este Centro de Estudios como una herramienta que sume a “fundamentar y alimentar” nuestras necesidades políticas e ideológicas.

Desde su nombre queda claramente establecido, que sus objetivos, su organización y su producción intelectual están atravesados por nuestra política, es su razón de ser.

En ese sentido es que nos esforzaremos por impulsar una fuerte convocatoria a la unidad de las fuerzas políticas del campo popular en la Argentina, porque sigue siendo una tarea pendiente. Unidad como elemento fundante de cualquier plan que se proponga resolver los temas cardinales de la política nacional en un sentido nacional, popular, democrático y antimperialista. Temas centrales como son el carácter del poder, el rol del Estado, la soberanía nacional y la integración continental, sólo podrán ser abordados políticamente (y no sólo enunciarlos teóricamente), si somos capaces de construir alternativa política, y esto es posible desarrollarlo desde un enfoque de unidad, de amplitud organizativa y de profundidad programática.

Esta perspectiva nos permite combatir el sectarismo, los hegemonismos existentes y un ideologismo que sustituye la batalla cultural por la aplicación dogmática de consignas.

Otro componente importante serán los esfuerzos por darle un carácter continental al proceso revolucionario ya que esto reviste una gran importancia en el momento político que vive América Latina.

La crisis del neoliberalismo, que es la forma como se expresa la crisis del capitalismo en su etapa senil, abrió las compuertas para el desarrollo de gobiernos de carácter popular y socialista como lo es el de Cuba, y como se definen los actuales en Venezuela, Ecuador y Bolivia. Pero qué duda cabe, que si no articulamos políticas continentales no habrá posibilidades reales de avance de nuestros pueblos en ese sentido.

No es fácil, pero haremos el esfuerzo por articular esta compleja ecuación entre la razón crítica, para que posibilite con su filo producir alguna herida en la comprensión de la realidad, y una práctica política que se corresponda con este compromiso teórico.

A continuación los primeros textos de la recopilación producida por el Centro de Estudios Héctor P. Agosti con motivo de los Bicentenarios que se inician en 2010.

El Movimiento Obrero Argentino y **EL CENTENARIO**

En el transcurso de este año, el país asiste a la conmemoración del Bicentenario de su Revolución de Mayo, es decir, del proceso que condujo a la independencia y a la futura constitución de la Nación y el Estado argentinos. Las evocaciones y los balances históricos se multiplican. Desde los poderes públicos y desde las usinas ideológicas de las clases dominantes, pero también desde las representaciones del mundo popular, se van entremezclando y confrontando distintas miradas, opiniones y argumentaciones acerca de ese pasado, así como del modo en que debe reapropiarse en el presente.

Desde las visiones más orgánicas y tradicionales de la burguesía se pretende contrastar el actual país con el existente en los tiempos del Centenario. Su objetivo es recrear una imagen idílica de aquellos comienzos del siglo XX, para intentar mostrar los “buenos momentos” vividos cuando la Argentina era felizmente gobernada por una oligarquía que garantizaba el firme control sobre los oprimidos y aseguraba sin distorsiones “populistas” el pleno funcionamiento de sus intereses.

¿En qué consistían aquellos añorados y festejados años '10? En esa época, la Argentina venía experimentando, desde hacía tres o cuatro décadas, una impresionante transformación en todos los órdenes, a partir del fuerte crecimiento de una economía agroexportadora basada en la gran propiedad terrateniente y la dependencia del imperialismo británico. Ello había sido acompañado por la llegada de una masiva inmigración ultramarina, el desarrollo de un incesante fenómeno de urbanización y la estructuración de una nueva sociedad burguesa, en la que encontraron cauce variados y violentos conflictos de clase protagonizados por trabajadores y diversos sec-



Marcha obrera.
Carpani

*Magister en Historia, investigador, escritor.



Inmigrantes.

Contingente de
inmigrantes europeos
recién llegados
al puerto de
Buenos Aires

(Archivo General de la Nación)

tores oprimidos. En ese marco, la clase dirigente, en particular, la vieja elite liberal-conservadora, que mantenía un duradero orden oligárquico en el país pero que ya preparaba su reformulación en clave reformista (que luego se plasmaron en la Ley Sáenz Peña), preparó las festividades del Centenario como un modo de legitimación de su proyecto y de su dominio. En función de ello, entre el recibimiento de ilustres visitantes internacionales, se realizaron múltiples recepciones de gala, funciones teatrales extraordinarias, desfiles militares, marchas civiles e inauguración de monumentos. El optimismo celebratorio y la construcción mítica del pasado nacional fueron de la mano con la identificación de ciertos actores (extranjeros “desagradecidos”, obreros díscolos, anarquistas revoltosos), a los cuales se les descargó una sistemática represión, pues aparecían como amenazas perturbadoras para el fulgurante e envidiable destino de la Argentina...

Fue en ese cuadro donde la trayectoria y el futuro de la Nación volvieron al primer plano de análisis. Eso cobró cuerpo en todos los órdenes. Uno de los que más traslúcidamente lo reflejó fue el campo intelectual, con el despliegue de una auténtica “querrela simbólica por la nacionalidad”. Si hasta comienzos del siglo XX el canon interpretativo de figuras como José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge o José Ingenieros era el de un biologismo positivista preocupado por la emergencia de la sociedad de masas, la muchedumbre inmigrante y la cuestión obrera, hacia 1910 los énfasis habían variado un poco. Escritores como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez observaban que los procesos de modernización, cosmopolitismo y arribo tumultuoso del aluvión extranjero ya habían abierto laceraciones dentro del cuerpo social y del destino nacional. Ellos

entendieron que esas heridas debían suturarse con una redefinición de la identidad nacional, una conmoción patriótica y una apuesta a la regeneración del “alma argentina”, que pudo abreviar en el hispanismo y el mito de la raza o en una ecuación criollista. Todo condujo al surgimiento de un nacionalismo cultural, espiritualista, esencialista, restaurador de valores, costumbres y tradiciones locales, en suma, descubridor de nuestras innatas virtudes... El “espíritu del Centenario”, aun manteniendo la hegemonía del liberalismo, tradujo buena parte de los tópicos y preocupaciones de este primer nacionalismo, que años más tarde, mostraría todas sus garras contra los trabajadores en lucha y las expresiones ideológicas partidarias del cambio social.

La clase dominante se hizo cargo y propagandizó este tipo de relatos. En ellos, estaba claro el lugar completamente subalterno que debían ocupar los trabajadores. Cien años después, las expresiones más genuinas de la burguesía argentina vuelven a recordar los días de aquel Centenario, poniendo en marcha nuevas operaciones mistificadoras. Los tópicos y los énfasis han cambiado, adaptados a los nuevos tiempos de la globalización financiera, el neoliberalismo y el engaño acerca del fin de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases. No hace falta más que hojear las venerables páginas del diario La Nación o leer a algunos de los publicistas del sistema. Lo que ahora se pretende mostrar es que, hacia 1910, se dibujaba la silueta de un país sin miseria, exclusión o represión algunas. En esa pintura, queda borrada la existencia de los explotados, sus acciones de resistencia y su articulación como sujeto social.

Como parte de este escenario, un actor es forzado a quedar en la total penumbra: el movimiento obrero. Es un invitado indeseable en la mistificadora historia de la

clase dominante. Pues su presencia, manifestada en luchas, huelgas, manifestaciones y organizaciones sindicales y políticas, permitiría varias cosas: recrear la contracara de ese país fastuoso cuya imagen pretende legitimarse; reconstruir el suelo social sobre el que se intentó edificar un país para las minorías; e ilustrar la reacción a los mecanismos de explotación y opresión a los que apelaron los poderosos. Más aún, lo que más interesa velar a la burguesía no es sólo el acto de resistencia espontáneo de los trabajadores, sino su estructuración como sujeto social y político, desde el cual se esbozaron otros proyectos de país, opuestos o alternativos a los de la oligarquía.

Precisamente, en función de intentar contrarrestar estos montajes en torno al Centenario, el objetivo que nos proponemos en las páginas siguientes es el de delinear algunos de los rasgos del movimiento obrero existente en aquellos comienzos del siglo XX, en particular, de sus expresiones más conscientes e ideológicas, como el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario. En este viaje al pasado no buscamos realizar un ejercicio en clave apologética, superficial o anecdótica. El único modo de poder reapropiarse de aquellas experiencias emancipatorias de lucha y organización es hacerlo de manera crítica, identificando tanto sus aportes y realizaciones efectivas como sus límites y defectos más manifiestos.

I

Si algo distingue al movimiento obrero argentino, además de su extraordinaria riqueza y variedad de matices, es su notable precocidad. Puede decirse que el movimiento proletario acompañó la formación misma de la Argentina moderna y capitalista, configurada a partir de mediados del siglo XIX. Ya en 1857, cuando en Buenos Aires apenas estaban coagulando aislados reductos de mano de obra asalariada, se constituyó una organización obrera, la de los tipógrafos. Pronto comenzaron las huelgas y se fueron sumando otras mutuales, sociedades de socorros mutuos y de resistencia y, tiempo después, los primeros sindicatos plenamente orientados para la intervención en la lucha de clases. Militantes de origen alemán, italiano, francés y español, tanto anarquistas como socialistas, con-

formaron entidades entre panaderos, ebanistas, zapateros y cocheros, grupos definidos por el oficio, evidencia del carácter todavía artesanal de aquella joven clase obrera. Eran organizaciones voluntaristas, que debían funcionar con el esfuerzo de sus afiliados y venciendo la tenaz resistencia de los patrones y el Estado oligárquico.

Hacia 1890 se iniciaba un nuevo ciclo. La fecha es simbólica. A partir de ese año se comenzó a conmemorar el día internacional de los trabajadores y se constituyó una muy pequeña federación que agrupaba a los distintos gremios. Este último esfuerzo resultó efímero, como otros que le continuaron, hasta la creación de la FOA/FORA, conducida por los anarquistas. Los gremios respondían a un modelo de fraternidades de productores, que resistían a la lógica del trabajo industrial y denunciaban las arbitrariedades capitalistas. Eran entidades basadas en la acción directa, sin militantes rentados, que funcionaban a partir de la práctica asamblearia y carecían de encuadramiento legal. El carácter extranjero reforzaba el sentimiento de exclusión y conducía a los obreros a posiciones radicalizadas, de rechazo global al sistema político.

Quienes mejor pudieron canalizar estas tendencias confrontacionistas, y más cabalmente se adaptaron a las características de aquel primer proletariado, fueron los anarquistas. Ellos constituyeron a su alrededor un significativo movimiento social y cultural, que se articuló en torno a centenares de círculos y agrupamientos, bibliotecas y escuelas, grupos teatrales y nucleamientos feministas, y una densa red de periódicos, entre los que se destacó *La Protesta*. Fueron ellos quienes más consecuentemente impulsaron, en 1901, la primera gran central de trabajadores que tuvo el país, la Federación Obrera Argentina, que luego de 1904 fue denominada Federación Obrera Regional Argentina. Esta FORA fue la que, en su V Congreso, de agosto de 1905, quedó estatutariamente embanderada en los principios del comunismo anárquico. La FORA tuvo un desarrollo importante durante su primera década, llegando a nuclear en sus momentos de mayor auge cerca de veinte mil activistas y simpatizantes. Conformó decenas de sociedades de resistencia y acaudilló, ya desde 1902, grandes y combativas huelgas generales, manifestaciones y luchas populares (como la huelga de inquilinos de 1907). Estos con-

flictos sufrieron la constante represión policial, militar y legal por parte del Estado conservador, entre otras formas, con la denominada Ley de Residencia, que permitía expulsar de modo expeditivo a los extranjeros que violaran el “orden público”.

Ya en 1909, la ofensiva revolucionaria de la FORA se hizo sentir con vigor: tras el acto del 1° de mayo, en el que varios obreros ácratas fueron asesinados por la policía al mando del Coronel Falcón, sobrevino una gigantesca huelga general en la que se repitieron y profundizaron los fuertes choques con las fuerzas represivas, provocando otro número de víctimas (obreros y policías). Los hechos serían conocidos como la “Semana Roja” y no fueron sino un antecedente exacto de lo que ocurrió un año después, cuando la burguesía se aprestó a los festejos del Centenario. Ya preventivamente, en febrero, dictó la Ley de Defensa Social, que incrementaba la persecución contra trabajadores y militantes de izquierda. El 1° de mayo, el movimiento obrero dirigido por el anarquismo pudo movilizar cerca de 70.000 manifestantes y, tras la represión, una semana después, iniciar una nueva y combativa huelga general, de carácter indefinido. Esta medida, sin embargo, fue brutalmente aplastada por el gobierno de las clases dominantes, con la aplicación del Estado de Sitio y un sistemático ataque a los locales obreros. Esto fue ejecutado no sólo por la policía sino también por parte de grupos políticos nacionalistas de extrema derecha. El paro recién se levantó el día 21 y la conmemoración centenaria debió realizarse bajo el imperio de la ley marcial. Aquella fue una dura derrota para el movimiento obrero. A pesar de ello, logró ir recobrándose en el siguiente lustro. Para el anarquismo, sin embargo, el golpe fue decisivo y le significó el inicio de un proceso de declive.

El retroceso de las fuerzas libertarias no se debió únicamente al feroz mazazo propinado por la burguesía y su Estado en las jornadas de 1910. Existían una serie de determinaciones y factores más profundos que operaban en aquella dirección. En verdad, las corrientes ácratas lograron la hegemonía en el período embrionario del movimiento obrero pues una gran parte de los trabajadores todavía resistía a la lógica del trabajo industrial, no lo aceptaba plenamente y pugnaba por encontrar márgenes de libertad o, incluso, por abandonar su con-



La Protesta.

Reunión de panaderos de la FORA en el local de Montes de Oca.

(Archivo General de la Nación)

dición obrera. Pero a partir de los años diez y veinte, esa situación comenzó lentamente a variar: el disciplinamiento se fue haciendo inapelable en una sociedad urbana en creciente industrialización, en la que iban imponiéndose nuevas formas de explotación del trabajo que, merced a cambios tecnológicos y un mercado de trabajo cada vez más competitivo, cercenaban la autonomía a los obreros y liquidaban los oficios artesanales. Lentamente, surgía una clase obrera moderna, carente aún de una legislación laboral sistemática que la protegiera. Los incentivos estaban dados para la generalización de un sindicalismo por rama. La negativa de la FORA V Congreso a aceptar esta realidad y a reconvertirse en esa dirección, para preferir, en cambio, seguir como entidad federativa de sociedades de resistencia y gremios por oficio exclusivamente anarquistas, terminó condenando a esa corriente, no a su desaparición, pero sí a su gradual decadencia, y a perseverar en la conservación de gremios en vías de extinción, como el de cocheros, carreros, plomeros o carpinteros.

II

La otra gran expresión ideológica del movimiento obrero argentino era la que se articulaba en torno al Partido Socialista. El PS se había fundado en 1896, luego de más de una década de propagación de diversos núcleos y periódicos de carácter marxista que fueron instalando

la necesidad de organizar un partido de la clase trabajadora. A excepción de un primer momento, el de su prehistoria y germinación, el PS careció de ideas plenamente marxistas y revolucionarias. En la práctica, sobre todo desde que Juan B. Justo logró hacerse del pleno control de la dirección y pudo imprimirle su orientación programática, el PS se fue consolidando como una alternativa política moderada y progresista de los sectores obreros y populares en varias ciudades de la región pampeano-litoraleña del país. Se trataba de un partido de una indudable base plebeya pero, en buena medida, dirigido por sectores provenientes de los sectores medios ilustrados y profesionales, que buscaba el perfeccionamiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares y la modernización del país, alejado de toda idea de revolución social.

El PS no careció de escala e implantación en la sociedad argentina. Tuvo una extensión importante como fuer-

za política hasta mediados de los años cuarenta. Constituyó uno de los tejidos partidarios más importantes y organizados, desparramado por casi toda la geografía nacional. Incluso, hasta la irrupción del peronismo, el PS alcanzó resultados electorales variables pero de ningún modo insignificantes, que en el segundo distrito electoral del país, la Capital Federal, lo convirtieron, desde la aplicación de la ley Sáenz Peña de 1912, en la primera o segunda fuerza política, con porcentajes que promediaban entre un 20 o un 30% del total. Además, logró desplegar una rica e importante experiencia parlamentaria, que, también con oscilaciones, entre 1904 y 1943, le permitió disponer de importantes bancadas en la Cámara de Diputados y una presencia en la de Senadores. En la Capital Federal, contó con una representación siempre relevante en su Concejo Deliberante. Como partido, tampoco desconoció la gestión municipal, que pudo ejercer en ciudades de distintas provincias y territorios nacionales del país. Tampoco fue un partido carente de grandes figuras o con estructuras de liderazgo inconsistente, como lo evidencia la trayectoria de dirigentes como Justo, Alfredo Palacios, Nicolás Repetto, Enrique del Valle Iberlucea, Mario Bravo o Carlos Sánchez Viamonte, entre muchos otros.

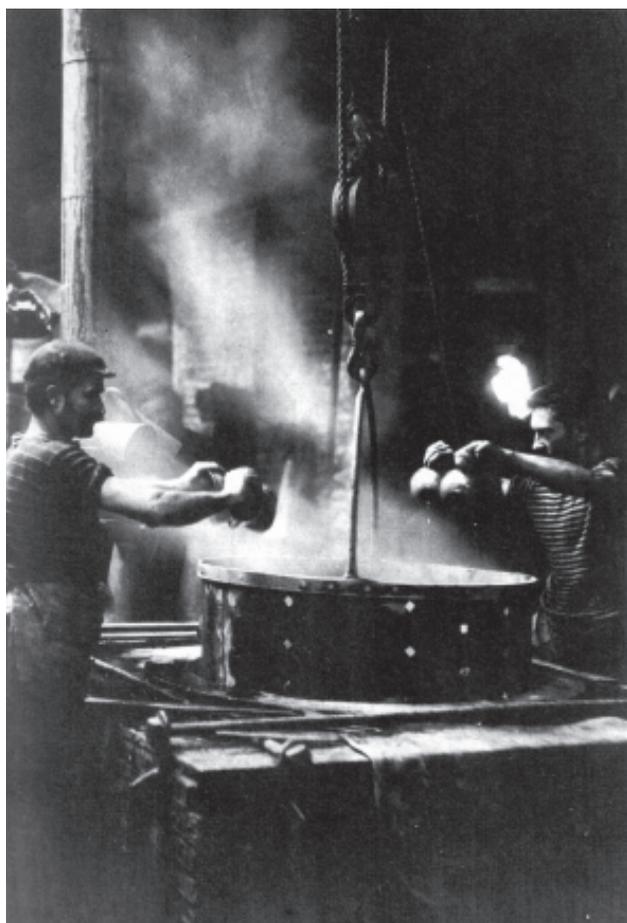
Si la incorporación del PS al sistema político fue relativamente exitosa, aún siendo una fuerza minoritaria, tampoco fue débil en cuanto a su inserción en la sociedad civil. Desde comienzos del siglo XX, pocos partidos podían exhibir una trama tan abigarrada de centros políticos barriales, bibliotecas, agrupaciones o asociaciones socio-culturales, deportivas, femeninas, infantiles, etc. Se trataba de una penetración sostenida y alentada, por otra parte, en una gran cantidad de diarios, periódicos, revistas, colecciones de libros y editoriales. El eco alcanzado por el diario *La Vanguardia* logró incluso traspasar las fronteras nacionales y se convirtió en un punto de referencia de la izquierda en todo el continente. Todo ello, sumado a la acción de las cooperativas, convirtió al socialismo en una empresa de indudable influencia social.

El PS reivindicaba explícitamente su condición de partido obrero y toda su acción, su retórica y su práctica parlamentaria se orientaba en dirección a una política reparadora o favorable a los intereses de la clase proletaria. No hace falta más que recordar la constante faena

Isabel de Borbón y José Figueroa Alcorta.

La infanta española pasea
con el presidente argentino durante
los festejos del Centenario
(Archivo General de la Nación)





Proletariado urbano.

Nuevas formas de explotación del trabajo surgieron al calor de las 30000 fábricas que tenía el país hasta 1910.

(Archivo General de la Nación)

de los socialistas a favor de los reclamos laborales y en pos de una legislación obrera. Incluso, tampoco puede decirse que el PS careciera de obreros en sus filas orgánicas, en sus redes de apoyo o entre sus votantes.

Sin embargo, a pesar de la importancia del PS en el terreno político y socio-cultural, fueron evidentes sus dificultades para convertirse en una poderosa corriente del movimiento obrero. Una de las razones de ello radi-

có en la disociación entre actividad sindical y actividad política, que arrastraba el partido casi desde sus inicios. En especial, desde que se impuso la “hipótesis de Justo”, se consideró que el movimiento obrero debía ser completamente independiente del partido, y contar con tácticas propias y fines específicos. Se estableció que la acción política y la acción sindical debían marchar por caminos separados, aunque, en lo posible, de modo paralelo y articulado. Los afiliados del PS tenían que participar de la vida de los sindicatos pertenecientes a sus oficios o ramas de actividad y hacer propaganda socialista, pero concibiendo a aquellas organizaciones como entes autónomos, libres de toda tutela partidaria. En los hechos, esto condujo a cierto desinterés del PS por la cuestión gremial, la cual quedó más bien desplazada por el mayor peso que ocuparon las campañas electorales y políticas generales, la acción parlamentaria, las tareas socio-culturales e, incluso, las labores cooperativas. De hecho, sólo un pequeño sector de los afiliados socialistas se agremió efectivamente a sus respectivos sindicatos.

De este modo, el PS, durante la primera década y media del siglo XX, ya había quedado en un espacio algo restringido dentro del universo gremial. Como hemos visto, ese lugar había sido ocupado de manera más clara por el anarquismo. Los afiliados socialistas, y los gremios por ellos orientados, impulsaron en 1903 la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT), que en 1909 se disolvió en una nueva sigla, la Confederación Obrera de la Región Argentina (CORA), aunque ya con dirección de los sindicalistas revolucionarios. Ambas organizaciones, sin embargo, aparecieron más débiles que la FORA anarquista.

Las evidencias de que el partido tenía permanentes dificultades con el tema sindical, es que tuvo que aceptar, sin mucha voluntad, que algunos de sus afiliados crearan estructuras específicas para promover la sindicalización de sus filas o la coordinación de sus fuerzas gremiales, algo absurdo para el que supuestamente era un partido obrero. Esa es la historia del Comité de Propaganda Gremial o el Comité Socialista de Información Gremial, que, por otra parte, acabaron teniendo diferencias y choques con la dirección partidaria. Cada una de las rupturas o escisiones de izquierda que tuvo el PS cuestionó esta desatención del problema sindical, que

en todos los casos fue entendido como un alejamiento práctico y concreto del partido respecto a la clase obrera y a sus luchas.

En verdad, el problema en el socialismo argentino era mucho más profundo que una mera desarticulación entre lo sindical y lo político. Y esto no ha sido suficientemente señalado. Sobre la base de esa desarticulación, lo que existía era una concepción que subordinaba completamente la confrontación de clases a una faena de reforma e integración social e idealizaba la lucha de clases como una suerte de disputa retórica de proyectos en el terreno neutro de un ágora. El PS no era un partido que, actuando en el escenario de la lucha obrera, canalizaba esas demandas, desde lo sindical a lo político, y las convertía en iniciativas reformistas. Era un partido que, en tanto tal (más allá de la presencia de algunos de sus militantes), se enajenaba de los conflictos obreros y de la organización sindical, y desde esa exterioridad, “leía” la lucha de clases y la traducía en el discurso y la práctica de la reparación legislativa. Eso explica que el socialismo fuera superado en su presencia en el movimiento obrero tanto por corrientes confrontacionistas y/o revolucionaristas (por ejemplo, el anarquismo y, posteriormente, el primer sindicalismo revolucionario y el comunismo), como por corrientes más pragmáticas o negociadoras (por ejemplo, la que luego corporizó el propio sindicalismo). La externalidad respecto del movimiento obrero indisponía al socialismo frente a las demás corrientes que actuaban en su seno.

III

Las posturas del PS sobre el lugar y la función de la actividad gremial, y su relación con el partido, motivaron un constante debate interno. El primer cuestionamiento importante provino del grupo que se desgajó de sus filas y conformó la corriente denominada sindicalismo revolucionario (con el transcurso de los años, más conocida con el nombre de sindicalismo). Su origen ideológico estuvo en Francia e Italia, inspirado en planteos, entre otros, de Georges Sorel, Hubert Lagardelle, Fernand Pelloutier y Arturo Labriola. Sus ideas se expandieron rápidamente desde principios del siglo XX. Ya en 1902 ellas lograron hacerse predominantes en la CGT

francesa y cuatro años después se impusieron en el congreso de Amiens. Uno de sus puntos de partida fue la publicación, en 1897, del libro de Sorel titulado *El porvenir de los sindicatos obreros*. En esa obra, Sorel oponía el sindicato obrero al Partido Socialista, denunciando la “degeneración” de la socialdemocracia y de los partidos laboristas u obreros. Con el paso de los años, el sindicalismo fue conformando toda una nueva doctrina. Establecía como principio exclusivo de lucha el método de la acción directa (desde la huelga, el boicot y el sabotaje, hasta la insurrección y la revolución social), consideraba a los sindicatos la única forma de organización válida de los trabajadores (y embrión de la sociedad futura), cuestionaba la participación obrera en los partidos y recusaba la arena parlamentaria.

En la Argentina, los primeros y principales mentores del sindicalismo, entre 1904-1906, fueron una serie de dirigentes del PS: entre otros, Gabriela Laperrière de Coni, Julio A. Árraga, Aquiles S. Lorenzo (quien ocupaba el cargo de secretario general del partido), Bartolomé Bossio y Emilio Troise. Desde afuera del socialismo, pronto se sumaron algunos cuadros proletarios, entre los que se destacó Sebastián Marotta (obrero constructor de carruajes y rodados, que luego devino en linotipista). Dentro del PS, el grupo venía editando desde 1904 un vocero de prensa propio, *La Internacional*, un año después continuado por *Acción Socialista*. Periódico Sindicalista Revolucionario. La “cuestión sindicalista” fue debatida y zanjada durante el VII Congreso del PS, celebrado en la ciudad bonaerense de Junín en abril de 1906, triunfando la posición socialista tradicional contra los disidentes. Nicolás Repetto presentó una moción, finalmente impuesta, en la cual se proponía que el grupo sindicalista se constituyera en un partido autónomo, a fin de realizar la comprobación experimental de su credo y de sus tácticas.

Fuera de las filas del PS, este grupo de militantes se concentró en la Agrupación Sindicalista Revolucionaria y comenzó a cosechar un fuerte apoyo entre los trabajadores. El sector conquistó la dirección de la UGT, en 1909 transformada en CORA, bajo la secretaría general del antes mencionado Marotta, y, ya desde la segunda década del siglo XX, se convirtió en la expresión hegemónica en el mundo del trabajo, logrando desplazar de

esa condición a los anarquistas. La CORA ingresó en la FORA y en el IX° Congreso de esta central, realizado en abril de 1915, los sindicalistas lograron ganar su dirección. En ese cónclave se decidió anular la adscripción que la federación tenía a los principios del comunismo anárquico. Esto motivó la escisión de la mayor parte de los anarquistas puros, que decidieron conformar otra entidad bajo la misma sigla. Desde ese entonces, existió la FORA V° Congreso, de tendencia ácrata, y la FORA IX° Congreso, de mayoría sindicalista, que experimentó en los años siguientes un crecimiento notable.

Para ese entonces, el sindicalismo había virado hacia un comportamiento cauto y prudente, que se incrementó con el acceso a la presidencia del radical Hipólito Yrigoyen. Uno de los planteamientos que más profundizó fue el del “apoliticismo”. Según este enfoque, para que los sindicatos pudiesen ejercer eficazmente su tarea, debían ser independientes y neutrales de toda posición ideológica o adscripción política, pues el requisito de la fuerza de la organización era su unidad. Con el paso de los años, esta corriente, en la Argentina y en todo el mundo, se fue metamorfoseando, adquiriendo algunos rasgos burocráticos, conciliadores y reformistas.

Los límites y defectos del sindicalismo fueron rápidamente señalados desde el marxismo revolucionario. La crítica se dirigió hacia aspectos múltiples: su inclinación al economicismo (una concepción según la cual la lucha entre el capital y el trabajo sólo se libraba en el terreno de las relaciones productivas, por lo que cada conquista allí obtenida por los trabajadores socavaba los cimientos del capitalismo y preparaba el advenimiento de la nueva sociedad); su menosprecio de la lucha por los intereses históricos del proletariado; su excesivo culto de la autonomía sindical; su fetichismo de la huelga general; y su incompreensión del papel de la vanguardia revolucionaria (es decir, del partido) y del combate político. De hecho, el señalamiento era que se trataba de una corriente condenada a derivar “hacia el oportunismo”.

IV

Durante el Centenario fueron estas grandes corrientes —el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo—, las

que expresaban ideológica y políticamente al movimiento obrero en la Argentina. Este último ya había logrado articularse como sujeto y comenzaba a intervenir en la escena nacional con un perfil diferenciado, que antagonizaba y presentaba una clara alternativa al país de las clases dominantes. A pesar de sus divisiones, en su primer cuarto de siglo, el movimiento obrero había demostrado poseer una potencialidad social, política y cultural notable. Había protagonizado luchas heroicas, en las que algunos de sus mejores militantes fueron muertos, presos o deportados, y había comenzado a imponer a la patronal la organización sindical. Aún era autónomo del Estado, al que seguía caracterizando como burgués. En su universo, podían hallarse reformistas o revolucionarios, pero allí dominaba una mirada anticapitalista, partidaria de un nuevo orden social. Incluso, allí pudo construirse una socialización alternativa a la de la clase dominante, con esas centenares de experiencias e instituciones socio-culturales y reivindicativas. Esta cultura proletaria se apoyaba desde la prensa: se escribían y leían periódicos obreros de masas, capaces de irradiar concepciones contrahegemónicas.

Los cambios que experimentó el movimiento obrero durante el siglo que siguió, en la Argentina y en todo el mundo, fueron enormes. Es indudable que hoy este sujeto social y político se encuentra ante potencialidades pero también desafíos y dificultades que resultan muy distintos a los que exhibía en 1910. En estos cien años el dominio capitalista mundial fue seriamente amenazado por diversos procesos revolucionarios que, por diversas causas, no lograron derribar y suplantar la dictadura de una burguesía cada vez más globalizada y voraz. En nuestro país, tras la aparición del fenómeno nacional-populista, representado por el peronismo, la clase obrera argentina gozó, sólo efímeramente, de algunas de sus más grandes conquistas en el plano económico-social, al tiempo que perdió su autonomía y quedó supeditada al Estado, provocando efectos impensados a principios del siglo XX y que aún son padecidos: el fuerte debilitamiento de las concepciones socialistas y anticapitalistas (dado el narcótico impacto de una ideología de armonía social entre el Capital y el Trabajo) y la entronización de una siniestra y aún persistente burocracia sindical, corrupta y traidora, que históricamente tendió a



Persecución y represión a la clase obrera.

La Ley de Residencia primero y la Ley de Defensa Social después, dieron el marco legal a la burguesía contra los trabajadores y militantes de izquierda.

esterilizar o bloquear la acción independiente de los trabajadores.

Sin embargo, la clase obrera, aquí y en todo el mundo, sigue presente, con todas sus disposiciones objetivas y subjetivas para volver a convertirse en el actor clave de la transformación revolucionaria contemporánea. ¿De qué clase obrera estamos hablando? Ya no exclusivamente limitada al proletariado industrial, sino entendida bajo un contorno mucho más amplio que éste. Quizás, hoy mejor definida como la clase-que-vive-del-trabajo. Una clase que ha mutado profundamente en sus formas y abarca a las grandes masas asalariadas. Una clase, por ello, más numerosa y diversificada, pero también, más heterogénea y fragmentada. Una clase que se ve sometida

a nuevos mecanismos de explotación y subsunción al Capital y que asiste a la crisis de muchas de sus viejas formas de organización, representación, liderazgo y conciencia. Una clase quizás todavía desorientada, que busca, aún a tientas, las vías para reorganizarse y pasar a la ofensiva. Una clase que sólo podrá articular una verdadera oposición de masas al sistema capitalista a condición de poner en pie un nuevo movimiento obrero refundado sobre nuevas bases socialistas. Una clase, entonces, que, como lo pensaba Marx hace más de un siglo y medio, sigue siendo potencialmente la sepultura del capitalismo, siempre y cuando asuma las fuerzas transformadoras que entraña en su seno y de que su liberación será obra de su propio genio y esfuerzo.

Para finalizar, también es necesario establecer el total contrapunto existente entre aquel Centenario y este Bicentenario, en el sentido de cuáles son los posibles relatos, interpretaciones y formas de entender la realidad histórica argentina. El escenario de hoy, por cierto, es muy distinto al de 1910. Los desvelos instalados por aquella reacción nacionalista ya no son los nuestros. Los desvaríos de una clase dirigente ensoberbecida y confiada en un destino argentino excepcional tampoco merecen la menor nostalgia. Hoy carece de sentido pensar desde los circunstanciales peligros que estorbaron el devenir de nuestra “grandeza nacional”, pues sería más apropiado hacerlo desde el actual cuadro de un proyecto de país en buena medida fallido e inconcluso. Esto tiene impacto en el campo historiográfico. Frente a un relato tradicionalmente capturado en las matrices del liberalismo republicano y del nacionalismo en cualquiera de sus variantes, deben abrirse las compuertas a una interpretación y una narración distintas sobre todos los procesos que signaron nuestro pasado. Frente a una historia obsesionada por la construcción y los avatares del Estado, el poder, el orden republicano, la institucionalidad liberal o la continuidad de esencias nacionales o raciales (por otra parte, siempre a espaldas de América latina y de las clases subalternas), hay un espacio alternativo: el de un examen que hunda sus preocupaciones en la reconstrucción del movimiento histórico de la sociedad y de sus tensiones, desagregaciones, conflictos y posibilidad creativa. En esta indagación, el lugar del movimiento obrero no podrá subestimarse.

El Teatro y LA HISTORIA



“Revolución”. ¡Una palabra decretada fuera de uso por el neoliberalismo y por el fin de la historia! Incluso algunos de nuestros amigos, ante derrumbes cuasi inexplicables, de muros y de países, de realidades que parecían inexpugnables también optaron por arrumbar ese concepto en el desván. La batalla por las ideas, por la mente y el corazón de la gente, parecía perdida.

Pero hete aquí que por esos tumbos y retumbos de la historia, por los ovillos que desovillan el tiempo y, un poco, también, por cosas que la gente sigue haciendo en sus luchas cotidianas llegó el año 2010 y en él, todo el mundo se ve hablando nuevamente de revolución. Reinstala la palabra. A la par de acontecimientos que se desarrollan en las calles, en los sindicatos, en la información, en el resto de América. Todo el mundo debe opinar de la Revolución de Mayo claro, de su Bicentenario. Y nosotros también.

***Fundador de la Escuela de Teatro de Buenos Aires, director teatral, maestro de teatro y escritor.**

Primero quisimos hacer mención a la revolución lingüístico-ideológica que esta operación lleva implícita: se juega con la idea de una “palabra que estaba muerta”. Y la palabra resucita. Y en segundo lugar hablemos de una transformación en los hechos, en las relaciones comerciales, de producción y entre las gentes (las de 1810 y las de ahora) y veamos, consideremos, discutamos qué es lo que se hizo entonces y qué lo que falta hacer todavía ahora. Acontecimientos como el que celebramos (vivimos) suelen resultar fundacionales para nuestra historia como nación. Estas vueltas de la historia sirvieron, entre otras cosas, para que muchas de las modas y los modos imperantes por la década de los noventa se fueran al tacho de los deshechos, y para que gran cantidad del pueblo, especialmente los jóvenes, hayan decidido que todo este año, “este año entero” hablaremos de Revolución.

¡Hablemos! Hablemos y quizás hasta podamos escribir y hasta hacer cosas, partiendo de aquella fecha pero vueltos hacia el futuro. Escucharemos tesis acerca de lo que es y lo que fue la revolución, volveremos a

introducir conceptos tales como condiciones socio económicas favorables, como el de fuerzas motrices, como el de menor o mayor participación del pueblo y el de grupos de vanguardia: Castelli, Moreno, Belgrano. Recordaremos el interés de las grandes potencias mundiales de ese entonces- ¿y de ahora?-por América Latina. Discutiremos, celebraremos, pero sobre todo continuaremos con las tareas dejadas sin hacer por aquel período fundacional: deberemos encontrar los modos de trabajar, de pelear por la creación de una nación libre y soberana, que produzca para el bien de la mayoría de sus hijos-¡Qué reparta mejor lo que produce! Y esta tarea, para algunos de nosotros se llama socialismo.

Y cada uno de nosotros, insertos en diversas actividades y niveles de la realidad argentina, opinaremos, creo yo, desde esos, nuestros horizontes, ya que desde allí actuamos, interactuamos con la política y la economía fundamentalmente, en el sentido de transformar la realidad que tenemos por delante, transformándonos a nuestra vez.

Por eso a mí me toca emparentar la Revolución de Mayo con los roles que ha jugado el teatro desde entonces, porque al ser una de las formas de la conciencia social -una de las más vinculadas al aquí y ahora en todos sus sentidos-, podremos señalar que en nuestra opinión el teatro argentino, en general, estuvo instalado en un presente histórico cambiante pero con claros vínculos con la realidad que lo generaba y lo consumía.

Desde el punto de vista de su existencia estrictamente fáctica, el teatro siempre ha exigido que un grupo de hombres y mujeres (actores y productores) representaran conductas humanas arriba de un escenario, ante otros hombres y mujeres que deben concurrir al mismo tiempo para gozar, sufrir o condenar lo que hacen esos hombres imaginarios: los personajes teatrales. Y esas conductas difícilmente carezcan de sentido. Ningún arte posee tanto aquí y ahora, tanto vengán y estemos juntos para pensar y sentir sobre hombres accionando en un sentido u otro. Y por esta mera razón estructural el teatro ha estado siempre -casi siempre- al lado de la actividad y reflexión política. De todas las instancias artísticas de la conciencia social, puede decirse que es la más colectiva, y que por tratar de seres

accionando, la más capaz de darle sentido o no a esos andares. Por eso, creo yo, el teatro argentino, con sus vaivenes, ha jugado un rol tan eminente en lo que a la Patria se refiere. Y no desde ahora, sino desde su nacimiento como Estado mismo.

Estas breves páginas no pretenden -no pueden serlo- un recorrido detallado y preciso de lo que aconteció con el teatro desde el 25 de Mayo. Pero sí intenta señalar algunos momentos y algunos nombres, que, en estudios futuros y más profundos, puedan explicar mejor el fenómeno aquí sobrevolado.

Como decimos, los intensos sucesos ocurridos desde aquellos años, en los niveles de la economía, de la política y de lo social, no dejaron de tener resonancia en otro niveles de la actividad humana que desde entonces, y sobre todo desde entonces, han jugado un papel preponderante en la formación de lo que somos como nación. Me refiero especialmente al teatro: a su rol de caja de resonancia de los hechos, y no sólo de resonancia, sino también factor activo en muchos otros niveles tales como parte de la construcción de una conciencia cívica, mojada de emociones.

Así es el producto teatral. El teatro: ¿por qué no?. Aquel lugar en el que la gente deposita y encuentra sus utopías. Se trata de un grupo de gentes que hacen el teatro y convocan a otras gentes que, deliberadamente concurren a sus salas y consumen los productos artísticos que se les ofrece. Y este toma y daca activo y actual, imaginario y no tanto, que no se da quizás en otras artes de modo tan evidente, imprime al teatro un rol que poco a poco lo fue distinguiendo como una de las actividades de los argentinos puestos en la búsqueda de sí mismos, de una identidad, desde el día mismo que se decide en Buenos Aires no depender de un gobierno extranjero y comenzar a dictar nuestras propias leyes, mirando por nuestros propios intereses desde este rincón del sur del planeta. Esto se ve favorecido porque el teatro es un arte que vive por causa de sus vínculos diarios con las plateas llenas de gente. Y por esta razón, se moja de actualidad aunque se halle a la búsqueda de su propio lenguaje y de su forma específica. A veces le cuesta un poco subrayar sus rasgos autónomos de arte y se convierte fácilmente en tribuna.

Con el teatro, en Argentina, ocurrió el mismo fenómeno que con la economía y otras instancia decisivas: la actuación y la escritura habían estado en manos de artistas extranjeros, pero con Trinidad Guevara y Ambrosio Morante, con Casacuberta en el reabierto Teatro de Buenos Aires, comienzan una nueva búsqueda y ubicación del teatro argentino al tiempo mismo que marchaba la sociedad. De obras en italiano o francés, se comienza a instalar el idioma de las payadas entre gauchos. De españoles tomando mate y cantando tangos, se va pasando a argentinos que parecen entender mejor y desde otro ángulo esas mismas cosas. Los temas comienzan a poblarse de los reales pobladores de las pampas y de las ciudades inmigradas. Es un proceso de clara nacionalización que sigue los festejos en las “Fiestas Mayas”, las celebraciones de batallas ganadas por los ejércitos liberadores, las hazañas ridículas de algún inmigrante y las batallas de antemano perdidas por los gauchos ante los nuevos requerimientos de un capitalismo que alambraba los campos y marcaba las reses sueltas de la Pampa. El teatro estuvo siempre cerca de esos problemas opinando, reflejándolos.

Lo que hoy estamos haciendo me parece altamente favorable porque además surge al calor de conflictos sociales que exigen definiciones cada vez más claras, conflictos que son capaces de entusiasmar y movilizar a miles de jóvenes -sobre todo jóvenes- y de organizaciones que de un modo u otro hablarán, discutirán, disentirán sobre lo que es, lo que fue y quizás lo que será la revolución actual (los que prefieren pongan aquí transformación R.S.) en la patria argentina. Y discutirán de cómo debe ser el teatro. Porque la historia sirve esencialmente para eso: para aprender a no tropezar con las mismas piedras. Y el Bicentenario es una celebración histórica que deberá actuar de algún modo sobre la realidad. Empujemos la celebración en el sentido del cambio, del reagrupamiento de las fuerzas que pelean por una sociedad mejor, en el sentido de una herencia cultural crítica que rescate aquel teatro más estrechamente vinculado a la vida de la gente.

Y nuestra actual situación, que seguramente difiere de la de 1810 en muchos aspectos, pone nuestras narices sin embargo en muchos de aquellos problemas irresueltos. Muchas de las metas de aquellos patriotas aún no

han sido alcanzadas. Y será cuestión de ver cuáles, por qué y cómo. Y estas discusiones, y estas movilizaciones y este renacer del cambio que implica aunque más no fuere la evocación de una revolución, es un hecho favorable a las fuerzas del progreso en Latinoamérica, más si le agregamos lo que están haciendo Evo Morales, Correa, Chávez. El Frente Amplio, Lula y aun éste nuestro actual gobierno, uno de cuyos méritos consiste, por ejemplo, justamente en el sesgo que le ha dado a la revalorización de Mayo.

Pero como todos ustedes saben pertenezco a la gente que hace teatro, y preferiría abordar el tema desde el ángulo de mi especificidad. ¿Hay, ha habido Revoluciones Teatrales en nuestro país? ¿O es mejor hablar de Revolución y de Teatro como si se tratara de dos temas separados y conexos a la vez?. Son interrogantes que me desvelan y sobre los que intentaré exponer una opinión, seguramente cuestionable y mejorable. Escrita a mano alzada, sin la bibliografía ni la medida necesaria. Hablemos del lugar que ocupa el teatro en nuestro país: un lugar, que como todos los ámbitos especializados posee una cierta autonomía, ya lo sabemos. Y el teatro, como todas las artes, claro que busca su especificidad, crea su propio campo operativo, aunque como iremos viendo, éste no pueda jamás desvincularse del contexto prático del cual viene y al cual se dirige en última instancia. ¿Cómo se produce el teatro y por quién y para qué? ¿Quién paga y quién compra?. Estas siguen siendo cuestiones que tienen consecuencias estéticas y políticas. Ya en el siglo XX, algunas corrientes intentarían ser sólo teatro, puro teatro, pura autonomía, pura distancia de lo que pasa en la calle. Hablaremos de eso y veremos cómo el mercado, algunos golpes militares a la propia reflexión, fueron haciendo que esos “purismos” volvieran a ensuciarse de realidades.

El teatro se agrandó pronto, y ocupó un lugar de la historia de Argentina. Comencemos por ver a nuestros libertadores (San Martín entre ellos) fundando el Teatro en Lima, o Alberdi u otros que diseñaron la Patria, quienes veían al teatro como la tribuna necesaria para la divulgación de sus ideas y para el esclarecimiento de los pueblos en general. Esa fue una primera etapa de un teatro comprometido, cuando actores, que al pasar al Chile ocupado todavía por los realistas, actuaban como

**Escena
de Juan Moreira.**
(1890) Podestá-Scotti



informantes del General San Martín y de ese modo ponían en evidencia otro rol, aunque fuera impensado hasta entonces, del teatro en la Revolución. Hubo otros que recitaron loas patrióticas al “25 de Mayo” en lugar de las obras programadas para esos días, que eran tragedias totalmente desvinculadas del tema, y provocaron la estupefacción de las autoridades de entonces. Y también existió el desconcierto en el que los elencos y empresas extranjeras se constituían en modelos inalcanzables. O bien, cuando en escenas hechas por gauchos que hablaban con acento gallego e italiano o que aparecían como expertos en mate o gallegas, se buscaba la nacionalidad rebotando entre habaneros y tangos recién paridos.

Y ocurrió un día en el que explotó un fenómeno original en el teatro mundial. Sin antecedentes. Y creo que esa fecha puede tomarse como la que insertó definitivamente al teatro en el quehacer nacional, le dio llegada a las masas a quienes hizo reír, llorar y sobre todo pensar desde el teatro: La historia del gaucho “alzado” Juan Moreira, a quien el mundo civilizado de esa época (los jueces, los milicos, los alambrados y el tren) le habrían impedido su propio modo de vida y decide así pelear hasta morir contra sus enemigos, comienza a hacerse en un circo criollo, cuyas primeras partes siguen en manos de acróbatas y lanza cuchillos, pero cuyas segundas partes inauguran el teatro nacional en formas y contenidos revolucionarios: entran caballos a escena, hay reales dueños a cuchillos, hay de los otros, verso a verso, en las payadas. Y esta forma tiene éxito, se impone. Es una revolución en el teatro, que sigue de cerca lo que esta

pasando en la vida social. Una revolución en las formas heredadas de Europa que sin embargo no puede explicarse al margen de la situación económica y social que vivía el país. Una revolución que en lo formal recién reaparecerá, paradójicamente, con Meyerhold, un siglo más tarde y será aplaudida ahora a miles de kilómetros de distancia.

Un breve comentario al respecto: el capitalismo había “conquistado el desierto”, le había quitado al gaucho libre su capacidad de enlazar, comer, levantar su rancho donde quisiera, y en su lugar, las leyes ciudadanas de un capitalismo incipiente comenzaba a alambrar los campos, a extender vías férreas a entregar a manos privadas la tierra y las haciendas. Y ante eso, el gaucho Martín Fierro, Juan Moreira y los otros reaccionaban mal, “fierro” ante el aplauso de un público que entendía y conocía el contexto porque lo sufría, aunque fuera de otra manera. Fíjense que nuestro primer éxito teatral nace cercano al conflicto de los muchos, y no por eso deja de ser una revolución en las formas que hasta hoy provoca la admiración de tantos que todavía creemos que el teatro es pura diversión. Es un dato a tener en cuenta. Es la fecha de mayoría de edad de nuestro teatro.

Luego vino el período de la “organización nacional” hecha desde Buenos Aires, con el ejército, y diseñando un federalismo que hasta hoy distorsiona los caminos, las vías férreas y las conductas. Con una política inmigratoria, que traía mano de obra para las Obras Sanitarias y los subterráneos mientras llenaba con ella los conventillos porteños más que el inmenso campo, ya

por entonces apropiado por una oligarquía “con olor a Bosta” según Sarmiento, surge de lo cotidiano, de la calle, el gran tema teatral, lo propio del “sainete” y luego del “grotesco”. Fue otra revolución formal, y otra vez ligada a los temas que caminaban por la calle de los argentinos.

Quienes escribían aquellos sainetes, estaban en general ligados a pensamientos de izquierda. Gran parte de los temas allí tratados nos presentan al “enemigo”, que es el dinero. La opción que se les plantea a los personajes del grotesco, casi siempre, los pone a elegir entre la ética y la plata, y marca el nivel de las ideas en juego. Y el público de la platea las aplaude. Se trata de un horizonte ideológico y político en donde el teatro opina, fabrica conciencias y corazones, en medio de conquistas de “desiertos”, de inmigraciones para el crisol de razas, de una inserción en el sistema capitalista mundial. Así se va perfilando el teatro nacional.

Llega el sainete, heredado del teatro chico español: se toman sus formas exteriores (el patio, el pintoresquismo de algunos personajes, las canciones), pero el género se nacionaliza, y explota entonces. Ahora el inundado es Buenos Aires y las principales ciudades del país visitadas por las innumerables compañías nacionales en gira. Hay teatros en todos lados, en todos los pueblos, en todas las provincias. Los temas tocados en ellos son argentinos, y sus protagonistas viven, aunque a veces desde hace muy poco en la Argentina. Los capitales puestos al servicio de tales obras también lo son, y también los actores. Y el teatro florece: en cada barrio de la capital hay un teatro que trabaja de martes a domingos en tres funciones: matinée, vermouth y noche. Y las actrices son madres y mecen sus cunas en los camarines mientras aprenden la letra, cocinan y amamantan. Otra revolución en el teatro y de nuevo cercana a lo que esta pasando fuera de los escenarios y en el propio país. Otro momento de oro de la historia de nuestro teatro, que sólo puede ser apreciado como acompañando la toma nacional de conciencia.

Un poco más adelante viene lo mejor: el grotesco criollo. El sainete se pone pantalones largos, no sabe si entristecerse o reír ante lo que está pasando en “I América”. Al igual que los inmigrantes que pueblan nuestras calles, ridículos en su manera de hablar y desconsola-

dos por un Buenos Aires en el que “no llueve l’esterline” como les habían dicho. Discépolo, De Novoa y Novión dejan obras que son pilones de nuestra cultura. Y otra revolución: como temas populares también, autores a la izquierda del espectro político y con pueblo, mucho pueblo en las salas.

Esos mismos espectáculos demostraron ser un buen negocio y fueron degenerando: repiten fórmulas, se convierten en ristas de chistes y de morisquetas, esta vez destinadas a vender entradas. Y por la década del 30 surge la reacción revolucionaria ante esta situación. Un intelectual, don Leónidas Barletta, alquila una lechería en la calle Corrientes, y con las entradas a 10 centavos y una campana en la mano, sale a convocar gente para que vaya allí, a su sala, a ver buen teatro, y no “del otro comercial y barato”. Y estrena los clásicos europeos. Y da a conocer autores propios. Entre ellos uno en especial: Roberto Arlt, preocupado en organizar revoluciones delirantes pero que partían de realidades dolorosas y reales. Hasta llegó a anunciar al fascismo con su “Save-río el cruel”.

Así fue fundado el movimiento que luego se llamó independiente: “independiente de los patrones, de los partidos políticos y de la iglesia”. Independiente sí, pero muy vinculado a la realidad y a sus conflictos.

Este movimiento también es casi un invento argentino, que se extendió primero por América Latina y luego por todo el mundo. Y nos puso frente a otra nueva revolución teatral. No sólo por las obras que se daban, sino por lo que proponía como organización: el trabajo cooperativo solidario. Hubo grupos tan extremistas en esto, que ni los nombres de los actores ponían en los programas. Entre estos grupos teatrales diseminados por todo el país y las giras de las compañías comerciales, el teatro ocupó un lugar desusado para un país dependiente como el nuestro. ¿No parece ser este otro de los momentos rescatables del teatro?

Hasta que llegó, allá por 1951, la televisión, y poco a poco, sin que nos diéramos cuenta, se fue creando otro tipo de espectáculo que venía a buscarte a tu casa, te dejaba que asistas en pijama y casi durmiéndote te daba espectáculos fáciles de masticar, buenos para prepararse para dormir. En ningún caso inquietantes. ¿Quiénes los hacían? Grandes empresarios y grandes empresas, la

mayoría de las veces poco nacionales. Y así también, este género de espectáculo fue formando y deformando un público al que llegaba con suma facilidad: lo iba a buscar a su casa y por millones. Y en nombre de lo que le gusta a la gente, el rating, ayudó (y ayuda) a sostener la ideología y el poder de los de arriba.

Y los actores independientes y de los otros se desconcertaron, porque se podía vivir bien -algunos muy bien- del espectáculo pago y profesional, si se tenía la suerte de ser el titular de alguno de los pocos roles en los nuevos teleteatros. Hubo que entrar al sindicato de Actores y dejar la FATI (Federación Argentina de Teatros Independientes). En cierto sentido fue para bien, porque desde entonces, el sindicato se puso al frente de muchas reivindicaciones, especialmente en el terreno de la lucha contra la censura y por la libertad de expresión.

Si bien la industria del espectáculo existía desde antes de los años 50 (se filmaba bastante en la Argentina), pienso que el cambio en los hábitos del espectador y las consecuencias que esto tiene para con la creación, recién desde ese mediado de siglo pueden notarse con claridad. Además, era la primera vez en nuestro país en que la producción de espectáculos adquiría el nivel de industria. Hasta ese momento, los empresarios teatrales eran "los grandes productores": bastaba con alquilar una sala y poseer algunos miles de pesos, más una buena relación con el medio creativo, para producir espectáculos. Aún en el nivel comercial, y ni qué hablar del circuito independiente.

Esa transición entre un modo de producción nacio-

nal, artesanal, y otro industrial y dependiente frente a la producción extranjera y a los empresas poderosas a través de la publicidad, tuvo también consecuencias sobre lo que los espectadores veían: comenzaron a abundar, casi con exclusión, las comedias y los teleteatros que poco tenían que ver con la propia realidad de los consumidores. Este es un rasgo a notar para diferenciar el momento de la época del sainete, de las giras nacionales o aún del teatro independiente, donde si bien se veían muchos autores extranjeros, en la mayoría de los casos versaban sobre temáticas que resultaban críticas y propias para los espectadores argentinos. Amén que el movimiento independiente produjo la mayoría de los autores teatrales que aún se conocen como grandes, y siempre estuvo en la búsqueda de una expresión propia. Esta presencia dominante de la televisión también licuó los contenidos del arte que desde allí se hacía. De nuevo resulta útil preguntarse quién paga la producción y para qué se produce.

El país, que nunca había logrado una independencia económica con respecto a los centros imperiales, también en este terreno fue entregando sus riquezas y extranjerizándose, con la sola excepción del primer gobierno de Perón, que tuvo una política claramente de

Teatro Abierto.

El 28 de julio de 1981 se inauguró el Movimiento Teatro Abierto, un hito en la resistencia cultural contra la última dictadura militar argentina, que reunió a más de 200 autores, directores, actores y trabajadores del teatro.



tinte nacional. Y así las crisis fueron resolviéndose con gobiernos entreguistas o con dictaduras militares que ponían en práctica lo que el poder tradicional económico no podía conseguir en las urnas.

El teatro (después de varios golpes de Estado militares) llega a la dictadura que va desde 1976 a 1983. Y se aprovecha —es doloroso utilizar ese verbo— la censura y la violenta represión para que el teatro volviera a producir un hecho trascendente, en el mismo sentido en que hemos rescatado los anteriores momentos, en el sentido del interés de las mayorías. El teatro aprovecha la censura porque le sirve para unirse y luchar contra ella. Y, a la vez, por un teatro argentino capaz de valorizar los ideales de la libertad y de la democracia. Y así surge “Teatro Abierto”. Otra creación argentina que muestra el carácter crítico que ha tenido siempre nuestro teatro. Fue alrededor del desaparecido luchador de izquierda Osvaldo Dragún, que los autores, los directores y los actores decidieron romper la mordaza. Así, aunque no pueda entenderse cómo ni por qué, en 1981 se produjeron 21 espectáculos, dirigidos por 21 directores y actuados por artistas que iban desde los primeros niveles de fama y prestigio hasta el de los estudiantes de teatro. Y las colas fueron formándose frente al teatro donde hacíamos por turno los siete días de teatro. Los militares decidieron, entonces, poner una bomba incendiaria en las instalaciones, y supusieron que con eso se terminaba la rebeldía. Pero no. Fue al revés. Las funciones siguieron, en otra sala y las colas fueron cada vez más largas. Creo que fue uno de los primeros actos de rebeldía que la dictadura militar de entonces no pudo —léase bien— no pudo reprimir con éxito.

Así, una muestra más de cómo el Teatro ha sido siempre una especie de conciencia capaz de reflejar la marcha del país continuó por varios años, hasta que, erróneamente en mi opinión, muchos compañeros creyeron que ya no era necesario tal movimiento con la llegada de la democracia en el 83. Y Teatro Abierto, que era crítico, y a veces revolucionario, no solo en lo que respecta a la organización (todos los actores iban en los programas y afiches por orden alfabético, nadie cobraba un peso y las resoluciones se tomaban por asamblea y, más tarde, por una dirección amplia elegida con total responsabilidad y libertad, también por asambleas multi-

ordinarias de cientos de teatristas) dejó de existir por no ser ya funcional. Hoy, carecemos de un lugar así que nos permita convocarnos para, aunque más no sea, hablar de nuestros propios problemas.

En una época hubo también otra forma de rebeldía que no puede negarse (aquel famoso “*épatèr le bourgeois*”) y, aunque nunca haya apuntado a las masas populares, no por eso aquellas obras fueron menos críticas para con el mundo en el que aparecían. Me refiero a las tendencias de vanguardia que comenzaron con el teatro del absurdo (del absurdo del mundo y no un teatro absurdo) de post – guerra y luego heredado por lo que dio en llamarse “nuevas dramaturgias”. Hoy quizás ese rechazo al burgués adocenado se ha convertido en un “arte para artistas” muy sofisticado. Pero creo que aún este modo de encarar el teatro le añade complejidad y valor a la batalla que libra el teatro por una humanidad más humana.

En el presente vivimos otro fenómeno que habla a las claras del rol que juega el teatro en la formación de la conciencia argentina. Hoy en día Buenos Aires es si no la capital del Teatro del mundo, es por lo menos una de las capitales.

Existen más de doscientas salas y la producción es vastísima de modo que no cabe en un artículo como éste. Aún en el interior del país, el teatro ha crecido enormemente y resulta una caja de resonancias de la problemática de las provincias.

Y últimamente se nota un replanteo en lo que respecta al rol que ha de jugar el teatro. Hasta ciertas publicaciones que antes se jactaban de trabajar solamente sobre “los lenguajes” hoy aceptan que quieran o no, a través del mercado o no, a través de los problemas de la producción y de la recepción, el teatro posee siempre esa inmediatez para con la vida. No para reflejarla de un modo naturalista y chato, por supuesto, pero sí para valorar los recónditos lazos que unen al teatro con su público y su época.

Y en ese sentido, es en que al celebrar al Bicentenario no queremos dejar de señalar el aporte del teatro, cuando nos muestra su capacidad para alcanzar momentos cumbre en aquellas etapas en que se vincula desde las ideas, desde la producción y desde el consumo, con la gente que pasa por la calle y sus verdaderos intereses.

El uti possidetis juris y **LA INTEGRACION REGIONAL**

La guerra de independencia no sólo fue una confrontación con el imperio colonizador. Las oligarquías criollas de las principales ciudades del continente tenían ambiciones propias que se resolvieron, lamentablemente, en la partición de esa inmensa colonia que España tenía dividida en cuatro virreinos.

Pero, esos grupos de poder, no estaban vinculados con el territorio, sino más bien con el comercio que era un tanto legal y mucho más ilegal. Porque, desde los tiempos de la colonia, los criollos, discriminados del poder colonial, más allá de las regulaciones que llegaban de la Península, negociaban con Europa, principalmente con Inglaterra, cuyo poderío permitía un comercio seguro.



No podía ser de otro modo, pues los piratas de la reina Isabel atacaban a las naves españolas y servían de resguardo a los cruceros británicos. El contrabando fue la base del enriquecimiento de las poderosas familias que se hicieron cargo del poder en Nuestra América.

Al no tener relación con el territorio en que vivían y pese a las propiedades agrarias que poseían, los criollos se preocuparon exclusivamente del aumento de sus negocios. Estos grupos de poder, crecidos en la actividad clandestina, no formaron lazos de relacionamiento con las otras oligarquías del continente. Cada uno de ellos, desgraciadamente, nació y se consolidó en competencia con sus pares de otras ciudades. No se veían como

*** Periodista y escritor boliviano. Ha sido diputado nacional y ex senador de la república.**

socios, sino como competidores. La confrontación era hasta torpe: quién le vende más y a mejor precio al comprador, por lo general Inglaterra.

Esa era la situación al iniciar la guerra de independencia a principios del siglo diecinueve. Sólo para revisar un ejemplo, veamos el caso de lo que hoy es Bolivia. La Audiencia de Charcas, que era como se conocía esta jurisdicción, tenía un valor intrínseco en el cerro de Potosí. El inagotable yacimiento de plata – así parecía al menos – fue una razón poderosa para que

tado no podía ser otro que la demanda de independencia no del poder español, que era secundario, sino de las otras oligarquías vecinas.

La repetición de estas sinrazones prolongaba la guerra, aunque el poder colonial ya no tenía capacidad de respuesta. La guerra no terminaba, simplemente, porque los intereses de los grupos criollos chocaban entre sí. Hubo que encontrar una fórmula que solucionase la situación; fue así que se recurrió al concepto “*uti possidetis juris*” que, en términos corrientes, sig-



España acudiera a todos los recursos para mantener su posesión. A fines del siglo XVIII era evidente que, la mayor parte de la riqueza de ese cerro no llegaba a las arcas del reino español; salía de contrabando por Buenos Aires antes que por la ruta oficial de Lima y Panamá; el Río de la Plata hacía justicia a su nombre. Frente a esa situación, la corona creó un virreinato que se ocuparía casi exclusivamente de ese comercio, para beneficio de España. La Audiencia de Charcas fue a dar a ese virreinato. Pero, cuando en 1810 se proclamó la independencia de las provincias del Plata, rápidamente la monarquía ordenó el retorno de la Audiencia al antiguo Virreinato de Lima. Quince años duró la guerra de independencia. La larga confrontación determinó que los criollos negociaran, a la vez, con los republicanos bonaerenses y con los monárquicos limeños. El resul-

nificaba tomar posesión del territorio delimitado por la administración colonial. Pese a que esta fórmula fue planteada por cinco de los países nacientes, la norma sirvió para establecer otras fronteras, aunque no todas, en los cuatro virreinos.

La norma fue aceptada por las oligarquías criollas, que miraban sólo sus intereses inmediatos. No les inquietaba para nada que, esas fronteras, dividieran pueblos nativos ni separaran territorios de necesaria continuidad. Es más: como se trataba de delimitaciones administrativas, no tenían ninguna exactitud. Por tanto, casi de inmediato, se produjeron avances de los países con más poder y retrocesos de otros que no terminaban de formarse en ese agitado inicio del siglo diecinueve. Las guerras entre las jóvenes repúblicas hicieron posible, incluso, un intento de España por resta-

blecer su dominio. La circunstancial unidad que se logró en el momento de los ataques hispanos no fue consecuente consigo misma y volvió a entablarse la batalla entre las jóvenes repúblicas. El *uti possidetis juris* fue, a la vista de estos hechos, una malísima solución a las disputas que protagonizaron las oligarquías. Pero no era sólo eso. Las décadas posteriores podían haber subsanado ese error inicial; no fue así. Lo que dice la historia es que, en vez de buscar otras soluciones, enmendar aquella, construir un camino de cooperación continental o cualquier otra alternativa, los grupos de poder —herederos y, en muchos casos, descendientes directos de las oligarquías criollas— ahondaron la pervisión de esa norma. Hoy, cuando estamos celebrando el Bicentenario de la independencia, el llamado *uti possidetis juris* sigue siendo no sólo un término usado en las controversias entre nuestros países sino que refuerza el trazado de las fronteras coloniales que se sobreponen a la estructura de los pueblos originarios. Quiere decir que, de muchas formas, las normas coloniales siguen imperando en nuestros países.

Una controversia recurrente se da en relación a la propiedad de la cultura originaria y sus actuales manifestaciones. En estos momentos se discute un tema menor que debiera estar resuelto por reglas aceptadas por nuestros países. Se trata de la recuperación de un galeón español con un volumen de plata, en barras y monedas, de valor incalculable. Hay evidencia de que esa riqueza procede del cerro de Potosí. Pero no es sólo Bolivia que reclama la propiedad; también lo hace Perú en razón de que el virreinato tenía su sede en Lima. Es como si continuase vigente la administración colonial.

La regla del *uti possidetis juris* ha creado conflictos inacabables. Argentina y Chile, sólo hace unas décadas, resolvieron un conflicto respecto al canal Beagle. Paraguay y Bolivia se enfrentaron en una guerra que definió medianamente la posesión en el territorio llamado Chaco. Perú y Ecuador no resuelven el trazado de su frontera común. No son los únicos problemas irresueltos. Hay otros más que refuerzan la afirmación de los entuertos generados en la norma administrativa.

Eso no es todo. Como es de suponer, el Brasil nada tuvo que ver con el tema, ya que no era colonia espa-

ñola sino portuguesa. Pero, de todos modos y con sus propias características, siguió el legado colonial: la penetración en el territorio de los países vecinos, con el afán de engrandecer su país. Ese legado también está presente en el hecho de que, hasta hace pocos años, Brasil vivió y se desarrolló de espaldas al resto de las naciones latinoamericanas. Ciertamente que éstas, entre sí, tampoco han tenido una convivencia positiva. Pero, en el caso del Brasil, hubo una política más bien orientada a crear y reforzar lazos económicos e incluso políticos con el África.

Más bien retomemos el hilo del tema relativo a la división que se dio en la colonia española de un modo que, a estas alturas, ya podemos calificar como artificial. Al menos, así lo demuestran muchos hechos ocurridos a lo largo de estos dos siglos. El relacionamiento de comunidades y familias en la frontera entre Bolivia, Chile y Perú, se da no sólo en relación a la vecindad, sino al parentesco que se remonta a varias generaciones; no es una casualidad, sino más bien la regla. En otras regiones, la continuidad agrícola es una imposición de la naturaleza que está diciendo, sin lugar a dudas, que las fronteras fueron puestas sin considerar esa lógica. No quiere decir esto que, en otras zonas, como Europa por ejemplo, haya primado la racionalidad. Simplemente se constata en nuestro continente el predominio de la irracionalidad, habiendo factores que podrían haber impulsado otras soluciones.

Así alcanzamos este Bicentenario de la fundación de las repúblicas latinoamericanas. No todas en este año, pero relacionadas con 1810, cuando estallan los gritos libertarios en todo el continente. Podíamos haber seguido un curso diferente a la mera copia de la república francesa. Toda copia trae consigo las características del original. Básicamente, somos distintos a cualquier país europeo. Los aspectos sociales nos diferenciaban grandemente y, aún hoy en día, las clases en Francia son distintas a las que se encuentran en cualquiera de los países de Nuestra América. Pongamos el caso de Bolivia. En la base social están los campesinos, diferentes a los agricultores de allí por su status económico, su visión política y su relación social. El proletariado, recién conformado aquí a fines del siglo XIX, no existía al momento de crearse la república. La clase

dominante, que en Francia era una burguesía pujante, en Bolivia era una oligarquía sin ninguna capacidad para desarrollar la industria. Más grave aún es constatar que la división de los poderes del Estado, en Francia, se heredó del absolutismo monárquico. Que el modelo se haya constituido en paradigma democrático, es otra cosa. Posiblemente los países de Nuestra América hubiesen aportado con su propia experiencia al desarrollo de la democracia, si los grupos de poder incorporaban los usos y costumbres locales. Un ejemplo claro está en la justicia.

Las formas republicanas, copiadas de Europa, se impusieron como norma depurada del sistema judicial. En Bolivia, el gobierno del Mariscal Andrés de Santa Cruz (1829-1839) puso en vigencia los códigos penal y civil y sus respectivos procedimientos, copiando los códigos napoleónicos. Es decir que, en Bolivia, una mayoría absoluta de habitantes que hablaban una lengua distinta al castellano, cuyos usos tenían bases diferentes de legalidad y procedimiento jurídico, se veía compelida a cumplir una justicia que no conocía. Hay que tomar en cuenta que, durante los trescientos años de la colonia, se impartió una justicia que nada tenía que ver con los códigos napoleónicos. Además, al momento de fundar la república, las guerrillas que derrotaron al español manejaban términos legales y jurídicos diferentes a los de la colonia. Ni una ni otra experiencia, ni siquiera la tradición de los pueblos originarios se tomó en cuenta para construir una estructura judicial diferente a la que impusieron y que es la que perdura hasta ahora. La Constitución Política del Estado puesta en vigencia hace un año, reconoce el valor legal de los usos y costumbres indígenas para la aplicación de una justicia con características propias. Esta justicia funcionará paralela y en condiciones de igualdad, con la justicia europea que ha regido durante toda la vida republicana. Tal ejercicio dual, dará resultados que se verán en el curso de esta década. Entonces y sólo entonces, podrá hacerse una síntesis que recoja, de ambos sistemas, lo mejor y más adecuado para todos los habitantes de Bolivia.

En la economía habría que hacer un análisis más complejo. Basta decir, la estructura europea reconoce dos tipos de propiedad: la del Estado y la privada. Un por-

centaje importante de la población boliviana vive bajo un régimen de propiedad comunitaria. Este tipo de propiedad, reconocido recién a fines del siglo pasado, no cuenta hasta ahora con ningún tipo de legislación que regule sus mecanismos. Si tenemos en cuenta que, casi todos esos mecanismos son contradictorios con la propiedad privada, el resultado es que, quienes viven en un régimen de propiedad comunitaria cometen delito en cada uno de sus actos. ¡Atención! La propiedad comunitaria no es la cooperativa, modelo de propiedad privada asociada que se rige por el mismo código civil de ésta. Es mucho más compleja que la normativa del koljós soviético y diría que mucho más enriquecedora. En cuanto al ejercicio de la autoridad ejecutiva, la concepción de servicio tiene un desarrollo estructural que no depende del buen o mal criterio de quien está en ese ejercicio. ¿Por qué no se tomó en cuenta estos valores? Dado que la colonia había condenado las normas indígenas como primitivas y contrarias a la convivencia social, llegaron a ser desconocidas para los grupos criollos que dominaron la escena republicana. A lo largo de estos siglos –cinco en total- debieron haber desaparecido. Lo extraordinario es que, en Bolivia, han mantenido su vigencia, que puede ser constatada en la convivencia diaria actual. Por supuesto está deformada, desprestigiada y hasta rechazada por algún sector de la sociedad. Pero está viva, tan viva como los idiomas nativos que son de uso diario.

El quechua y el aymara son las lenguas que habla cerca de la mitad de la población. Pero, hay otras 34 reconocidas plenamente por la Constitución vigente. Estas son: araona, baure, bésiro, canichana, cavineño, cayubaba, chácobo, chimán, ese eja, guaraní, guarasu'we, guarayu, itonama, leco, machajuyai-kallawaya, machineri, maropa, mojeño-trinitario, mojeño-ignaciano, moré, mosetén, movima, pacaguara, puquina, sirionó, tacana, tapiete, toromona, uru-chipaya, weenhayek, yaminawa, yuki, yuracaré y zamuco. Nombres de difícil pronunciación en razón de que, todos nosotros, consideramos que, en Nuestra América, sólo se habla castellano y portugués. Ni siquiera tomamos en cuenta a los países de habla inglesa o francesa. El propósito de esa enumeración que acabamos de hacer, es emplazar al reconocimiento de las lenguas nativas en todos y cada uno

de nuestros países. El siguiente paso será su incorporación a la vida cotidiana. Pero, al menos, reconozcamos que, en la nación de la que provenimos, se hablan otros idiomas.

Después de tomar en cuenta estas consideraciones, debemos llegar a una conclusión penosa. Preliminar, es cierto, pero aún así es penosa. El principio o el mecanismo del uti possidetis juris no sólo fijó fronteras entre las nacientes repúblicas, sino que también estableció concepciones políticas, económicas, sociales y jurídicas. Por supuesto, las consecuencias fueron nefastas. La más evidente fue la construcción del Estado. No nos reconocimos plurinacionales hasta la última década del siglo pasado. Tuvieron que hacerlo países europeos y asiáticos. Nosotros, en cambio, aún después de reconocernos como plurinacionales, mantuvimos la estructura estatal única. De hecho, como está demostrándose, se mantuvo la ilegalidad de los usos y costumbres originarias que impuso la colonia. La ilustración, que fue el emblema central de la monarquía española desde el siglo XVI, siguió siendo la norma para la formación del Estado. La ilustración, que no la educación, pues los gobiernos que se sucedieron desde la fundación de la república no se preocuparon mayormente de educar al pueblo; celebraban y reverenciaban a quienes habían adquirido conocimientos por su cuenta. Salvo alguna excepción, ni estos mismos personajes ilustrados tenían interés en mejorar la educación nacional. Con seguridad hay ejemplos similares en varios países de Nuestra América.

En cuanto a la economía, el daño es mayor. El Código Civil boliviano, puesto en vigencia por el gobierno del Mariscal Andrés de Santa Cruz, se mantuvo hasta 1985. Era una copia exacta del código napoleónico. Si se hubiese incorporado valores de la relación económica de los pueblos originarios, habría una contribución extraordinaria a las relaciones comerciales internacionales. Un solo ejemplo basta: el trueque, perdido en la avidez del oro y el fetichismo del dinero, habría fortalecido la economía internacional, al mantener un equilibrio entre los productos de modo que no hubiese especulación.

En el terreno jurídico, la forma de ejercer justicia entre los pueblos originarios está, ahora, reconocida

por la Constitución Política del Estado. Las experiencias que se logren en este ejercicio serán de gran utilidad, no sólo para Bolivia, sino para Nuestra América e, inclusive, para otros países.

Este es el uti possidetis juris (como poseías, poseerás) que no sólo se concretó a la determinación de las fronteras entre nuestros países, sino que se entronizó en nuestras mentes y, en consecuencia, fue la base de la jurisprudencia regional. Nos impusimos (o nos impusieron, según todos los indicios) las normas que regían en la Europa de la primera mitad del siglo XIX. Vale decir, ni siquiera fuimos capaces de rescatar los valores de la revolución francesa, sino que asumimos los códigos de la contrarrevolución; de Napoleón y también de Metternich, el restaurador de la monarquía en Europa. La república, que había sido una bandera de reivindicación en la guerra por la independencia, fue sustituida por la aspiración monárquica en varios países. Además de Brasil, que fue imperio hasta finalizar el siglo XIX, Haití se convirtió en reino durante una década. A México le impusieron el imperio en dos oportunidades, hubo un intento imperial en Chile y partidarios monárquicos se hicieron notorios en más de una oportunidad. Parecía que, siguiendo a Europa, había que pasar de la república al imperio. Eran los gobernantes y sus acólitos que miraban solamente hacia Europa y trataban de ocultar lo indígena a los ojos externos. De esta suerte, los grupos de poder, estuvieron y están compuestos por empresarios enriquecidos en una relación subordinada a los mercados europeos o estadounidenses. Curiosamente, han sido las dictaduras militares las que pretendieron romper con ese sometimiento; lo hicieron, sin embargo, en función de sus intereses. Mientras tanto, las expectativas populares fueron preteridas, casi siempre con el argumento de que el enriquecimiento de los poderosos permitiría mejorar la suerte de los menesterosos. Hace poco escuché a un dirigente de izquierda usar esa misma justificación como mensaje de conciliación a los grupos radicalmente opuestos al cambio. Es decir, nosotros mismos estamos encuadrados en esa cavernaria normativa.

Conforme a eso, la democracia es, allá y aquí, un sistema de elección de autoridades mediante el voto

personal. La Constitución boliviana reconoce, ahora, la designación de autoridades en ciertos niveles, según usos y costumbres de los pueblos originarios. Complicado de explicar, básicamente, es la búsqueda del consenso. Imposible de lograr, según la lógica europea, es una práctica cotidiana en nuestros pueblos. ¿Acaso no podemos ensayar ese mecanismo? Después de todo, a los pueblos originarios, se les obligó a aprender las normas traídas allende los mares.

Varios pueblos de Nuestra América, en los días actuales, ensayan sus propias formas de gobernarse. Casi de inmediato encontraron que su avance dependía de la unidad. Esto ha puesto en práctica, a una velocidad inconcebible hasta hace poco tiempo, una serie de mecanismos a los que se han comprometido la totalidad de los gobiernos de Sudamérica. La Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) surgió de un llamamiento que ningún gobierno pudo rehusar. Allí mismo se planteó la formación de un parlamento regional, luego la creación de un Banco Sudamericano y, desde el primer momento, la organización de un Consejo de Defensa. Por supuesto, el simple enunciado de tal estructura no supone su funcionamiento. Han abundado las reuniones de mandatarios de todos los países integrantes de UNASUR, en las que se habla cuatro idiomas: castellano, portugués, inglés y neerlandés; más adelante, seguramente, se incorporarán lenguas nativas. La creación del Banco tiene ya el compromiso de cuotas que pondrán Argentina, Brasil y Venezuela; los restantes miembros, evaluarán sus posibilidades. El Consejo de Defensa está a punto de concretarse, aunque hay resistencia por parte de algunos gobiernos que siguen aferrándose a una estrecha relación con Washington. Aunque se han dado pasos considerables, es evidente que falta un elemento tangible que cohesione esa unidad. Probablemente será el problema energético. Con una gran potencialidad tanto de yacimientos fósiles como de cauces hídricos, Sudamérica —y, en general, Nuestra América— puede surtir las carencias energéticas que se observan hoy en gran parte de nuestros países.

Dos preguntas son insoslayables: si es necesaria y si es posible esta unidad. La necesidad de unirse, concentrar fortalezas y unificar requerimientos, está más

que comprobada; con mayor o menor solidez, países de todos los continentes están unidos en asociaciones de intercambio, de defensa y aún más avanzadas. La Unión Europea tiene parlamento de elección y no sólo de representación, moneda común, pabellón y representantes internacionales. Vivimos una época en la que se hace imprescindible la unidad de las naciones que se formaron, casi en su totalidad, en los dos siglos pasados. La persistencia en el aislamiento, la proclama endógena, son lastres de los que están librándose los países que han tenido las experiencias traumáticas de la incomunicación. La segunda interrogante tiene que ver con las posibilidades. En Nuestra América, persisten enconos de país a país que, en más de un caso, se agudizan precisamente en estas circunstancias. Este es el caso de las relaciones de Colombia con Venezuela y Ecuador, respecto a la invasión en forma reiterada del territorio de sus vecinos, provocando acciones bélicas. Perú y Chile son litigantes en un juicio internacional en relación a la soberanía sobre aguas marinas. Chile y Bolivia no tienen relaciones diplomáticas desde hace medio siglo; aunque se han producido acercamientos en los últimos años, no se vislumbra una solución al conflicto. En fin, hay otros temas menores que, todos en conjunto, parecen configurar un escenario poco propicio, sino contrario, a la unidad.

Las relaciones internacionales complotan contra UNASUR. En el terreno económico, ha habido un intento de distanciar a los países integrantes de esa Unión, cuando dos países intentaron acaparar las supuestas ventajas de un acuerdo conjunto con la Unión Europea (UE), pero fracasaron; al contrario, se ha ido reforzando la necesidad de actuar conjuntamente, para tener presencia real a nivel internacional. Socialmente, las particularidades culturales que se han desarrollado en estos siglos, no han podido imponerse sobre la raíz única de la que emergen todos nuestros pueblos. Con esas ventajas y desventajas, estamos enfrentados al desafío de construir la unidad. Después de todo, países que tienen lenguas tan diferenciadas, culturas diversas, un pasado de guerras sangrientas y otros motivos de distanciamiento, bregaron por la unidad y han llegado a conformar la Unión Europea. De hecho, tenemos mayores ventajas para hacerlo. El extraordinario acerca-



Unión de Naciones Suramericanas.

La foto protocolar del ex presidente argentino y secretario general de UNASUR, Néstor Kirchner y los presidentes de los países latinoamericanos

miento de nuestras naciones es una oportunidad inapreciable que no debemos desdeñar.

Bolivia, en especial, está obligada a asumir seriamente este desafío. En razón de su alta dependencia, se ha mantenido en la pobreza y el atraso. Los pocos pasos de unidad regional que se han dado en los últimos años, están ligados al emprendimiento de los planes de desarrollo que, por primera vez, se vislumbran realizables. Si tomamos en cuenta, que la recuperación de los valores originarios de los pueblos bolivianos es un proceso que en solitario demandaría todo el esfuerzo del país, la implementación de planes de desarrollo al mismo tiempo que la recuperación señalada, muestra que la unidad regional es el factor que posibilita avanzar con ambos propósitos. De hecho, la mayor parte de los grupos urbanos recién ahora comienza a reconocer la existencia de esos otros pueblos y naciones que conforman la bolivianidad. Esto explica, que la actual Constitución imponga a los funcionarios públicos la obligación de hablar dos idiomas, al menos el castellano, como lengua nacional, y una originaria que corresponda a la

zona en que éste desarrolla sus funciones. Es que hasta hoy, los campesinos que no hablan español no son atendidos por los funcionarios o, lo que es peor, maltratados y engañados.

Es incalculable el costo de la transformación de una sociedad homogénea en otra pluricultural. Porque se trata de eso, precisamente. No es el agregado de una conquista o una ampliación en la estructura social. Esto debe hacerse aceptando e incorporando a todas las minorías con sus propios valores, sus usos y costumbres, su singularidad. De hecho, el gobierno boliviano se ha propuesto salvar a los pueblos más débiles de una desaparición que estaba signada a corto plazo. Pero esta tarea era imposible de realizar, si no se tomaba en cuenta las necesidades básicas de la población. Educación, salud, vivienda, luz y agua son imprescindibles para salir del atraso y el empobrecimiento. A la vez, si no se sale de esas deformaciones, no hay ninguna posibilidad de resguardar la cultura de los pueblos originarios.

El cuidado con que debe trabajarse en esta tarea es extremo. Es grande la tendencia a imponer las culturas

que han estado sometidas durante tantos años, por sobre la cultura que avasalló estos territorios durante más de medio milenio. Mayor aún es la tentación a cobrar ofensas, humillaciones y tormentos que sufrieron en todo ese tiempo. Si no vencen esas tentaciones, no habrá posibilidades de construcción, pues la necesidad de unirse no es sólo un requerimiento entre los países, sino dentro de cada país. Esta condición unitaria es necesaria incluso para enfrentar una guerra civil. Durante los pasados cuatro años y aún varios meses antes, se insistió, en los medios internacionales de información sobre la inminencia de la guerra civil en Bolivia. Una voluntad férrea del presidente Evo Morales ha impedido, hasta ahora, que las numerosas confrontaciones ocurridas en ese periodo no desembocuen en un enfrentamiento abierto.

Hasta hace poco más de un año, los militantes del Movimiento al Socialismo (MAS) que apoya al presidente, eran objeto de constantes ataques en varias ciudades del país. En más de una, los mandatarios nacionales tuvieron que desistir de participar en actos públicos. Aeropuertos de esas ciudades fueron tomados por extremistas, quienes de esa forma impidieron el arribo del presidente o el vicepresidente. Oficinas públicas fueron asaltadas, destruidas y quemadas. Una matanza de campesinos fue la respuesta de la oposición al intento de organizar una marcha de apoyo al gobierno y de acusación a los jefes contrarios al proceso de cambio. La respuesta del gobierno siempre se ha dado en el marco de las leyes.

El nuevo periodo presidencial de Evo Morales, iniciado en enero de 2010, tiene un signo totalmente distinto. La amenaza de dividir al país, concretada en lo que se llamó media luna, ha desaparecido. Ciertamente que hay todavía remembranzas, pero que tienen un carácter inofensivo. De pronto aparece un político frustrado que convoca a reconstituir la media luna. Con sus líderes fuertes enfrentando juicios serios por malversación de fondos y revelación de bienes malhabidos, los dirigentes menores de esa conspiración apenas se atreven a intentar el rescate de una función que ocuparon ostentadamente hasta hace poco tiempo. El signo de esta etapa de cinco años (2010-2014) es la consolidación del nuevo país que se propuso el MAS y el

presidente Morales desde antes de su toma de mando, en enero de 2006. Este país es pluricultural y unitario, soberano y partícipe de la integración, defensor de los valores originarios y propulsor del desarrollo científico y tecnológico, sus planes incluyen el autoabastecimiento y la complementariedad con la región. Tal complejidad, que a primera vista aparece como un absurdo, puede entenderse en esta frase: necesitamos nuestra propia identidad nacional para formar parte de UNASUR y otra unión más amplia de países. A eso se refiere la descolonización, que el presidente Morales ha señalado en más de una oportunidad. El sistema colonial está presente en toda la estructura de nuestros países. Las relaciones coloniales siguen imperando en las sociedades de Nuestra América. La concepción colonial es el marco de casi todas nuestras formas de actuación. Sin exageración, mantenemos una cultura colonial. Al asumir el *uti possidetis juris*, en la ruptura de la dependencia colonial, de hecho no se hizo otra cosa que sustituir algunos elementos muy evidentes, pero se mantuvo la estructura social, económica, política, cultural y mental de la colonia española. Los grupos de poder no hicieron ningún esfuerzo por lograr la independencia; pareció, más bien, que era suficiente cambiar de sometimiento: Madrid fue reemplazada por Londres y algunos miembros de los grupos de poder abandonaron la escena política. Después, todo siguió siendo igual.

En Bolivia esta persistencia ha sido y sigue siendo tan aguda, que hubo servidumbre feudal, reconocida y protegida por el Estado, hasta mediados del siglo pasado. Hoy en día, algunas tiendas, restaurantes y otros locales públicos, no aceptan a las mujeres que visten trajes originarios. Y si bien se ha creado un Viceministerio de Descolonización, es evidente que este proceso es general y no se puede trabajar a partir de un ministerio o de un comité. Realmente, la descolonización comenzará cuando toda la sociedad esté comprometida con el proceso de recuperar la raíz de nuestra identidad y reconstruirla con el aporte de nuestras formas de desarrollo, potenciamiento y bienestar. En los años siguientes, Bolivia será un gran laboratorio de experimentación social. El éxito de este proceso será un valioso aporte a la integración de Nuestra América.

Medios de comunicación y PODER

-Fundamentos filosóficos de la Intencionalidad Editorial-

“La guerra es la continuación de la televisión por otros medios” (Galeano, 1998: 279)

1.1- Introducción

La cita del escritor y periodista Eduardo Galeano es una obvia alusión a la definición más contundente que se haya escrito sobre la guerra y la política: casi un siglo y medio antes, el alemán Karl von Clausewitz había construido un célebre enunciado: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Si fracasa, entonces, el espacio para la negociación y la búsqueda de consentimientos, llega el tiempo del uso de la fuerza; pero no aparece como un momento disociado, aislado, sino como continuidad dialéctica de la etapa anterior, la de la política y el consenso. De lo que se trata, en definitiva, es de reconocer los diferentes mecanismos que se ponen de manifiesto en el ejercicio y la conservación del poder; un terreno de suma pertinencia para reflexionar sobre periodismo y medios de comunicación.

Todos los procesos periodísticos, sostiene Ego Ducrot, “son herramientas para la conquista, la conservación o la destrucción del poder -destrucción o deconstrucción que apunta a la construcción de otro, de distinto tipo o naturaleza-. ¿Cómo? acude a la transformación de su parcialidad de grupo o clase en «objetividad» -nos referimos aquí a la objetividad de la engañosa ecuación objetividad-subjetividad, para que la misma, desde su supuesto valor de verdad universal, sea y opere como sentido común” Y finaliza: “el periodismo forma parte del género de la propaganda (...) es propaganda objetiva” (Ego Ducrot, 2009: 21-22).

En próximas páginas intentaremos desmenuzar este enunciado clave en el origen y desarrollo del modelo teórico de la Intencionalidad Editorial. Si consideramos a la cita de Ego Ducrot como una totalidad, la tarea será



entonces analizar cada uno de sus elementos para luego retotalizarlos en función de ubicar el lugar del periodismo en un sistema social. Para ello es necesario preguntarnos: ¿Qué entendemos por “poder”? ¿Cuál es el marco que contiene las luchas por el poder? ¿Cuál es el sentido de la conversión de parcialidad en objetividad?

Entenderemos por poder a “los medios por los cuales ciertos individuos o grupos pueden dominar (subordinar) a otros, y promover y alcanzar sus propios objetivos e intereses, aunque se les oponga resistencia”. El poder “no siempre se experimenta en formas represivas o coercitivas; puede expresarse como el ejercicio de la autoridad y estimarse legitimado” (O’Sullivan y otros, 1995: 269-270).

Es Foucault quien, desde el marxismo posestructuralista, destinó gran parte de su obra a pensar los sistemas de construcción y ejercicio de poder. Sostiene que “la verdad es una imposición del poder”, es el resultado de un combate, pero no de un combate a favor de la verdad y en contra de la falsedad —esa pretensión está fuera de su filosofía—, es un combate por el poder. Es decir que la razón de ser del poder es imponer la verdad. Por lo tanto, “no se trata de cambiar la conciencia de las gentes o lo que tienen en la cabeza. Se trata de cambiar el régimen político, económico institucional de producción de la verdad” (Foucault, 1992: 198-200).

Sin dudas que los aportes del autor francés son relevantes a los fines de entender el lugar que ocupan los procesos periodísticos en las disputas de poder. Pero vamos a detenernos con mayor detalle en la idea de poder que emana de la obra de Antonio Gramsci. Los aportes del autor italiano resultan más adecuados para nuestro análisis, a pesar de los extraordinarios cambios producidos desde el momento de su producción, sobre todo, en materia de tecnologías aplicadas a la comunicación masiva. Esta elección se justifica a partir de las múltiples relaciones que pueden establecerse alrededor del concepto de hegemonía, que contiene y enriquece a la categoría de poder.

En las próximas páginas, abordaremos la complejidad del concepto de hegemonía y su relación con la actividad periodística. En otras palabras, nos ocuparemos de focalizar la especificidad del proceso periodístico en la totalidad social desde la perspectiva gramsciana. Las pre-

misas que emergen de este enfoque resultarán de suma utilidad a nuestros objetivos, dada la relevancia que adquiere en Gramsci el aparato cultural-ideológico en la conformación y sostenimiento de un sistema de poder.

1.2- Periodismo y teoría de la hegemonía

¿Por qué pensar —totalizar— el proceso periodístico desde la teoría gramsciana? Como dijimos, el autor italiano otorga un particular valor al aparato cultural en el interior de la pirámide. Medios de comunicación, escuelas o iglesias son parte de una compleja estructura ideológica que contribuye desde una relativa autonomía a la consolidación —o a la destrucción— de un sistema de poder, o, para decirlo en términos gramscianos, de un sistema hegemónico.

En las Notas sobre Maquiavelo, Antonio Gramsci recupera los aportes del polémico pensador medieval para explicitar los límites que se desprenden de las concepciones tradicionales que asimilaban la idea de poder a la lucha por la conquista y control del Estado. El Estado es, más bien, una de las formas en que el poder se manifiesta. “El príncipe”, escrito en 1513 por Nicolás Maquiavelo, refiere explícitamente al Estado, pero puede ser comprendido como una metáfora del poder en el sentido que ahonda en las instancias esenciales para su mantenimiento. Para Maquiavelo, “los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar, que a uno que se haga temer”. Porque “el amor es un vínculo de gratitud que los hombres perversos por naturaleza quiebran cada vez que pueden beneficiarse”; pero “el temor que se preserva por miedo al castigo no se pierde nunca”. La ecuación maquiavélica, sin embargo, afirma que “no es imposible ser a la vez temido y no odiado” (Maquiavelo, 2005; 101-111).

Desde ese punto de partida, Gramsci dice: “Estado = sociedad política más sociedad civil, es decir, hegemonía acorazada de coerción” (Gramsci, 2004: 291). La pertenencia de la sociedad civil al Estado significa, entonces, que el fenómeno de la dominación en las sociedades capitalistas modernas es un proceso complejo en el que además de los aparatos de coerción, que representan una especie de “límite último” que garantiza la pervivencia del orden burgués, interviene toda una serie de

mecanismos de transmisión ideológica tendientes a lograr un consenso que le otorga bases más sólidas a la dominación. La “relativa autonomía” de los fenómenos ideológico-culturales respecto a los vaivenes de la economía es, así, uno de aspectos más originales del pensamiento gramsciano: “la pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatido en la teoría como un infantilismo primitivo” (Gramsci, 2004: 276).

Desde esta lectura, no se puede reducir el problema del poder sólo desde el aparato burocrático estatal. De hecho, Latinoamérica presenta desde finales de la década del noventa una fuerte puja entre gobiernos de rai-gambre popular y estructuras de poder asentadas en las corporaciones económicas y mediáticas. La comprensión de estos procesos contradictorios implica otorgar una mayor relevancia a los aspectos políticos e ideológicos. Entonces, la supremacía de la burguesía en el capitalismo no se logra (sólo) a través del aparato de coerción (Estado en sentido restringido) sino que en ocasiones esos espacios entran en tensión con una compleja red de instituciones y organismos que funcionan en la sociedad civil.

Ahora bien, como parte de esa compleja red de instituciones de la sociedad civil, es que podemos ubicar el terreno específico, aunque cada vez más relevante, del proceso periodístico. Siguiendo a Vladimir Hudec, el periodismo es “un fenómeno que tiene características ideológicas. Siempre está vinculado a una etapa histórica concreta del desarrollo socio-económico, de transformaciones revolucionarias; en una sociedad clasista siempre tiene carácter clasista y expresa los intereses de unas u otras formaciones políticas; es el portavoz de su política e ideología; es uno de los canales más importante de agitación y propaganda de masas” (Hudec, 1988: 26-27).

En el mismo sentido, Miriam Rodríguez afirma que “el enfoque marxista del mundo que nos rodea facilita entender las funciones ideológicas que desempeñan los medios de difusión. Al definir la sociedad como un todo que está condicionado por determinadas relaciones y actividades, Carlos Marx señaló el papel preponderante de las relaciones de producción al determinar las rela-

ciones sociales. Dada la correlación existente entre periodismo y sociedad, entre sociedad y clases, el periodismo no puede estar ajeno a la lucha clasista y a expresarse, por tanto, en un rumbo ideológico-político consecuente” (Horvath, 2003: 29-30).

El párrafo anterior contiene elementos demasiado generales que expresan una simple linealidad con las premisas esenciales del pensamiento marxista en relación a la cuestión ideológica: el periodismo “en una sociedad clasista siempre tiene carácter clasista”. Nos ayuda, sin embargo, a partir de una base sólida en la tarea de reflexionar filosóficamente sobre el terreno en el que se desarrolla la actividad periodística sin quedar atrapados en enfoques liberales que promueven una engañosa ingenuidad en torno a la relación del periodismo y el poder. El desafío es, ahora, complejizar nuestro análisis para apartarlo de cualquier riesgo determinista que deje afuera las múltiples implicancias de los procesos culturales.

Cierto es que las relaciones entre el campo de la materialidad y el campo simbólico de los procesos periodísticos sólo pueden ser pensadas desde una perspectiva totalizadora y dialéctica como la que el marxismo gramsciano ofrece. Es sobre este marco filosófico que se asientan los aportes originales desarrollados desde el modelo de Intencionalidad Editorial.

1.3- La función ideológica del periodismo

¿Qué función específica cumple el periodismo en el campo ideológico? Antes de avanzar, conviene resaltar un fragmento de aquel enunciado inicial de Ego Ducrot: “son herramientas para la conquista, la conservación o la destrucción del poder -destrucción o deconstrucción que apunta a la construcción de otro, de distinto tipo o naturaleza-”. Entonces, es necesario recurrir a un concepto de ideología que no se limite a la idea de distorsión y ocultamiento, propia del pensamiento economicista, en la que sólo queda contenida la función de conservación del poder. Nuevamente debemos apelar a la teoría de la hegemonía.

Se trata, entonces, de repensar el concepto de ideología desde una concepción que trascienda la mera idea de distorsión. Para comprender el alcance del concepto de ideología en Gramsci, conviene partir de uno de los

aportes clave de su pensamiento: el bloque histórico, elaborado centralmente en los “Cuadernos de la cárcel”. Tomando en cuenta la metáfora marxista de la pirámide, representa una doble relación dinámica y dialéctica: a- entre la estructura socio-económica y la superestructura ideológica, y b- entre la sociedad política y la sociedad civil, al interior de la superestructura. Esas relaciones permiten analizar una situación histórica global a partir del estudio de las múltiples vinculaciones en su interior. Este concepto integrador es el punto de partida para ver cómo la Ideología se expande, se socializa e integra un sistema, es decir, para el estudio de cómo se sostiene o se quiebra la hegemonía. La hegemonía será, entonces, la capacidad de una clase, facción o un grupo de ejercer un liderazgo espiritual y moral sobre el resto de la sociedad. Se trata, según Hugues Portelli, de “extender la hegemonía cultural y política de un grupo social sobre el conjunto de la sociedad como el contenido ético del Estado” (Portelli, 1974: 13-18).

Esta doble relación (estructura – superestructura, sociedad política – sociedad civil) establecida en el concepto de bloque histórico, nos ayuda a complejizar la pretensión simplista de asignarle al periodismo (al aparato cultural-ideológico en general) un lugar secundario en la pirámide. Es por ello que los estudios deterministas no lograron hacer grandes aportes al estudio de la comunicación masiva.

Retomemos. La ideología, fundamental a la función de hegemonía, es “una concepción de mundo implícitamente manifiesta en el arte, la ley, la actividad económica y en todas las manifestaciones individuales y colectivas de la vida” (Gramsci, 2004: 363-364). Está articulada en tres niveles: 1- la ideología propiamente dicha, 2- la estructura ideológica (organizaciones que crean y difunden Ideología) y 3- el material ideológico (instrumentos técnicos de difusión de Ideología).

Gramsci rechazaba explícitamente una concepción negativa de la ideología, anclada en la idea de distorsión y promovida, al interior de la tradición marxista, por un economicismo reduccionista y determinista. En este sentido, Gramsci retoma a Lenin, para quien en una situación de lucha de clases, la ideología aparece unida a los intereses de la clase gobernante y su crítica va unida a los intereses de la clase dominada; en otras palabras, la

crítica de la ideología de la clase dominante se realiza desde una posición de clase diferente o, por extensión, desde un punto de vista ideológico distinto. “De ahí que, para Lenin, la ideología se convierta en la conciencia política unida al interés de varias clases y se centre, concretamente, en la oposición entre la ideología burguesa y la socialista. La ideología, desde esta mirada, no es necesariamente una distorsión que oculta las contradicciones, sino que se convierte en un concepto neutro referido a la conciencia política de las clases, incluido el proletariado” (Bottomore, 1984: 380-386). Este “rescate” del concepto de ideología se explica en Lenin y Gramsci por el papel que ambos desempeñaron en las luchas revolucionarias de su tiempo. Esta práctica, sin dudas, enriqueció el plano de la reflexión teórica desarrollada por ambos.

Gramsci distingue cuatro grados o niveles de ideología: la filosofía, la religión, el sentido común y el folklore, en un orden decreciente de rigor y articulación intelectual. “La filosofía es un orden intelectual, una concepción (en realidad varias) del mundo”, cuya elección es política; en cambio la religión, el sentido común y el folklore jamás podrán constituir un orden intelectual ni reducirse a una unidad. (Gramsci, 2004: 366-367). La filosofía se difunde, primero, entre las capas dirigentes, los intelectuales, en el nivel donde más claramente aparecen las características de la ideología como expresión cultural de la clase fundamental. Se trata de una ideología mucho más elaborada que “los trozos sueltos de ideología que pueden percibirse en la cultura popular”.

La filosofía es la referencia de todo el sistema ideológico, “la piedra angular de la ideología”, ya que debe expandirse para conservar la unidad de todo el bloque social, que precisamente es “cimentado y unificado por esta ideología”. El sentido común, entonces, es la consecuencia del rol esencial de la filosofía: propagarse entre las clases auxiliares y subalternas, tomar contacto, con las clases populares. Así, el sentido común, cubierto de caracteres difusos y dispersos de un pensamiento genérico, “aparece como una amalgama de diversas ideologías tradicionales y populares, como la religión y el folklore, y los elementos que se propagaron de la ideología dominante” (Portelli, 1974: 20-22). No existe un solo sentido común, más bien se trata, entonces, de una con-

cepción disgregada, incoherente e incongruente. Sólo a través de la política se logra cierta coherencia y unidad entre la filosofía y el sentido común, “la unidad entre una visión del mundo y una norma de conducta concordante”. Ese es el rol de los intelectuales orgánicos.

Desde este enfoque, los procesos periodísticos -y los medios en general- aparecen ya en tiempos de Gramsci como la institución más dinámica de la sociedad civil, puesto que son los únicos que abarcan todo el campo de la ideología (dirigidos a la comunidad científica, política y popular). Son instrumentos utilizados por las elites dirigentes para perpetuar su poder, o por los sectores contrahegemónicos para promover un nuevo orden. El mecanismo es el mismo: popularizar su propia filosofía, su propia cultura y su propia moral. Actúan, así, en la configuración de los sentidos comunes, incorporando a ese contradictorio y complejo entramado ideológico un conjunto de valores afines a sus intereses. Mao Tse-tung reconoció el carácter instrumental de la prensa y la propaganda, en términos de construcción o deconstrucción del poder: “Para derrocar el poder político es siempre necesario, ante todo, crear la opinión pública y trabajar en el terreno ideológico. Así proceden las clases revolucionarias y así también lo hacen las clases contrarrevolucionarias” (Mattelart, 1998: 58).

Si bien, como dijimos, el periodismo es un instrumento ideológico, y, por tanto, puede ser utilizado por las distintas clases y grupos de clases para la concreción de sus intereses, el control de la estructura ideológica y del material ideológico está predominantemente en manos de la clase dirigente. Foucault pensaría en este sentido en la “constante incitación económica y política” de la verdad como necesidad para la producción económica y el poder político. De hecho, una de las condiciones que permiten sostener la hegemonía de un grupo es el control mayoritario de esos instrumentos formadores de verdad. Esto explica el marcado interés del poder económico en adquirir medios de comunicación. Es muy clarificante en este sentido la experiencia vivida en Argentina durante 2009 en relación al debate público ante la sanción parlamentaria de una nueva legislación que regule la actividad comunicativa. Las grandes corporaciones mediáticas, apoyadas por el arco político opositor,

se unificaron en defensa de sus intereses y los intereses de las elites económicas.

1.4- El periodismo como articulador de consensos

Se desprende del punto anterior que los procesos periodísticos son instrumentos ideológicos para la disputa hegemónica. Ahora bien, es preciso enfatizar que ningún sistema hegemónico se sustentó sólo en la generación de consensos. Si bien el plano de la lucha ideológica es fundamental en el pensamiento gramsciano, no menos importante es el ejercicio de la fuerza.

Un ejemplo relativamente cercano nos ayudará a clarificar esta idea: para que la clase dominante pudiera concretar las reformas neoliberales impulsadas a comienzo de la década de 1990 en Argentina, fue necesario que se gestara un escenario ideológico favorable, papel que cumplieron a la perfección los medios informativos del bloque de poder. Pero con eso no bastaba: era necesario que se plasmaran esas reformas en términos legales y se disciplinara por la fuerza a aquellos sectores aún disconformes. La disconformidad crecía a medida que aumentaba la exclusión social. Fueron también los mismos medios de comunicación los que promovieron, años más tarde, un consenso desfavorable a la dirigencia política, cuando las transformaciones más radicales ya se habían implementado a costa de un retroceso inédito en los índices de distribución. La hegemonía, por entonces, se había agotado y empezaba a predominar el uso de la fuerza. Se había roto el lazo entre la sociedad política y la sociedad civil.

La relevancia asignada por Gramsci al momento superestructural ideológico no implica, en nombre de la crítica al economicismo, que exprese un determinismo cultural. Se explicita en su obra una relación dialéctica entre estructura y superestructura; no son elementos de importancia desigual, son dos elementos igualmente determinantes. El movimiento superestructural evoluciona, desde un vínculo orgánico, en los límites impuestos por el desarrollo de la estructura. “Las fuerzas materiales son el contenido, las Ideologías las formas”.

De ningún modo el concepto de hegemonía excluye el plano coercitivo. Existe más bien una unidad dialéctica donde el consenso y la coerción son utilizados alternativamente. Gramsci recupera a Guicciardini quien afir-

ma que “hay dos cosas absolutamente necesarias para la vida de un Estado: las armas y la religión” Esa fórmula, según Gramsci, “puede traducirse por otras fórmulas menos drásticas: fuerza y consentimiento; coacción y persuasión; Estado e Iglesia; Sociedad política y Sociedad civil; política y moral; derecho y libertad, orden y disciplina o (...) violencia y fraude” (Gramsci, 2004: 287). Todas éstas están en constante relación de colaboración dentro del seno del Estado. Entre consenso y fuerza no existe separación orgánica. Así, podemos retomar la idea de que el Estado, en sentido no tradicional, es la suma de la sociedad política y la sociedad civil; es el conjunto de los órganos mediante los cuales una clase se unifica y ejerce su liderazgo.

La Hegemonía no es una estimulación directa del pensamiento o la acción, pero, según sostiene Stuart Hall, constituye un “marco para todas las definiciones rivales de la realidad en el campo de la clase dominante, con lo cual las alternativas posibles siempre están dentro de su horizonte de pensamiento. Esto es, la determinación por parte de la clase dominante de los límites –mentales y estructurales- dentro de los cuales viven las clases subordinadas y dentro de los cuales dan sentido a su subordinación de un modo que mantiene la dominación de la clase dirigente sobre ellas. (Hall, 1981)

1.5- La parcialidad convertida en valor universal

¿Cómo se ejerce la función ideológica en los procesos periodísticos? Para avanzar, recuperamos otro fragmento del enunciado inicial de Ego Ducrot: “acude a la transformación de su Parcialidad de grupo o clase en objetividad (...), para que la misma, desde su supuesto valor de verdad universal, sea y opere como sentido común” La teoría marxista ha sostenido que toda actividad y producto en la sociedad capitalista participan de la lógica de la mercancía. La forma mercantil es la forma general del intercambio. Ahora bien, la actividad y el producto periodístico no escapan a la relación social dominante.

Para legitimar y asentar la forma mercantil de comunicación, hace de ella una actividad “natural”, una actividad que se desempeña sin que los receptores puedan sospechar su carácter de instrumento de dominación –

de hegemonía- de una clase. El medio de comunicación pasa por un proceso de fetichización por el cual transitan todo producto y actividad. En el fetichismo los hombres vivos se metamorfosean en “cosas” (Factores de producción) y las cosas viven. Así el dinero “trabaja”, el capital “produce”. De igual modo, el medio de comunicación “actúa”. Para asegurar su legitimidad, el modo de producción capitalista precisa de un cuerpo de fetiches que arman su racionalidad de dominación social. Marx habló del fetichismo de la mercancía y del dinero inherente al modo de producción capitalista. Fabricar un fetiche significa cristalizar un proceso o fenómeno bajo la forma de un objeto puesto aparte, abstraerlo de las condiciones reales que presiden su producción. La burguesía erige la riqueza al rango de fetiche, cuando, cristalizándola en el oro y la plata, la aparta de su génesis: un proceso de acumulación y de plusvalía en manos de una clase propietaria de los medios de producción (Mattelart, 1998: 27).

A partir del nuevo desarrollo tecnológico ha surgido un nuevo cuerpo mítico. Según Armand Mattelart, la categoría medios de comunicación, tal como la manipulan las clases dominantes, se ha erigido en un mito. “El medio es un mito en la medida en que se lo considera como una entidad dotada de autonomía, de una voluntad y alma propia, una especie de epifenómeno que trasciende la sociedad donde se inscribe”. Es la versión actualizada de las “fuerzas naturales” (Mattelart, 1998: 32-33).

Así, los medios convierten a la “opinión pública” en actor imaginario que permite traspasar una opinión privada como si fuera pública. Es el signo del consenso que integra todos los conflictos y diferencias de una sociedad dada y compone una unanimidad provocando ficticiamente una reconciliación de los antagonistas. Así, los medios de información, apuntan a “introducir en la conciencia individual elementos que de otro modo no aparecerían en ella, pero que no serán rechazados por esa conciencia porque se presentan como patrimonio común de la comunidad cultural (Lull, J. 1997: 51-53).

Otro mito sobre el que se asienta la verdadera naturaleza del proceso periodístico es el de la libertad de prensa. Lenin planteó que la llamada libertad de prensa es la libertad de propiedad, la de de los ricos para publicar

periódicos. Se desprende de esto que la Ideología de la dominación opera a través de procedimiento de abstracción y de idealización que da cariz universal a la simple expresión de intereses particulares. El líder de la revolución bolchevique entendía, en cambio, por libertad de prensa a su emancipación del yugo del capital. (Lenín, 1985: 148-149)

1.6- El periodismo es propaganda

Finalmente profundizaremos sobre el aspecto funcional de una estructura ideológica tan desarrollada como el periodismo. Para ello partimos del último fragmento del enunciado inicial de Ego Ducrot: “el periodismo forma parte del género de la propaganda (...) es propaganda objetiva”.

Dice Fernando López: “los conceptos tradicionales de propaganda y periodismo (...) suelen ser abordados desde valores diametralmente opuestos”. La propaganda está asociada a una “técnica poco seria y engañosa de la que se sirvieron los peores proyectos totalitarios (...) para lograr sus fines de dominación”. El periodismo, salvo casos excepcionales, es valorado como “una práctica relacionada con la verdad y la libertad que busca la imparcialidad de criterio” (López, 2009: 55-61) Sin embargo, algunos estudios ubican al periodismo como vehículo de transmisión de propaganda. Es el caso de los aportes de Noam Chomsky y Edwards Herman, quienes analizaron la prensa norteamericana. Pero en este caso la propaganda, generada por las elites corporativas, es vista como algo exterior al periodismo, que por su dimensión estratégica atraviesa el campo informativo, lo invade. Los autores reconocen un “modelo de propaganda” que actúa sobre la información a través de cinco filtros que determinan la línea editorial: la concentración de la propiedad mediática; la publicidad como fuente de ingresos; la dependencia de fuentes gubernamentales y empresariales; la acción de los grupos de presión y el anticomunismo como “religión natural” (Chomsky y Herman, 2001).

Pero, a diferencia de este enfoque, el modelo de Intencionalidad Editorial reconoce al periodismo como parte del género de la propaganda, no como simple vehículo de transmisión. Mario Casiagli, en la introduc-

ción a un compendio de escritos de Lenín sobre la prensa, afirma que en aquellos textos subyace como idea central “la naturaleza clasista de la información”. Lenín se pronuncia “contra toda hipócrita pretensión o declaración de libertad, contra toda ilusión de objetividad y neutralidad”. Para el líder de la revolución de Octubre, “las fuentes, los medios y el funcionamiento de la información serán siempre manipulados por la clase dominante”. En este sentido, sostener que pueden existir instrumentos neutrales “es un mito, o peor, un engaño”. Para Lenín la prensa tiene una función esencialmente organizadora, por ello planteó que “la clase obrera y su vanguardia política se forjarán, se impondrán y adquirirán poder, en la medida en que crearán y controlarán medios de información” (Lenín, 1973: 8-9). La prensa organizadora en Lenín es, para Gramsci, la ideología que cimenta y unifica el bloque social mediante el control de instituciones y material ideológico.

El periodismo hegemónico, desde este enfoque, tiene una función esencialmente organizadora: la desmovilización de las clases subalternas. De este modo, neutraliza el accionar de dichas clases en tanto clases y, en cambio, afianza la solidaridad en torno a la clase dominante y sus intereses. Los modelos de aspiraciones y de comportamientos que vehiculiza el periodismo hegemónico aíslan a los individuos, los atomiza. (Mattelart, 1998: 52).

Ahora bien, para pensar al periodismo y la propaganda desde este enfoque, es necesario reconocer que el modo de producción la mercancía-noticia mantiene coherencia con el conjunto de todo el modo de producción. Por una parte, coexisten y se yuxtaponen los temas más heterogéneos en un tiempo o en un espacio muy limitado. Esto se aplica no sólo al fenómeno de la televisión y al vértigo que la caracteriza. El diario, la prensa, suelen agrupar en una misma página las más diversas informaciones. El lector, oyente o televidente, pasa sin transición de un tema a otro. Por otra parte, aún cuando la organización de la primera página del diario pretenda dar cuenta de una realidad totalizadora y polifacética, el material con que trabaja, el hecho noticioso, o la noticia, es en esencia atomizador, fragmentario y parcial. Se asiste a un proceso de aislamiento del hecho, cortado de sus raíces, vaciado de las condiciones que presidieron su aparición, abstraído de un sistema social que le confirió

un sentido y donde el mismo desempeñó un papel revelador y significativo. En otros términos, este es el sentido ideológico de la descontextualización de la noticia.

Toda noticia es ideológica en la medida en que defiende los intereses de una clase, una fracción de clase o grupo, y entra en su proyecto de dominación. El chileno Camilo Taufic dice: “no existe la información por la información misma, se informa para orientar en determinado sentido a las diversas clases y capas de la sociedad, y con el propósito de que esa orientación llegue a expresarse en acciones determinadas”. Es decir, se informa para dirigir (Horvath, 2003: 33).

1.7- ¿Es posible la manipulación informativa?

Un gran interrogante aparece cuando pensamos en la potencial efectividad que pueden alcanzar las maniobras propagandísticas emanadas de los procesos periodísticos. Los estudios de recepción en materia de comunicación masiva están asociados, por lo general, al paradigma de receptor activo. Estos enfoques se apartan de los debates en torno al poder, la dominación simbólica y las industrias culturales, y, en cambio, se recuestan en “teorías débiles” que, según Mattelart, derivaron en una marcada “repcionitis”, característica de la etapa de institucionalización de los estudios culturales a partir de los años ochenta en América Latina (Mattelart y Neveu, 2002: 51-56).

Fuertes debates se han suscitado en Latinoamérica en torno a los efectos de la dominación en las clases populares. La opción en el enfoque parece ser una elección de hierro: es posible o no la acción manipuladora. Buena parte de los análisis marxistas dedicados al estudio de los procesos de dominación simbólica reconocen las potencialidades casi ilimitadas de una acción propagandística sobre las masas. Otros enfoques marxistas como el gramsciano, en cambio, dejan abiertas las posibilidades para una relativa autonomía, una resistencia simbólica, y destacan el valor del campo cultural en las luchas contrahegemónicas. Este aspecto quedó desarrollado centralmente en las páginas anteriores.

Reconocemos, entonces, que resulta muy difícil dimensionar el impacto real que tiene el discurso mediático dominante en la sociedad, aunque sí existe un enorme corpus teórico que reconoce la importancia de estos rela-



tos en la constitución del sentido común hegemónico.

Al respecto, Alcira Argumedo ensayó una hipótesis que, para nosotros, establece un punto de partida para comenzar cualquier análisis sobre los efectos de los medios de comunicación que no caiga en la simplicidad lineal de la teoría de la aguja hipodérmica, que se desarrolló en Estados Unidos a mediados del siglo XX para determinar/utilizar la acción psicológica de un público indiferenciado (Wolf, 2004: 22-23); ni se diluya en las premisas posmodernas del receptor activo. Argumedo sostuvo en distintas conferencias dictadas en torno al tema una idea que atraviesa los ejes centrales de sus aportes en materia de comunicaciones y que quedó plasmada en *Los laberintos de la crisis* (América Latina: poder transnacional y comunicaciones): la eficacia del discurso mediático es inversamente proporcional al grado de articulación del tejido social. Es decir que, a mayor atomización social (desorganización, desmovilización), mayor será la capacidad de influencia de las estructuras ideológicas.

Otro aporte relevante fue realizado por Carlos Rodríguez Esperón, quien se propuso recuperar críticamente el concepto de manipulación, enfoque olvidado por los

estudios de comunicación y periodismo durante décadas. Reconoce a la manipulación lejos de los postulados de Lasswell sobre la teoría hipodérmica, y la asume “como un producto de la diferencia de poder entre emisor y receptor”. Se trata de “un proceso de coerción simbólica a través del cual se contiene, sujeta o refrena la deriva del sentido, limitando el universo interpretativo de los sujetos”. De esta manera “queda claro que ni el receptor es estúpido, ni posee en sí todas las competencias necesarias para liberar la polisemia inscrita en todo acto discursivo”. Finalmente advierte: “la manipulación es coyuntural, no se encuentra dada, ni es para siempre, es construcción y como tal puede ser enfren-

tada en la medida que se pueda limitar el carácter coercible del receptor” (Rodríguez Esperón, 2009: 87-100).

Lo que el autor llama “carácter coercible del receptor” contacta con lo que Argumedo definió como atomización del tejido social. Por lo tanto, la manipulación puede ser enfrentada en la medida en que aumente la experiencia de organización colectiva de los sujetos. Esto, entre otras cosas, explica que hayan fracasado los intentos golpistas impulsados con una fuerte ofensiva mediática en Venezuela (2002) y Bolivia (2008). Pero mientras se imponga como patrón cultural el individualismo y la desmovilización, la manipulación informativa será más efectiva.

Bibliografía

- Bottomore, Tom.** (1984) *Ideología en Diccionario de pensamiento marxista*. Ed. Tecnos, Madrid.
- Chomsky, N. y Herman, S.** (2001) *Los guardianes de la libertad*. Crítica, Barcelona.
- Ego Ducrot, Víctor.** (2009) *Objetividad y Subjetividad como mito del periodismo hegemónico*, en Ego Ducrot, V. (Comp.) *Sigilo y nocturnidad de las prácticas periodísticas hegemónicas. Una introducción al modelo teórico y metodológico Intencionalidad Editorial*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Foucault, Michel.** (1992) *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- Galeano, Eduardo** (1998) *Patás Arriba. La escuela del mundo al revés*. Catálogos, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio** (2004) *Antología*. (Selección y traducción de Manuel Sacristán) Siglo XXI, Buenos Aires.
- Hall, Stuart** (1981) *La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico*, en Curran, J. y otros (comp.) *Sociedad y comunicación de masas*. Fondo de Cultura Económica, México DF.
- Horvath, Ricardo** (2003) *Revolución y periodismo*. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Hudec, Vladimir** (1988) *El periodismo: esencia, funciones sociales, desarrollo*. Ed. Oriente, Santiago de Cuba.
- Lenín, Vladimir I.** (1973) *La información de clase*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- López, Fernando** (2009) *Periodismo y Propaganda* en Ego Ducrot, V. (Comp.) *Sigilo y nocturnidad de las prácticas periodísticas hegemónicas. Una introducción al modelo teórico y metodológico Intencionalidad Editorial*. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Lull, James** (1997) *Medios, Comunicación, Cultura. Aproximación global*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Maquiavelo, N.** (2005) *El príncipe*. Gradifco, Buenos Aires.
- Marx, Karl y Engels, F.** (2004) *La ideología alemana*. Nuestra América, Buenos Aires.
- Mattelart, Armand** (1998) *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. 1º edición 1973, Siglo Hall, Stuart (1981) *La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico*, en Curran, J. y otros (comp.) *Sociedad y comunicación de masas*. Fondo de Cultura Económica, México DF.
- Mattelart, Armand y Neveu, Erik** (2002) *Los cultural studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UN La Plata, La Plata.
- O’ Sullivan, T.** (1995) *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Parissi, Alberto.** Clase dictada en el marco del seminario “Cultura, política e ideología”. Maestría de Estudios Latinoamericanos. FCPyS – UNCuyo. 2007.
- Portelli, Huges.** (1974) *Gramsci y el Bloque Histórico*. Siglo XXI, Buenos Aires
- Rodríguez Esperón, Carlos** (2009) “Manipulación: despejar los reduccionismos para reformular el concepto” en Ego Ducrot, V. (Comp.) *Sigilo y nocturnidad de las prácticas periodísticas hegemónicas. Una introducción al modelo teórico y metodológico Intencionalidad Editorial*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Wolf, Mauro** (2004) *La investigación de la comunicación de masas*. Paidós, Buenos Aires.

Pedagogías y EMANCIPACIONES

-Las políticas educativas en tiempos de Bicentenario-

Introducción: Historia y Lucha de Clases

La censura del Ministro de Educación de la Ciudad de Buenos Aires, Esteban Bullrich, aplicada contra un material elaborado para su uso en las instituciones educativas con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo, deja evidenciado uno de los modos por los cuales la lectura de la historia es territorio de lucha.

En una muy endeble justificación de sus actos, dijo el Ministro que lo hacía porque el texto contenía un punto de vista que si bien él no impugnaba – se refirió explícitamente a Antonio Gramsci- no podía aceptar la difusión de una única perspectiva. Una argumentación, por cierto pueril (o peor, cínica): ¿cómo se podría hablar desde otro lugar que no fuera “un” punto de vista? El desafío pasa por incorporar otros puntos de vista.

Ahora bien, en el caso del que estamos hablando, las visiones de la historia “no gramscianas” son mucho más habituales y extendidas que las gramscianas, dentro y fuera del sistema educativo. También Bullrich defiende un presunto neutralismo en materia del abordaje de la historia. De estas afirmaciones cabe retomar dos cuestiones. Una, que las pretensiones de neutralidad reclamadas por el Ministro en materia de ciencias sociales han sido hace tiempo refutadas por casi todas las perspectivas epistemológicas científicas. La segunda, es que aquellas otras visiones que defiende como parte del pluralismo tienen, sin duda, una amplia difusión en las instituciones educativas y otras esferas de la vida social, pública y privada. La idea de que el mercado es el mejor asignador de recursos, de que el Estado es burocrático y corrupto, de que Roca fue un civilizador frente a la barbarie de los pueblos originarios, que los pobres no pueden estudiar ni tienen nada que decir o que las mujeres son partenaires de una obra de teatro androcéntrica que se difunde bajo formatos más livianos en los

* Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires.



medios de comunicación o más elaborados en los ámbitos de la academia universitaria. Muchas carreras de Economía son verdaderos nichos de la economía neoclásica y la ortodoxia monetarista, lo que equivale a decir que promueve la formación de profesionales cuyos títulos son verdaderas patentes de corso.

El conflicto desatado a partir de esa decisión llevó al ministro a una perspectiva negadora de la historia. Dijo: “Pretendemos impulsar un debate más abierto que darle un libro a cada chico. Aprovechando el Bicentenario, convocar a los jóvenes a un debate sobre los próximos doscientos años y no de los últimos doscientos años”.

Se cumple así una acción de ocultamiento bien planteado por Rodolfo Walsh: “Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.”

Lejos de ser la historia, pues, un mero relevamiento de hechos del pasado relatados con la neutralidad prometida por la ciencia positiva, constituye una disputa por la comprensión del presente y la creación del futuro.

Si esto es así, cabe consignar que este ensayo sobre los desafíos educativos del Bicentenario de aquella Revolución Inconclusa está sustentado en una visión de la historia que se mira desde el derecho de los de abajo a ser, tener y decidir, como parte de un proyecto colectivo de Patria Grande.

Proponemos un desarrollo que sigue una línea histórica articulando los niveles de las propuestas pedagógicas, los proyectos y las políticas educativas en un recorrido que este relato ubicó en el presente y se hunde en nuestros orígenes como naciones separadas.

Afirmamos hasta aquí, la importancia de la historia en el caso de los sectores dominantes para ocultar el pasado de los derrotados y construir una historia desde y para los vencedores. Nosotros estamos proponiendo otra visión de la historia. Una de las fuentes en las que abrevamos es Walter Benjamín, quien propone una historia leída a contrapelo, recuperando el legado de los derrotados. Él denuncia a la historia oficial como un relato

lineal, homogéneo y apologetico desde quienes ejercen el dominio del presente, y desde ese dominio del presente se adueñan del dominio del pasado. Frente a una lectura burguesa y oficial de la historia, que contempla el pasaje de un período a otro, o de una etapa a otra como un “progreso”, la visión de Benjamín indica que “la historia se manifiesta como una sucesión de victorias de los poderosos. El poder de una clase dominante no se deduce simplemente de su fuerza económica y política, de la distribución de la propiedad o de las transformaciones del sistema productivo: siempre implica un triunfo histórico en el combate contra las clases subordinadas. (...) Benjamín la percibe ‘desde abajo’, desde el lado de los vencidos, como una serie de victorias de las clases dirigentes. (...) Sin embargo, cada nuevo combate de los oprimidos pone en entredicho no sólo la dominación presente, sino también esas victorias del pasado. (...) Las luchas actuales ponen en cuestión las victorias históricas de los opresores porque socavan la legitimidad del poder de las clases dominantes, antiguas y presentes.”

Desde el punto de vista de los vencidos, la rememoración histórica de Benjamín no propone una mera contemplación de nuestros muertos, sino la exigencia de un programa político. Una suerte de redención de los derrotados. ¿Qué lectura de la historia habrá de hacerse, entonces? No se trata de ratificar la visión de los vencedores, sino captar el momento de peligro, en que el orden opresivo fue puesto en cuestión y sometido a la dura experiencia de la rebeldía insurrecta. Hay que arrancar la tradición al conformismo, y una perspectiva histórica revolucionaria sabe que “la victoria del enemigo actual amenaza incluso a los muertos (...) mediante la falsificación o el olvido de sus combates.”

El objetivo de la recuperación histórica es, entonces, la redención, lo cual supone la tarea de la reparación. Para la redención, “cada víctima del pasado, cada intento emancipatorio, por humilde y ‘pequeño’ que haya sido, quedará a salvo del olvido y será ‘citado en la orden del día’, esto es, reconocido, honrado, rememorado.” Una memoria para la acción en la medida en que “la rememoración, la contemplación – en la conciencia – de las injusticias pasadas, o la investigación histórica no son suficientes (...). Para que la redención pueda producirse, es neces-

saría la reparación (...) del sufrimiento, de la desolación de las generaciones vencidas, y el cumplimiento de los objetivos por los cuales lucharon y no lograron alcanzar.”

A diferencia de Benjamín –quien escribió sus aportes más lúcidos en el contexto del fascismo en los años treinta y cuarenta- consideramos que en todas las batallas, aunque efectivamente hay una orientación hegemónica que consolida el poder de los dominadores, quedan huellas de pequeñas victorias y avances que hay que celebrar y recordar tanto como las derrotas.

La posición viene especialmente a cuenta del análisis de la educación y vale desde los orígenes del sistema educativo argentino donde confrontaron dos grandes corrientes: la católica y la liberal. Y si bien la educación del catolicismo ultramontano es tan antisocialista como la política educativa del liberalismo social del siglo XIX, sostener que ambos proyectos son equivalentes constituye un error teórico, un problema pedagógico y un déficit analítico que puede tener consecuencias teóricas prácticas, políticas y educativas.

El recorrido que proponemos en estas páginas reconoce cinco estaciones más. Una primera, en el contexto de la primera independencia en los países de Nuestra América, es el rescate de la propuesta de Simón Rodríguez, ya que ha sido considerado con justicia el primer educador popular en esos tiempos de liberación y dejó una valiosa herencia pedagógica que debe ser retomada en los tiempos actuales, de lucha y de búsqueda.

Un segundo momento se propone recuperar la construcción del modelo de instrucción pública configurado en el último cuarto del siglo XIX, el que va adquiriendo toda su compleja estructura y dinámica para el centenario. Aquí y en las próximas secciones hacemos foco en la política educativa y, de ella, privilegiamos el análisis de algunas normas significativas de esos períodos.

Un tercer momento planteará las profundas modificaciones impuestas por el neoliberalismo a partir de la dictadura genocida en 1976.

Y el cuarto se propone discutir las alternativas de la transición en el presente, abordando la política educativa en Argentina.

A modo de conclusión, cerraremos el escrito con las novedades de la Venezuela bolivariana, que viene desplegando un interesante proceso de construcción de una

nueva sociedad y, en ese marco, de una nueva educación. Se trata de un ensayo que no sin tensiones y contradicciones nos marca una agenda emancipatoria para una Educación adecuada al objetivo de una Segunda Independencia. Tenderemos aquí un puente analítico con la muy diferente realidad en Argentina.

Simón Rodríguez y la emancipación nuestroamericana

Simón Rodríguez fue definido, con justicia, como el primer educador popular de Nuestra América. Es neces-



Don Simón Rodríguez.

Oleo, por Guayasamín.

rio advertir que esta definición no implica la inexistencia de prácticas previas de educación popular –que como práctica social reconoce una larga historia de ensayos, aciertos, aprendizajes, límites, errores y rectificaciones– sino que su mérito ha sido poner en marcha propuestas pedagógicas emancipadoras en un tiempo histórico de aires y conquistas libertarias, en el que las corrientes más avanzadas y revolucionarias fueron finalmente derrotadas hasta nuevo aviso.

Era, en efecto, un maestro de vanguardias que generó prácticas enteramente novedosas, y que además de crearlas, reflexionó y escribió sobre sus fundamentos y sus proyecciones. Su accionar fue, cabe señalar, a contracorriente.

Si bien una parte muy importante de sus escritos se perdieron en un incendio, han quedado una serie de trabajos que marcan la dirección inequívocamente transformadora de sus concepciones políticas y pedagógicas.

En este orden –su visión del mundo y luego el lugar de la educación– es preciso analizar su perspectiva, pues la política constituía el norte de su acción pedagógica –la formación de Ciudadanos para una verdadera República.

El modelo social que promovía era igualitario, condenando expresamente las relaciones de explotación. Su punto de partida es contra las justificaciones del egoísmo liberal. Veámoslo en sus propias palabras:

“Libertad personal y derecho de propiedad se oyen alegar, con frecuencia, por hombres de talento. La primera, Para eximirse de toda especie de cooperación al bien general- Para exigir servicios sin retribución y trabajo sin recompensa Para justificar su inacción con las costumbres, y sus procedimientos con las leyes – todo junto... Para vivir INDEPENDIENTES en medio de la sociedad. El segundo para convertir la USURPACIÓN en posesión (natural o civil)- la posesión en propiedad – y, de cualquier modo, GOZAR con perjuicio de tercero (sea quien fuere el tercero), a título de LEGITIMIDAD (y la legitimidad es un abuso tolerado) TODO en virtud de enredos evasivos, dilatorios... y otros –de juicios posesorios... y otros.”

La sociedad igualitaria y republicana que debe construir América debe ser original, no puede esperarse una copia lisa y llana de Europa o EE.UU.. La construcción de esa sociedad nueva tiene como herramienta fundamental la educación pública, lo que implica la responsabilidad de los Estados en garantizar el derecho a la educación, vinculada a la defensa de un proyecto común:

“La Instrucción pública en el siglo XIX pide mucha filosofía: el interés general está clamando por una reforma; y la América está llamada por las circunstancias a emprenderla. Atrevida paradoja parecerá, no importa, los acontecimientos irán probando que es una verdad muy obvia: la América no ha de imitar servilmente, sino ser original. El gobierno debe colonizar con sus propios habitantes – para tener colonos decentes instruirlos desde la niñez- y para conseguirlo hacer la siguiente amenaza: ‘Se despreciará al que, pudiendo, no quiera concurrir y se contendrá al que, por gusto, emprenda contrariar’.”

Como también expresa este párrafo con claridad, la contrapartida de la responsabilidad gubernamental por la garantía del derecho a la educación se complementa con la obligatoriedad. Supone una corresponsabilidad entre la instancia oficial y la sociedad en su conjunto – incluido el educando y su familia.

La sociedad de aquél momento y sus factores de poder son denunciados por Simón Rodríguez. De estas ideas se va configurando una concepción de República democrática, que cuestiona el fondo elitista de las concepciones dominantes acerca del gobierno de nuestros países. Una democracia sustantiva, una democracia participativa. Señala que “La suerte futura de las Naciones, no está confiada al modo de pensar DE UN HOMBRE NI DE MUCHOS, sino al de LOS MÁS. El interés Social es un compuesto de muchos intereses.”

La función social de la Educación es resaltada por Simón Rodríguez por su capacidad de generar nuevos sujetos sociales. Reivindica así a los excluidos, a los discriminados, a los señalados por la cultura entonces dominante. Dice, desafiante:

“Si la Instrucción se proporcionara a TODOS... ¿cuántos de los que despreciamos, por ignorantes, no serían nuestros consejeros, nuestros Bienhechores o nuestros Amigos? ¿Cuántos de los que nos obligan a echar cerrojos a nuestras puertas, no serían depositarios de nuestras llaves? ¿cuántos de los que tememos en los caminos, no serían nuestros compañeros de viaje? No echamos de ver que los más de los que nos mueven a risa, con sus despropósitos, serían mejores Maestros que muchos de los que ocupan las Cátedras,- que las más de las mujeres, que excluimos de nuestras reuniones, por su mala conducta, las honrarían con su asistencia; en fin, que, entre los que vemos con desdén, hay muchísimos que serían mejores que nosotros, si hubieran tenido Escuela.”

La reivindicación de los oprimidos es de una enorme significación filosófica, antropológica y política. La defensa de las mujeres, en particular, se revela en estas y otras intervenciones del maestro de Bolívar. Por tanto, la naturaleza de la República descansa en un proyecto colectivo que promueva una democracia protagónica y participativa –diríamos hoy- en el que la Educación juega un papel de primer orden:

“... el único medio de establecer la buena inteligencia es que TODOS PIENSEN en el bien común y que este bien común es la REPÚBLICA. Sin Conocimientos el hombre no sale de la esfera de los BRUTOS y sin conocimientos sociales es ESCLAVO. El que manda pueblos en este estado se embrutece con ellos En creer que Gobierna porque Manda prueba ya que piensa POCO. En sostener que sólo por la ciega obediencia subsiste el Gobierno prueba que YA NO PIENSA. (...) Los Conocimientos son PROPIEDAD PÚBLICA”.

Esta concepción que concibe a la educación como instrumento fundamental de participación es el sustento político y filosófico que justifica la noción de educación como derecho humano o social. Dice Simón Rodríguez:

“La SOCIEDAD, para aprovechar de estas facultades, debe no sólo poner a disposición de todos la Instrucción, sino los medios de adquirirla, tiempo para adquirirla y obligar a adquirirla. Hay un modo de proceder, en esto, que facilita las operaciones y asegura el resultado. Se propondrá el lugar que corresponde.”

Y completa:

“Asuma el GOBIERNO las funciones de PADRE COMÚN en la educación, GENERALICE la instrucción y el arte social progresará, como progresan todas las artes que se cultivan con esmero”.

Pero la educación para pobres no es una acción asistencial, sino social, política, económica y educativa. Dice reivindicando medidas tomadas por Bolívar:

“Expidió un decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos... no en Casas de misericordia a hilar por cuenta del Estado- no en Conventos a rogar a Dios por sus bienhechores- no en Cárceles a purgar por la miseria o los vicios de sus padres- no en Hospicios a pasar sus primeros años aprendiendo a servir, para merecer la preferencia de ser vendidos, a los que buscan criados fieles o esposas inocentes. Los niños se habían de recoger en casas cómodas y aseadas, con piezas destinadas a talleres, y éstos surgidos de instrumentos y dirigidos por buenos maestros. (...) La intención no era (como se pensó) llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino instruir, y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles – asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento ... era colonizar el país con sus propios habitantes. Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia. (...)

La defensa del rol del Estado como garante se combina con una profunda crítica a la educación privada: “hacer NEGOCIO con la EDUCACIÓN es... diga cada

Lector todo lo malo que pueda, todavía le quedará mucho por decir.”

Si la educación, pues, es para todos porque todos componen la sociedad, y la sociedad es un proyecto colectivo, Simón Rodríguez pregunta –y contesta- acerca de cuáles son las cuestiones sobre las cuales las personas deben ser educadas:

“Piénsese en las cualidades que constituyen la Sociabilidad, y se verá que, los hombres deben prepararse al goce de la ciudadanía con cuatro especies de conocimiento: por consiguiente, que han de recibir cuatro especies de instrucción en la primera y segunda edad. Instrucción social, para hacer una nación prudente. Instrucción corporal, para hacerla fuerte. Instrucción técnica, para hacerla experta. Instrucción científica, para hacerla pensadora. Con estos conocimientos prueba el hombre que es animal racional: sin ellos, es un animal, diferente de los demás seres vivientes, sólo por la superioridad de su instinto. (...) No será ciudadano el que para el año de tantos no sepa leer y escribir (han dicho los Congresos de América), está bueno; pero no es bastante: Ideas! , Ideas! Primero que Letras. La Sabiduría de Europa y la prosperidad de los Estados Unidos son dos enemigos de la Libertad de pensar, en América. Enseñen, enseñen: repítaseles mil veces: enseñen.”

El carácter de la educación es, así, nacional y el trabajo pedagógico consistente con el objetivo de la formación de sujetos libres:

“La Instrucción debe ser nacional- no estar a la elección de los discípulos, ni a la de sus padres- no darse en desorden, ni de prisa, ni en abreviatura. Los maestros, no han de enseñar por apuesta ni prometer maravillas... porque no son jugadores de manos – los discípulos no se han de distinguir por lo que pagan, ni por lo que sus padres valen- en fin, nada ha de haber en la enseñanza que tenga visos de farsa: las funciones del maestro y las de un charlatán, son tan opuestas que no pueden compartirse sin repugnancia.”

La Educación que propone Simón Rodríguez es, explícitamente, Popular. Y no sólo porque abarca a todos y todas, sino porque su contenido trasciende (aunque incluye) el limitado concepto de “instrucción”:

“El objeto del autor, tratando de las Sociedades americanas, es la EDUCACIÓN POPULAR y por POPULAR entiende GENERAL. INSTRUIR no es EDUCAR ni la Instrucción puede ser equivalente de la Educación. Aunque Instruyendo se Eduque. En prueba de que con acumular conocimientos, extraños al arte de vivir, nada se ha hecho para formar la conducta social – véanse los muchísimos sabios mal criados, que pueblan el país de las ciencias.”

Un principio educativo que impulsa Simón Rodríguez es la enseñanza de la naturaleza. En otro orden, sostiene un principio moral que debe sostener la educación: la superación del egoísmo, que es un atributo de la infancia:

“Todo lo que nos agrada, nos parece estar en el orden, y en todo lo que se presenta a nuestros deseos, vemos una Conveniencia. Este sentimiento, hijo del amor propio y de la tendencia al bienestar (o amor de sí mismo) es lo que llamamos EGOÍSMO. Yo sólo soy y sólo para mí, son ideas de niño. El hombre que atraviesa la vida con ellas, muere en la Infancia, aunque haya vivido cien años. Sin moderar este sentimiento, el hombre no es sociable – los Sentimientos se moderan rectificando las Ideas”

Otro principio pedagógico es el estímulo de la curiosidad:

“La CURIOSIDAD es una fuerza mental que se opone a la ignorancia (no se entra en la cuestión fisiológica (...)). La curiosidad es el motor del saber, y cada conocimiento un móvil para llevar a otro conocimiento. De unos errores pueden nacer otros, y conducir en direcciones opuestas...al sublime saber o a la crasa ignorancia. Adelanta el

que yerra buscando la verdad... se atrasa el que gusta de añadir errores a los errores.”

Y considera fundamental la formación de sujetos con capacidad de argumentación, que se debe expresar en la forma y el contenido del acto pedagógico:

“El estímulo de la curiosidad no es obstáculo a una formación que sustente procesos fundados de razonamiento, sino su complemento: Acostúmbrese, pues, al hombre que ha de vivir en ... REPÚBLICA a buscar desde su infancia RAZONES y proporciones y en lo que puede medirse exactamente para que por ellas aprenda a descubrir RAZONES y CONSECUENCIAS en las providencias y en los procedimientos del Gobierno para que sepa aproximarse al infinito moral: para que sus probabilidades no sean gratuitas ni sus opiniones infundadas por eso se dice que la Geometría rectifica el RACIOCINIO. Por falta de Lógica en los Padres, de Celo en los Gobiernos y de Pan en los Maestros pierden los niños el tiempo leyendo sin boca y sin sentido, pintando sin mano y sin dibujo, calculando sin extensión y sin número. La enseñanza se reduce a fastidiarlos diciéndoles, a cada instante y por años enteros, así-así-así, y siempre así sin hacerles entender porqué ni con qué fin, no ejercitan la facultad de PENSAR, y se les deja o se les hace viciar la lengua y la mano que son...como lo observa el naturalista francés los dotes más precisos del hombres. No hay Interés donde no se entrevé el fin de la acción. Lo que no se hace sentir no se entiende y lo que no se entiende no interesa. Llamar, captar y fijar la atención son las tres partes del arte de enseñar, y no todos los maestros sobresalen en las tres.”

Muy tempranamente, Simón Rodríguez entiende a la institución escolar como un proyecto colectivo. Antes de sus veinticinco años, en sus “Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento”, propone un mecanismo de funcionamiento donde el cuerpo docente debe reunirse regularmente a discutir su práctica:

“El día último de todos los meses deberán los maestros, pasantes, aficionados presidiendo el director juntarse en la escuela principal, a tratar sobre lo que cada uno haya observado así en el método como en la economía de las escuelas; y según lo que resulte, y se determine quedarán de acuerdo para lo que deben practicar al mes siguiente. (...) A este efecto se hará un libro foliado y rubricado por el director; y en él se escribirán todas las consultas y las providencias que se dieran autorizándose con las firmas de todos. El encabezamiento de este Libro debe ser La nueva construcción, régimen y método en las Escuelas, para tener un principio seguro en qué fundarse, y una noticia ordenada de las materias que deban tratarse. Escribiéndose a continuación todos los descubrimientos, progresos y limitaciones que se vayan haciendo, vendrá a ser ésta con el tiempo una obra de mucha utilidad para las Escuelas; porque se tendrán a la vista desde sus principios, y se formará una colección de buenos discursos y noticias que ilustren a los que hayan de seguir su gobierno. (...) No podrá dispensarse alguno de los individuos la asistencia a la junta mensual sino fuere por enfermedad o ausencia; y en ambos casos deberá el pasante más antiguo (que será el que hará de Secretario) comunicar la noticia en el mismo día a los enfermos y en el que lleguen a los ausentes para su inteligencia.”

En suma, el legado de Simón Rodríguez —que aquí hemos recorrido muy sumariamente, para comprender los debates presentes— tiene una vigencia y un valor innegable en el diseño de políticas educativas emancipadoras y en la reflexión sobre la propia práctica docente.

Sus ideas sobre la formación de republicanos de una democracia sustantiva —para ello debía servir la educación—; sus claras posiciones a favor de la responsabilidad indelegable del Estado y la corresponsabilidad de la sociedad; la exigencia del laicismo y la crítica profunda a la educación privada; sus enunciados a propósito de la exigencia de crear un modelo propio; sus definiciones en relación al derecho de los seres huma-

nos a una formación integral, con autonomía de pensamiento y comprometidos con un proyecto colectivo han dejado una marca y una asignatura pendiente.

El modelo de Instrucción Pública en Argentina, la mano izquierda del Centenario

En Argentina la constitución del Sistema Educativo Argentino se desarrolló en la última mitad del siglo XIX, y especialmente a partir de 1880. Es decir, más de ochenta años después del primer escrito de Simón Rodríguez del que tenemos referencia.

Los grandes debates de esa época se dieron en el plano de la batalla cultural entre el viejo poder hegemónico desalojado –la Iglesia Católica– y el nuevo bloque histórico llamado a construir un proyecto de Nación.

La educación se convirtió en uno de los grandes terrenos de lucha y se registran en ese proceso profundos y extensos debates acerca de a quién le correspondía educar, quienes eran destinatarios de la educación, qué cosas eran las que había que enseñar, y para qué había que educar a quién.

El conflicto fundamental fue planteado alrededor de la sanción de la Ley 1420, ya que la orientación de la Ley sancionada en 1884 le asignaba al Estado un rol principal en materia educativa, desplazando el poder tradicional de la educación (y la Iglesia) católica, proponiendo además una educación básica universal, común, gratuita, obligatoria y laica. Este papel de Estado Docente revelaba la voluntad política inequívoca de constituir un nuevo orden social y el desenlace se produjo a favor de los nuevos grupos dominantes y una brillante élite de intelectuales que llevó adelante transformaciones evidentes, cerrando una etapa histórica de luchas internas.

Es cierto que la batalla librada contra la Iglesia tuvo varios capítulos, cuyo momento más álgido fue la ruptura de las relaciones entre el Estado argentino y el Vaticano, que duró hasta los primeros años del siglo XX. Pero la Iglesia, siendo el antagonista principal de la nueva clase dirigente, no era la única amenaza para la construcción del nuevo orden. Los obreros inmigrantes eran portadores de una concepción antisistémica, y fueron encuadrados por la razón y por la fuerza. En parale-

lo, otro aspecto a resolver fue el de la conformación de escuelas de comunidades nacionales que aparecían como una competencia indeseable con respecto a la educación que el nuevo Estado Nacional debía proveer a las generaciones de niños y jóvenes. Finalmente, los pueblos originarios y gauchos tuvieron un tratamiento más ligado a la represión que a la construcción de hegemonía.

Así el Estado se configuró como Estado Docente. La escuela primaria tuvo como modelo de conocimiento legítimo la ciencia positiva, y fueron expresas las declaraciones de las autoridades sobre la imprescindible neutralidad escolar, tanto en materia de religión como en materia política.

Este modelo educativo tuvo alcances y efectos democratizadores, en la medida en que hubo una decidida acción del Estado para asegurar el acceso a la educación. Aunque la enseñanza laica y positiva era también racista, sexista y clasista implicó un indudable avance de los sectores populares en la lucha por la apropiación del conocimiento. En su seno se desarrollaron significativas experiencias de educación emancipadora que debieran recuperarse para pensar en estos tiempos agitados de Bicentenario.

Carlos Vergara en 1887 aportó novedades subversivas sobre gobierno escolar y prácticas pedagógicas, maestros rurales como Jesualdo Sosa y Luis Iglesias, maestras como Florencia Fosatti, o las hermanas Olga y Leticia Cossetini desplegaron muy importantes iniciativas en el plano pedagógico.

Frente, pues, al panorama previo a la consolidación del Estado Nacional se implementó una política que en parte democratizó la educación por tres razones. Primera, porque aseguró un proceso ampliado de acceso de los sectores populares a instituciones educativas que, bajo cánones positivistas y laicistas fue superadora de la propuesta pedagógica oscurantista del catolicismo. También vino a resolver la ausencia estatal en materia de educación, instalándose la noción de educación como derecho de ciudadanía. Esta afirmación puede verificarse en datos de censos sucesivos para todo el país: mientras que en 1869 el analfabetismo llegaba casi al 77,4%, en 1895 se redujo al 53,3%, en 1914 al 35,9%, en 1947 el 13,6%, en 1960 el 8,5%, en 1970 el 7,4; en 1980 el 6,1% cuando ya se había instalado el neoliberal-conservadurismo.

En el marco del orden capitalista y el lugar de Argentina en ese mundo, el sistema educativo formal fue desplegándose entre diversas tendencias coexistentes. Por un lado, la élite más lúcida otorgaba al sistema educativo formal el lugar de construcción de un sentido común funcional al orden en construcción. La incorporación de los niños y jóvenes a la escuela era una llave para el dominio de las conciencias y la construcción de hegemonía. Por otro lado, los sectores populares exigían mayor educación para sus hijos. En tercer lugar, dentro del modelo de instrucción pública se originaron experiencias pedagógicas transformadoras y emancipatorias de largo alcance, cuyos aportes pueden y deben recuperarse en este agitado cambio de milenio. Cuarto, el desarrollo de nuestro país fue exigiendo la reconfiguración del sistema educativo que se reflejó en circuitos diferenciados, de escuelas técnicas para hijos de trabajadores manuales, escuelas comerciales para los de la pequeña burguesía y el bachillerato para los sectores dominantes.

El capitalismo de bienestar a la Argentina, implantado con fuerza desde el primer peronismo, expresó al mismo tiempo procesos de democratización creciente del acceso y de estructuración de circuitos diferenciados que daban cuenta de una segmentación con la cual el sistema educativo acompañaba la división social del trabajo. Democratización y clasismo revelan por tanto el carácter contradictorio de la expansión educativa en nuestro país.

Desde mediados del siglo XX comenzaron a ocurrir dos procesos que desandan los pasos dados por el Estado nacional desde su fundación, en materia de garantías del derecho a la educación. Por un lado, se comienzan a otorgar prerrogativas a la educación privada. Sumariamente, en 1943 por decreto y por ley en 1947, se establece la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. En este último año, una norma compromete fondos públicos para el financiamiento de escuelas privadas (fundamentalmente confesionales) bajo el argumento de los trabajadores de esos establecimientos deben percibir una remuneración igual a la de sus pares de establecimientos públicos. En 1958 se sanciona la Ley Domingorena, que da a las Universidades privadas la potestad de expedir títulos. En 1960, con la creación de la Superintendencia Nacional de Enseñanza Privada



Laica, libre y gratuita.

(1958) Marcha de estudiantes universitarios y secundarios reivindicando lo promulgado en la Ley 1420.

(SNEP), se establece un circuito paralelo de supervisiones escolares: los inspectores del sector privado son otros que los del sector público. En 1964 un decreto del presidente Illia flexibiliza la currícula para las escuelas privadas.

Una segunda tendencia es a la transferencia de escuelas de la jurisdicciones nacional a las provincias. En 1955 la dictadura lo prevé en uno de sus decretos, en 1961 se transfieren 23 escuelas —proceso interrumpido por el golpe de Estado contra el gobierno constitucional de Arturo Frondizi—, en la dictadura de Onganía se transfieren 680 escuelas y en la última dictadura se transfieren 6800 escuelas dejando a un Ministerio de Educación Nacional prácticamente sin escuelas a cargo, en el nivel primario.

En suma, el Centenario constituyó un momento de construcción de un Estado Nacional fundado en el poder del liberalismo oligárquico que estaba lejos de constituir un proyecto homogéneo. Simultáneamente, los sectores medios y parte de la clase obrera libró una batalla por la democratización de la política y también de la educación. La Ley Saenz Peña y el posterior triunfo de la UCR marcan una nueva etapa del orden liberal-oligárquico.

A partir de mediados del siglo XX comienza un proceso de desresponsabilización del Estado Nacional a través de la ampliación de prerrogativas al sector privado y de transferencias de la Nación a las Provincias.

Continuidades y rupturas neoliberales

Hemos señalado como hubo algunas tendencias abiertas en la mitad del siglo XX que tuvieron una orientación antigualitaria, autoritaria y antidemocrática.

El golpe de Estado de 1976 implicó un profundo cambio en la configuración del orden social, en la instalación de una nueva hegemonía y en el retroceso de todos los aspectos democratizadores del modelo de instrucción pública originario.

La descentralización –como vimos– se profundizó en este período, con el agravante de que las transferencias combinaron la ausencia del financiamiento del Estado Nacional y una notable centralización del poder, especialmente en lo referido a sus aristas represivas. El sistema educativo profundizó su proceso de privatización fundamentalmente por la acción devastadora sobre la educación estatal. Tal vez el mayor logro de la dictadura en este plano haya sido el ideológico, en el que se construyó un sentido común que demonizó al Estado, endiosó al Mercado, y concibió a esa visión del mundo como la única posible y aceptable.

En el plano de la política educativa, fue primero Menem y luego De la Rúa quienes alinearon el modelo educativo con el proyecto neoliberal-conservador, inaugurado a sangre y fuego en 1976 para ser continuado, con más o menos entusiasmo y convicción, por los sucesivos gobiernos constitucionales.

Tres instrumentos legales dieron sustento al proyecto político educativo neoliberal-conservador.

En primer lugar, la Ley 24.049 de enero de 1992, de Transferencia a las Provincias y a la Municipalidad de Servicios Educativos que profundiza el camino inaugurado en 1955 traspasando a las jurisdicciones provinciales las instituciones educativas del nivel secundario y superior no universitario. Se legaliza así un proceso de “desguace” del Sistema Educativo Nacional iniciado casi cuarenta años antes.

En segundo lugar, la Ley 24.195 – Ley Federal de Educación, de 1993– que revela en su texto los principales lineamientos de la política neoliberal conservadora. Es necesario consignar sus principales características.

En cuanto al rol del Estado promueve una profunda mutación comparado con el modelo de Estado Docente, pues se trata de una política educativa que va a disolver la responsabilidad por la educación entre una multiplicidad de actores. Define en su artículo 1° a la educación como “bien social y responsabilidad común”, lo que se reafirma en sus artículos 3° y 4° donde se asigna la función de asegurar el acceso y permanencia, entre otros, al Estado Nacional, las provincias y la Municipalidad, los municipios, la familia, la comunidad, sus organizaciones, la iniciativa privada, la Iglesia Católica, las demás confesiones religiosas oficialmente reconocidas. En un mismo sentido individualista se establece en su artículo 44° que los padres son “reconocidos como agente natural y primario de la educación”, vieja bandera de la Iglesia Católica que entronca con las perspectivas mercantiles de los noventa.

Esta dispersión de actores responsables de asegurar la educación no supone una democratización del poder, ya que es potestad del Estado Nacional el de “fijar y controlar el cumplimiento de la política educativa” (artículo 2°), enunciado que se completa con una serie de funciones asignadas al Ministerio en el artículo 53°: la definición de objetivos (referente al “para qué” se educa), de contenidos (vinculado al “qué” debe enseñarse), la evaluación, la asignación de recursos, etc. No se trata, puede verse, de un “Estado ausente”, sino de un “Estado Evaluador”.

Esta definición se imbrica con la concepción que subyace a la Ley Federal acerca de la “calidad educativa”. La formulación de la “calidad educativa”, o lo que es lo mismo, qué se entiende por una buena educación, es

ambigua. El artículo 49° refiere a la adecuación de los contenidos curriculares en las áreas, niveles, etc.; a las necesidades sociales y a los requerimientos educativos de la comunidad y, tercero, al nivel de aprendizaje de los alumnos y a la calidad de la formación docente. Esta multiplicidad de sentidos se redujo en los hechos a una única función: la adecuada transmisión de los conocimientos legítimos –elaborados por expertos, traducidos por manuales, transmitidos por los docentes (meros ejecutores de un paquete pedagógico elaborado por fuera y por encima de la institución y del aula) y medidos por el Ministerio (instancia evaluadora).

Otro aspecto de la norma es el conjunto de relaciones que establece entre la educación, la política educativa y el mundo de la producción de mercancías. Allí se desarrollan una serie de definiciones que suponen una subordinación de las prácticas pedagógicas a los requerimientos de las empresas. Lo más perverso es que este sometimiento se hizo en el marco de un modelo económico tendiente a la destrucción de los puestos de trabajo.

Otro elemento a destacar es, visto el concepto de “calidad educativa”, los ensayos de nuevas regulaciones o definiciones de facto cuya consecuencia inmediata fue un proceso de precarización, intensificación, empobrecimiento del proceso laboral y las condiciones de trabajo de los enseñantes. La Ley establece una distinción en materia de derechos entre docentes de escuelas públicas y privadas (artículo 46° -in fine), la fragmentación del salario docente (artículo 46 inciso c), así como la capacitación pensada no en función de los problemas surgidos de su práctica sino “para adaptarse a los cambios curriculares requeridos”(artículo 46° inciso i).

Otra novedad fue el cambio de estructura académica, cambiando los niveles tradicionales por una Educación General Básica seguida de un Ciclo Polimodal. Este cambio agravó todos los otros elementos desestructurantes que trajo esta política educativa (y la política pública en general) ya que el denominado “tercer ciclo” de la EGB (el séptimo grado de la escuela primaria tradicional y el primer y segundo años de la secundaria histórica) fue implementado en algunas provincias como parte del nivel primario, en otras como parte del nivel secundario. La realidad es que esta medida fragmentó aún más el sistema educativo nacional, al punto de volverlo irreco-

nocible a no ser por los nuevos mecanismos de regulación y control definidos desde el Ministerio.

El tercer instrumento legal que hizo mutar radicalmente la configuración del Sistema Educativo histórico fue la Ley 24.521, denominada de Educación Superior, que contribuyó a un cambio sustantivo de las Universidades. Los cambios vulneraron el derecho a la educación en la medida en que se habilitó el arancelamiento de grado, se atacó al co- gobierno con la distinción entre autoridades unipersonales y colegiadas (artículo 52°), se establecieron mecanismos de regulación y control a cargo del Estado – como la creación de la Comisión Nacional de Acreditación y Evaluación Universitaria (detallada en la sección III, “Evaluación y Acreditación”- arts. 44 y siguientes). Además de estas definiciones, deben apuntarse el deterioro creciente de las condiciones laborales docentes, la brutal asfixia financiera, la habilitación de mecanismos para reformular integralmente las funciones universitarias. El perfil del graduado, las orientaciones de las investigaciones o las propuestas de extensión quedaron libradas, en general, a las exigencias del mercado. En suma, se profundizó exponencialmente la triple subordinación de la institución al interés del



Manifestación estudiantil.

(1958) En contra de la autorización durante el gobierno de Frondizi, para el funcionamiento de universidades privadas.

mercado. Primero, al concebirse la educación universitaria como mercancía; segundo, al pensar la formación de profesionales y la producción del conocimiento en función de demandas empresariales; y tercero, al adoptar al interior de la institución universitaria la lógica de las empresas capitalistas.

Así estas tres leyes constituyeron el marco legal educativo funcional a un orden socio-económico, político-institucional e ideológico-cultural sumamente consistente.

Se trató de una política pública que reforzó el modelo productivo inaugurado en la dictadura. Pero no sólo productivo, sino cultural, social, ecológico...

La dictadura –como parte de una estrategia mundial de recomposición neoliberal-conservadora del capitalismo– produjo profundas mutaciones en todas las esferas de la vida social. De allí que haya que calibrar la gigantesca tarea de superación de su trágica herencia. Los sucesivos gobiernos constitucionales desde 1983 hasta 2003 no han podido transitar un camino de construcción de un proyecto político capaz de dar respuestas democratizadoras frente a la barbarie heredada de la dictadura. El gobierno de Alfonsín dio un paso importante en el juicio a las Juntas Militares y ensayó tímidos esfuerzos para recuperar la autonomía en nuestras relaciones internacionales. Sin embargo, su mandato terminó en una crisis empujada por la derecha vernácula y la alianza del capital concentrado nacional y transnacional sin haber modificado en lo sustancial el modelo económico-social heredado de la dictadura.

Los gobiernos de Menem y De la Rúa siguieron, con sus distintos estilos, un mismo carril de profundización neoliberal-conservadora. Ahora bien, el incremento brutal de la injusticia en todos sus indicadores hizo inviable la continuidad del modelo.

El número de excluidos, abandonados, segregados constituyeron una hipoteca insostenible para el régimen abierto en 1976. Según datos oficiales, casi tres de cada cuatro niños y jóvenes en 2002 estaban por debajo de la línea de pobreza. En un sentido similar, en el verano del 2000 el ministro de salud Héctor Lombardo admitió que 55 niños menores de un año morían cada día por causas evitables. Este dato desagregado nos da la cifra estremecedora de más de 20.000 niños de menos de un año asesinados por una verdadera e inadmisibles “lotería

biológica”. Los indicadores de desempleo y subempleo complementaron la catástrofe de ese modelo, cuya contracara fue una política sistemática fundada en la corrupción, la impunidad y la protección del privilegio.

Los indultos de Carlos Menem a los genocidas o las relaciones carnales con los EE.UU. configuraron parte de un mismo proyecto, que fue aplicado minuciosamente y hasta las últimas consecuencias.

De esta inviabilidad puede deducirse la eclosión del neoliberal-conservadurismo en la Argentina del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Las consecuencias de estas políticas es preciso enumerarlas, pues un diagnóstico correcto es un imprescindible punto de partida para superar la pesada herencia del proyecto político educativo implementado con un énfasis y profundidad notable desde la última dictadura militar y con especial entusiasmo en las gestiones de Carlos Saúl Menem, Fernando de la Rúa y, con los límites de ese momento histórico, por Eduardo Duhalde.

Si podemos sacar algunas conclusiones centrándonos en la política educativa podemos resumirlas en los puntos siguientes:

- a) Una profunda retracción del Estado en materia de garantías y una vulneración del derecho a la educación, especialmente entre los sectores populares;
- b) Una mayor fragmentación del sistema, que profundizó los niveles de desigualdad educativa –acompañando un incremento sustantivo en la brecha de la injusticia social;
- c) Un empobrecimiento material y simbólico de las mayorías populares, lo que involucra a los educandos y también a buena parte de los educadores;
- d) Una subordinación de la educación a los requerimientos del mercado, con procesos inéditos de privatización educativa;
- e) Una reformulación de la noción de “calidad educativa”, ligada al fortalecimiento del poder de la tecnocracia en detrimento de los saberes de los educandos, los educadores, las comunidades de las cuales la institución educativa es parte, etc.;
- f) Un deterioro notable de las condiciones laborales docentes y una crisis de la “formación docente”, pensada para una institución escolar que había muerto con el capitalismo de bienestar;

g) Un incremento de la cultura jerárquica y burocrática en el funcionamiento del sistema, exacerbando sus peores tendencias autoritarias constitutivas del Sistema Educativo originario.

2001 fue, entonces, un punto de inflexión. Y 2003 marcó un momento de transición, con algunas rupturas muy fuertes en las políticas públicas y, sin embargo, con algunas continuidades que se expresan hoy mismo, marcando los alcances y los límites del proyecto gubernamental actual.

Transiciones Posneoliberales

La primer medida en materia de política educativa con gran impacto mediático fue el viaje de Néstor Kirchner y su ministro de educación Daniel Filmus para anunciar en Entre Ríos un incremento salarial docente y el fin del pago en bonos —una cuasi moneda provincial— comenzando un proceso de recuperación gradual del poder adquisitivo del salario. Este era el estado de situación del sistema educativo (y no sólo educativo) en Argentina, de allí que el punto de partida de reconstrucción de la educación pública sea muy elemental.

Un recorrido por la legislación sancionada por el gobierno de Néstor Kirchner da cuenta de las urgencias, las prioridades, los alcances y los límites de esa política educativa.

En enero de 2004 se sanciona la Ley 25.864, que intenta garantizar los 180 días anuales de clase, preservando explícitamente el derecho constitucional de huelga y comprometiendo a los distintos niveles del Estado a abordar sus compromisos salariales.

En septiembre de 2005 se sanciona la Ley 26.058 de Educación Técnico Profesional, que tiene como mayor mérito restituir la organización de las Escuelas Medias Técnicas, devastadas con la aplicación de la Ley Federal de Educación, y especialmente afectadas por el cambio de estructura.

En ese mismo mes de septiembre, a fines, se promulga la Ley 26.061, de Protección Integral de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes que establece una amplia gama de compromisos de los distintos niveles del Estado en la garantía de todos los derechos que hacen a una vida digna para uno de los segmentos sociales más

vulnerables y desprotegidos, niños, niñas y adolescentes. Esta innegable conquista legal está muy lejos de haberse efectivizado, y reclamará la profundización de un modelo económico-social, político institucional y cultural basado en la noción de justicia.

En enero de 2006 se sanciona la Ley 26.075, de Financiamiento Educativo, que contiene en su formulación aspectos que significan avances y otros continuidades con el esquema impuesto por las políticas neoliberales. En lo positivo, se reconoce la especificidad de la urgencia presupuestaria como elemento central de toda política educativa que se proponga —como señalaba entonces el discurso oficial— procesos amplios de inclusión educativa. En ese mismo sentido se fijan algunas definiciones reparadoras con respecto al período previo: la reconstrucción de la instancia de negociación de las condiciones de trabajo vía paritarias nacionales y provinciales; la fijación de un piso mínimo salarial para todos los docentes y el auxilio financiero del Estado nacional para las jurisdicciones más pobres. Los aspectos pendientes de resolver son básicamente dos. El primero es la clara insuficiencia en la asignación presupuestaria, y el uso de un parámetro controvertido para fijar el presupuesto, que es el porcentaje del PBI. Entendemos que una política democratizadora debe fijar el presupuesto a partir de un diagnóstico que releve las necesidades educativas para asegurar el derecho a la educación y desde ese diagnóstico asignar las partidas necesarias para la efectivización del derecho prometido. El segundo punto que hay que revisar es la injusta distribución de esfuerzos entre la Nación y las Provincias. Para dar un ejemplo concreto: el año en que se implementa la norma, las provincias aportaban entre un 25 y un 37% de sus presupuestos en educación, y la Nación algo más de un 7%. Si bien los aumentos previstos en los cinco años que establece la Ley (que fija incrementos hasta 2010) compromete un aporte mayor de la Nación (60% contra 40% de las provincias cada año), al final del proceso tenemos que de cada 100 pesos las provincias aportan 68 y la Nación 32.

Finalmente, a fines de 2006 se sanciona la Ley 26.206, de Educación Nacional que viene a reemplazar a la Ley Federal de Educación. Al igual que la Ley de Fi-

nanciamiento Educativo, contiene continuidades y rupturas que le dan un carácter ambiguo y aún contradictorio. Sumariamente: se define a la educación como “un bien público y un derecho personal y social garantizado por el Estado” (artículo 2º), pero a la hora de distribuir responsabilidades, como en la Ley Federal aparecen una multitud de actores encargados de la efectivización del enunciado derecho a la educación. En este marco, la LEN formula la obligatoriedad de la escuela secundaria, lo que marca otro innegable avance en términos del derecho. El artículo 10º enuncia la prohibición de que se suscriban tratados en los que se conciba a la educación como un servicio lucrativo o alienten cualquier forma de mercantilización de la educación pública. Este enunciado constituye un reconocimiento, pero omite asumir que ya el sistema educativo está en buena medida privatizado, y que las profundas desigualdades luego de años de privilegiar a la educación privada han consagrado un mapa de enorme injusticia educativa. Ninguno de los privilegios del sector privado (crear sus currículas, regular como les parece el trabajo docente, recibir recursos públicos, expedir títulos) han sido limitados por esta norma.

Otro aspecto importante remite a ciertas contradicciones en la concepción de calidad educativa y la regulación del trabajo docente. Por un lado, la calidad educativa se asocia de manera directa a la elaboración de contenidos por parte de expertos. La idea de “calidad educativa” como saberes producidos por expertos, traducidos por manuales, insertados por los docentes en los niños y jóvenes y evaluados por el Ministerio es una clara continuidad con la perspectiva neoliberal, se trata de formar repetidores lo cual implica no sólo un modo de naturalizar el mundo, sino de condicionar fuertemente el trabajo docente.

Frente a estas definiciones, surgen contradictoriamente otras formas de regular el trabajo docente y su formación. Así, el artículo 71º promueve “la construcción de una identidad docente basada en la autonomía profesional, el vínculo con la cultura y la sociedad contemporánea, el trabajo en equipo, el compromiso con la igualdad y la confianza en las posibilidades de aprendizaje de los/las alumnos/as”.

En el capítulo referido a la Educación Cultural Bilin-

güe, se desarrolla una propuesta de enorme valor político y pedagógico: se propicia allí un proceso participativo de las comunidades originarias en el gobierno de la educación y la construcción de una currícula en la que a través del diálogo y la investigación, con intervención de todas las partes de la comunidad, se definen los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Estas definiciones son enteramente incompatibles con la noción de “calidad educativa” que se desprende de otras partes de la norma y dan cuenta de los límites infranqueables de este instrumento legal.

La prohibición del ejercicio de la docencia a personas involucradas con delitos de lesa humanidad constituye una clara señal que se propone saldar –desde la política educativa– la herencia del genocidio y contribuir a la memoria, la verdad y la justicia.

El gobierno del Sistema, que expresan el Ministerio Nacional y el Consejo Federal de Educación, propone cierta centralización del poder (a diferencia de la Ley Federal, en la Ley Nacional de Educación las decisiones del Consejo Federal pueden ser vinculantes, esto es, de aplicación obligatoria). Nuevos institutos como el Instituto Nacional de Formación Docente o el Consejo Nacional de Calidad de la Educación dan cuenta del esfuerzo por “renacionalizar” un Sistema Educativo verdaderamente desguazado.

Sigue vigente, al momento de este escrito, la Ley de Educación Superior.

En síntesis, podemos afirmar que el período que se abre en 2003 expresa una transición plagada de tensiones y contradicciones, que se propone desandar los caminos recorridos por el neoliberal-conservadurismo en educación.

Se vislumbran algunas claras rupturas con el modelo previo, pero también algunas fuertes continuidades lo que da lugar a un marco normativo que revela, en todo caso, las dificultades para plantear un modelo educativo emancipador (de esto hablamos desde el inicio de estas líneas). El punto de partida tan elemental como el pago de salarios en circulante legal da cuenta del lugar en el que se encontraba la educación en nuestro país.

No se avanzó en la reconstrucción de una cierta unidad nacional del sistema educativo, que constituye una de las llaves para superar la profunda fragmentación y

desigualdad aún vigentes. Tampoco pudo superarse cierta concepción tecnocrática para la elaboración de política educativa. Aún documentos interesantes como el presentado en 2009 para la creación de una “nueva escuela media” ha carecido de la imprescindible participación de los trabajadores de la educación como colectivo interesado en discutir y aportar a un diagnóstico y una propuesta común para rehacer la política y reconstruir la educación pública. El financiamiento sigue siendo insuficiente.

Por otro lado, en el plano más general, el Gobierno ha desplegado una serie de medidas que constituyen valiosos auxilios para la efectivización del derecho a la educación. La asignación universal por hijo para protección social es una herramienta inédita y de gran potencialidad para lograr la incorporación de los niños, niñas y adolescentes a la escuela. Cabe también plantear las asignaturas con adultos.

La medida que contempla la asignación de una computadora para el nivel secundario, anunciada en abril de 2010, también converge en una misma dirección democratizadora.

Todas estas cuestiones nos conducen a un primer objetivo de un modelo educativo democrático: que todos y todas ingresen, permanezcan y terminen la escolaridad obligatoria.

Pero es apenas un punto de partida, pues la educación emancipadora, como vimos con Simón Rodríguez, no se circunscribe a estar, sino a crecer como sujetos con autonomía de pensamiento, capaces de desarrollar todas nuestras potencialidades, comprendernos como sujetos de derecho y como asociados a un proyecto colectivo.

Es hora, para ir cerrando, de pensar por donde pasaría una política educativa que además de asegurar la estadía en las instituciones escolares forme hombres y mujeres libres.

La experiencia bolivariana y los desafíos argentinos, a modo de conclusión

La política educativa en Venezuela viene de una larga lucha por procesos de democratización educativa, convergiendo con la actual búsqueda colectiva por la construcción del Socialismo del Siglo XXI. Es importante señalar en este párrafo introductorio, que esas discusio-

nes no son aplicables de manera mecánica a la realidad argentina pero nos resultan útiles porque, concretamente, nos hablan de las rutas para un proyecto político educativo emancipatorio. En todo caso, nos aportan elementos de un programa político educativo para pensar (y dar) los próximos pasos en nuestro país.

El Movimiento Pedagógico Revolucionario sintetiza esfuerzos que se remontan a los años ochenta del siglo XX y que, si en aquella coyuntura, pensaron una educación liberadora contra el Estado, desde 1998 el desafío es articular estas luchas en consonancia y convergencia con una política transformadora en todos los planos de la vida social.

Señalamos al principio de este artículo como los procesos revolucionarios en Nuestra América, a diferencia de las experiencias del siglo XX, han hecho un camino de recuperación de la memoria histórica como un programa de asignaturas pendientes por la construcción de un orden más justo. Así lo deja entrever la siguiente intervención del Presidente Chávez: “No es entonces mera retórica nuestra bolivarianidad. No. Es una necesidad imperiosa para todos los venezolanos, para todos los latinoamericanos y los caribeños fundamentalmente rebuscar atrás, rebuscar en las llaves o en las raíces de nuestra propia existencia, la fórmula para salir de este laberinto, terrible laberinto en el que estamos todos, de una u otra manera. Es tratar de armarnos de una visión jánica necesaria hoy, aquella visión del Dios Mitológico Jano, quién tenía una cara hacia el pasado y otra cara hacia el futuro. Así los venezolanos de hoy tenemos que mirar el pasado para desentrañar los misterios del futuro, que resolver las formulas, para solucionar el gran drama venezolano de hoy.”

En ese marco se inscribe la recuperación del legado bolivariano. Lo dice expresamente en el artículo 14° de la Ley Orgánica de Educación. Recuperar el pasado, cabe consignar, sin renunciar a las imprescindibles aperturas a otros aportes: “La educación regulada por esta Ley se fundamenta en la doctrina de nuestro Libertador Simón Bolívar, en la doctrina de Simón Rodríguez, en el humanismo social y está abierta a todas las corrientes del pensamiento”.

Así, en agosto de 2009 se sancionó en Venezuela la nueva Ley Orgánica de Educación. Nos importa recupe-

rar algunos de sus tópicos fundamentales, porque están directamente relacionados a esa búsqueda que se propone el Gobierno Bolivariano de construir el socialismo del Siglo XXI, lo cual supone una política educativa transformadora y emancipatoria.

Una de las formulaciones de la nueva Ley Orgánica de Educación es la transformación radical en el papel del Estado y en la propia concepción de educación. Desde su primer artículo señala que esta norma regulará “principios y valores rectores, derechos, garantías y deberes en educación que asume el Estado como función indeclinable y de máximo interés.” En un mismo sentido, su artículo 4º define a “La educación como derecho humano y deber social fundamental” y, complementariamente, reafirma a continuación : “El Estado docente es la expresión rectora del Estado en Educación, en cumplimiento de su función indeclinable y de máximo interés como derecho humano universal y deber social fundamental, inalienable, irrenunciable , y como servicio público que se materializa en las políticas educativas. (...) En las instituciones educativas oficiales, el Estado garantiza la idoneidad de los trabajadores y las trabajadoras de la educación, la infraestructura, la dotación y equipamiento, los planes, programas, proyectos, actividades y los servicios que aseguren a todos y todas la igualdad de condiciones y oportunidades y la promoción de la participación protagónica y corresponsable de la familia, la comunidad educativa y las organizaciones comunitarias (...)” (artículo 5º)

Otro punto de la nueva norma remite a la defensa del laicismo, afirmándose que el Estado “mantendrá en cualquier circunstancia su carácter laico en materia educativa, preservando su independencia respecto a todas las corrientes y organismos religiosos. Las familias tienen el derecho y la responsabilidad de la educación religiosa de sus hijos e hijas de acuerdo a sus convicciones y de conformidad a la libertad religiosa y de culto...”.

Las novedades de la política educativa se ubican en una exigencia rodrigueana: la de la formación de Ciudadanos, en una República, que es un proyecto colectivo de presente y de futuro: “La presente Ley establece como principios de la educación, la democracia participativa y protagónica, la responsabilidad social, la igualdad entre todos los ciudadanos y ciudadanas sin discriminaciones de ninguna índole, la formación para la in-

dependencia, la libertad y la emancipación, la valoración y defensa de la soberanía (...) Igualmente se establece que la educación es pública y social, obligatoria, gratuita, de carácter laico, integral, permanente, con pertinencia social, creativa, artística, innovadora, crítica, pluricultural, multiétnica, intercultural y plurilingüe.” (art. 3º)

Esta perspectiva de construcción de una democracia sustantiva debe tener una consistencia con la vida al interior del sistema educativo: “El Estado, a través del órgano de competencia en el subsistema de educación básica, ejerce la orientación, la dirección estratégica y la supervisión del proceso educativo y estimula la participación comunitaria, incorporando tanto los colectivos internos de la escuela, como a diversos actores comunitarios participantes activos de la gestión escolar en las instituciones, centros y planteles educativos en lo atinente a la formación, ejecución y control de la gestión educativa bajo el principio de corresponsabilidad, de acuerdo con lo establecido en la Constitución de la República y la presente ley.” (artículo 19º)

En términos de la vida de las instituciones educativas varios artículos ordenan estos principios y criterios de participación democrática. En primer lugar, resaltando especialmente el lugar de la comunidad educativa. Dice textualmente: “La comunidad educativa es un espacio democrático, de carácter social comunitario, organizado, participativo, cooperativo, protagónico y solidario. Sus integrantes actuarán en el proceso de educación ciudadana de acuerdo con lo establecido con la Constitución de la República, leyes y demás normas que rigen el sistema educativo. A tales efectos: 1. La comunidad educativa está conformada por padres (...), estudiantes, docentes, trabajadores administrativos (...) obreros (...) de las instituciones educativas, desde la educación inicial hasta la educación media general y media técnica y todas las modalidades del subsistema de educación básica. (...)” (artículo 20º)

Un lugar específico tienen los propios estudiantes, a quienes se les reconoce un funcionamiento colectivo con tiempos y espacios institucionales: “En las instituciones y centros educativos en los diferentes niveles y modalidades del Sistema Educativo se organizarán consejos estudiantiles, sin menoscabo de las otras formas organizativas, destinadas a promover la formación de

ciudadanas y ciudadanos mediante la participación protagónica y corresponsable del estudiantado, tomando en cuenta las especificidades de cada nivel y modalidad.” (artículo 21º)

Además de la “comunidad educativa”, el texto refuerza otras dimensiones de la relación entre proyecto colectivo, participación y ciudadanía. Así regula la relación entre las organizaciones populares y la educación, que adquiere un carácter orgánico. Señala en sus primeros artículos la norma que el Estado promueve la participación social “A través de una práctica social efectiva de relaciones de cooperación, solidaridad y convivencia entre las familias, la escuela, la comunidad y la sociedad, que facilite las condiciones para la participación organizada en la formación, ejecución y control de la gestión educativa” (6.4.a) Y no sólo las familias, es el territorio el que se convierte en un espacio de diálogo permanente con la comunidad educativa y sus prácticas. Así, el Estado promueve la efectiva participación “de las diferentes organizaciones sociales y comunitarias en el funcionamiento y gestión del Sistema Educativo, facilitando distintos mecanismos de contraloría social (...)” (6.4.b)

Los fines de la educación se refieren a una multiplicidad de aspectos. Unos hacen foco en los aspectos de la personalidad: el desarrollo del potencial creativo de cada ser humano para el pleno ejercicio de su personalidad y ciudadanía. En términos cognitivos se establece el compromiso con el objetivo de “desarrollar la capacidad de abstracción y el pensamiento crítico mediante la formación en filosofía, lógica y matemática, con métodos innovadores que privilegien el aprendizaje desde la cotidianeidad y la experiencia” y, en términos políticos y filosóficos, “Desarrollar un proceso educativo que eleve la conciencia para alcanzar la suprema felicidad social a través de una estructura socioeconómica incluyente y un nuevo modelo productivo social, humanista y endógeno.”

Otros fines, pensados para el colectivo social, orientados a la conformación de “una nueva cultura política fundada en la participación protagónica y el fortalecimiento del Poder Popular”. Se defiende una ciudadanía con conciencia nacional; el respeto a la dignidad de las personas; el desarrollo de una conciencia ecológica, “for-

mar en, por y para el trabajo social liberador” , impulsar la integración latinoamericana.

Un Estado, pues, que se propone como garante del derecho a la educación y que propone fines emancipadores debe al mismo tiempo desplegar una política específica hacia el sector privado, preexistente al proceso político-social en curso y antiguo factor de poder en el diseño e implementación de las sucesivas políticas educativas. La LOE le pone claros límites al funcionamiento del sector privado, desde exigencias curriculares a techos en los aranceles. También la concepción de “calidad educativa” y conocimiento legítimo es objeto de un cambio muy profundo.

El articulado se propone, en materia del modelo de conocimiento procesado, producido, distribuido y apropiado en el interior del Sistema Educativo Formal, lograr el “desarrollo socio-cognitivo integral de ciudadanos y ciudadanas, articulando de forma permanente el aprender a ser, a conocer, a hacer y a convivir, para desarrollar armónicamente los aspectos cognitivos, afectivos, axiológicos y prácticos, y superar la fragmentación, la atomización del saber y la separación entre las actividades manuales e intelectuales” (6.3.d)

El Estado también impulsará la “... actualización permanente del currículo nacional, los textos escolares y recursos didácticos de obligatoria aplicación y uso en todo el subsistema de educación básica...” (6.3.g). De manera complementaria, intervendrá “para la acreditación y certificación de conocimientos por experiencia con base en el diálogo de saberes” (6.3.h). El mencionado “diálogo de saberes” presupone “el intercambio de teorías y prácticas sociales, artísticas, de conocimientos, experiencias, saberes populares y ancestrales, que fortalezcan la identidad de nuestros pueblos latinoamericanos, caribeños, indígenas y afrodescendientes.” (6.5.a).

Hemos señalado que la política educativa se propone desplegar equilibrios entra la formación para la ciudadanía plena, para el trabajo liberador y el diálogo de culturas, todo ello tomando como punto de partida los propios intereses o perspectivas de los sujetos de derecho : los educandos.

Se destaca especialmente el concepto de “educación intercultural bilingüe” para aquellos lugares donde estén instalados pueblos indígenas o afrodescendientes.

Se la plantea en los términos que sigue: “La educación intercultural transversaliza al Sistema Educativo y crea condiciones para su libre acceso a través de programas basados en los principios y fundamentos de las culturas originarias de los pueblos y de comunidades indígenas y afrodescendientes, valorando su idioma, cosmovisión, valores, saberes, conocimientos y mitología entre otros así como su organización social, económica, política y jurídica, todo lo cual constituye patrimonio de la Nación. El acervo autóctono es complementado sistemáticamente con los aportes culturales, científicos y tecnológicos y humanísticos de la Nación venezolana y el patrimonio cultural de la humanidad. (...) La educación intercultural bilingüe es obligatoria en todos los planteles y centros educativos ubicados en las regiones con población indígena hasta el subsistema de educación básica. La educación intercultural bilingüe se regirá por una ley especial que desarrollará el diseño curricular, el calendario escolar, los materiales didácticos, la formación y pertinencia de los docentes correspondientes a esa modalidad.”(artículo 27°)

La norma atiende en varios de los artículo al papel de los medios de comunicación, y su rol en el carácter formativo de las jóvenes generaciones. Advierte: “Quienes dirijan medios de comunicación social están obligados a prestar su cooperación a la tarea educativa y ajustar su programación para el logro de los fines y objetivos consagrados en la Constitución de la República. (...) Se prohíbe la publicación y divulgación de impresos u otras formas de comunicación social que produzcan terror en los niños (...) , inciten al odio, a la agresividad, a la indisciplina.” (artículo 9°). Complementariamente, el Estado da herramientas para la intervención: “De las familias, la escuela, las organizaciones sociales y comunitarias en la defensa de los derechos y en el cumplimiento de los deberes comunicacionales para la educación integral de los ciudadanos y las ciudadanas, en la interpretación crítica y responsable de los medios de comunicación social públicos y privados” (6.4.c)

Finalmente, la evaluación se concibe de una manera distinta: “La evaluación como parte del proceso educativo, es democrática, participativa, continua, integral, cooperativa, sistemática, cuali-cuantitativa, diagnóstica, flexible, formativa y acumulativa. Debe apre-

ciar y registrar de manera permanente, mediante procedimientos científicos, técnicos y humanísticos, el rendimiento estudiantil, el proceso de apropiación y construcción de los aprendizajes tomando en cuenta los factores socio-históricos, las diferencias individuales y valorará el desempeño del educador y la educadora y, en general, todos los elementos que constituyen dicho proceso. El órgano con competencia en materia de educación básica, establecerá las normas y procedimientos que regirán el proceso de evaluación en los diferentes niveles y modalidades del subsistema de educación básica.” (artículo 44°)

En suma, aparece planteada una concepción del sentido de la educación, referencias a los contenidos y metodologías del proceso y perspectivas de evaluación que dan consistencia a una propuesta de orientación emancipadora e igualitaria.

Veamos, en síntesis, qué grandes ejes de discusión se plantea el proceso bolivariano: redefinir el rol del Estado —como garante de la educación, concebida a su vez como “derecho humano”— ; los fines de la educación, el gobierno democrático y la reformulación total de la currícula y los saberes valiosos a ser legitimados por el Estado.

Si por un lado son muy relevantes los dispositivos para asegurar que todas y todos se incorporen, otros elementos apuntan al contenido y dirección de la política educativa, de la práctica pedagógica, de las características del trabajo docente. Nos queda por averiguar como se van impulsando estos cambios, pero su aprobación legislativa es ya una expresión de una fuerte corriente que ha tomado las banderas rodriguistas.

¿Y qué ocurre en Argentina?

Aquí, pues asistimos a un panorama ciertamente complejo. Por un lado, el gobierno ha desarrollado modificaciones sustantivas al modelo neoliberal-conservador que hizo eclosión en 2001. Las claves de sus políticas rectificaron los pasos previos, aunque no del mismo modo, con la misma intensidad ni con la misma consistencia.

Frente al modelo de relaciones carnales del neoliberalismo, este gobierno impulsó una fuerte política de unidad latinoamericana.

Frente a la política de impunidad fundada en im-

posibles reconciliaciones, este gobierno impulsó una política de memoria, verdad y justicia.

Frente a un modelo productivo exportador y de servicios se impulsó un modelo orientado a la producción industrial, entre cuyos efectos se cuenta la creación de 5.000.000 de puestos de trabajo desde el 2003 a la fecha. En este marco, las organizaciones de trabajadores recuperaron un papel significativo en la discusión de las condiciones de trabajo.

Frente a un modelo social de exclusión hasta el genocidio por abandono del Estado, se desplegó una política activa de inclusión: más de dos millones de ancianos fueron incorporados al derecho a la jubilación, y la reciente asignación universal por hijo va en un mismo sentido.

Frente a una constelación cultural que privilegió la hegemonía del pensamiento neoliberal y la creciente concentración mediática –vocera de los intereses económicos más poderosos- la sanción de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

En Salud y Educación se heredó un modelo desgastado. En el caso de la Educación, a la crisis financiera y organizativa se agrega una crisis de sentido del propio acto pedagógico. La agenda de la política educativa privilegió hasta ahora –con razón- que todos los niños y niñas, adolescentes y jóvenes– y todos aquellos que fueron privados de este derecho- se (re)incorporaran al sistema educativo.

Muchas otras cuestiones de agenda siguen pendientes, desde la discusión sobre qué entendemos por calidad educativa a la articulación entre la educación y el mundo productivo.

Los debates sobre el sentido político del sistema educativo y de las prácticas pedagógicas, así como su correlato al interior del gobierno del sistema, las instituciones y las aulas configuran otro gran punto pendiente de deliberación y transformación. El contenido del trabajo docente y las nuevas relaciones que deben construirse

constituyen una prioridad fundamental. La promoción de un modelo de trabajo colectivo en el cual el docente tenga participación real en la definición de los fines de su práctica y de los medios para alcanzarlos es una necesidad imperiosa. También aguarda respuesta una reformulación de la currícula –en la que deben intervenir en diálogo distintos saberes- y de las relaciones de la escuela y la comunidad.

En este momento histórico tan especial se juega en nuestro país una lucha cada vez más clara, entre aquellos sectores restauradores que no tienen mejores ofertas que un retorno brutal al pasado y la de aquellos que apostamos a la construcción de un futuro de justicia y dignidad para todas y todos. Esta batalla tiene complejidades adicionales, como las contradicciones e insuficiencias del “campo transformador”, las fuerzas sociales y políticas que los sustentan, hay allí conflictos e inconsistencias que habrá que procesar en el marco de la construcción política. Agrega nuevas complicaciones la agenda de los problemas pendientes de resolución que hasta ahora fueron gestionados sin romper claramente con la herencia de los noventa y, más bien, continuándola.

En el plano de la esfera política, la denominada oposición en líneas generales asumió el programa restaurador de los viejos factores de poder como la Sociedad Rural, lo cual hace más encarnizada esta etapa de pugnas y definiciones.

El mayor riesgo para quienes estamos en el campo educativo es dejar sin discutir la importante agenda de temas que hacen a la construcción de una educación liberadora.

Es claro que la marcha de la educación estará condicionada por la marcha del proyecto político y social más general. De allí que nuestro compromiso deba extenderse al apoyo de todas las medidas que promueven una sociedad más justa. Pero este compromiso no puede excluir el involucramiento con docentes, estudiantes, padres, organizaciones populares acerca de la educación que queremos, a partir de la educación que tenemos.

En tiempos en los que, como diría Antonio Gramsci de su propia época, “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”, vale la invitación de Simón Rodríguez, a inventar un proyecto educativo para Nuestra América.

El Estado y LAS POLÍTICAS DE SALUD

*...“algo se ha agotado en
América Latina,
los pretextos para justificar la pobreza”*
Carlos Fuentes

Introducción

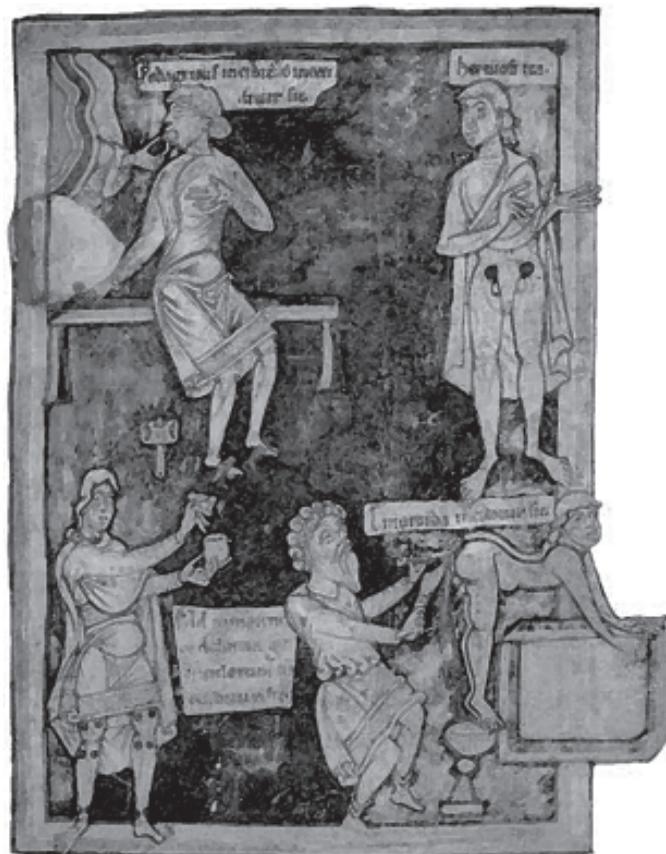
Hay un desafío de gran importancia en el análisis de la Salud en nuestro país con vistas al Bicentenario. Las primeras disquisiciones que se plantean son las relacionadas con el punto desde el cual podemos partir; si las fechas históricas como el año 1492 o el 1810, o la hominización que nos dio el origen mismo de la vida en lo social.

Pero partir desde 1807-1810 es renunciar a múltiples etapas enriquecedoras de nuestra experiencia en la constitución de imaginarios sociales, de aparición de corrientes de pensamiento y de ideologías, que se debieran analizar porque informan modos de interpretar la relación de los pueblos, sus Estados, los gobiernos y las construcciones de sus intelectuales, sus clases y la praxiología emergente en el proceso.

Por ello es pertinente el repaso sobre los modos en que los pueblos abordaron el problema, según sus relaciones internas y externas, su interrelación con las condiciones de su medio ambiente y sus modos de producciones y acumulación.

Sin renunciar a este esquema expositivo, preguntar si podemos encarar cualquier análisis sin tener algunas definiciones sobre que entendemos por salud, discutir sus meritos y usar alguna que operativamente pueda guiar nuestro análisis.

Partimos del principio de que existe un mundo material, finito, describable, ponderable. Somos materialistas. Somos racionalistas en la medida en que no creemos



en la existencia de un orden estático, inmutable. Existen determinaciones que producen fenómenos y procesos en el mundo. Somos deterministas. Reconocemos que esto produce cambios y nuevos puntos de partida. Somos dialécticos. Creemos en la potencia para el análisis de las herramientas que proporciona el legado del marxismo, pero descreemos de la traslación mecánica y acrítica de la visión eurocéntrica que ha alimentado a parte del pensamiento sanitario latinoamericano.

Si la Salud deviene de las ciencias sociales o políticas debiera ser producto de un conjunto de prácticas históricamente localizables y dependientes de la praxis y de matrices institucionales en las cuales las prácticas se insertan como sistema.

*** Médico sanitarista e integrante del Movimiento por un Sistema único de Salud-Córdoba.**

I. Concepto de Salud

No podemos tratar de igual modo al concepto de Salud con la definición de la misma, dado que el hecho de definir implica la operación lógica que expresa los rasgos esenciales del objeto.

Una definición poco clara se origina en un concepto ambiguo y no sirve para comunicar lo que pensamos del objeto en estudio

1.1. La Salud en el contexto de producción

El concepto de Salud esta históricamente determinado y no puede entenderse ni estudiarse fuera de los Modos de Producción o Formaciones Económico-Sociales, y las condiciones de su pérdida o consecución surgen de los cambios de las condiciones materiales de vida. Las últimas causas de todos los cambios sociales y las revoluciones políticas no están en la eterna justicia, sino en transformaciones en el modo de producción. Las buscaremos en la filosofía política, es decir, en las formaciones económicas de la época en que se vive.

1.2. El modo de producción de la comunidad primitiva

Su concepción del mundo fue espontáneamente materialista y realista, sin dejar de percibir y aterrizar por fenómenos para los que no tenía explicación. Razon que llevaba a sus integrantes a creer en fuerzas sobrenaturales.

Sin embargo, nuestros antecesores podían identificar momentos durante los cuales sentían malestar o dolor, momentos libres de molestias, además de los relacionados con el bienestar y la euforia. Desde aquí se observa el dualismo cultural expresado en el binomio conceptual salud-enfermedad.

Pero a medida que avanza el modo de producción de la comunidad primitiva, surgen las dificultades en sus miembros. Como por ejemplo, en los pueblos sedentarios en donde cuidaban mucho a los niños, mientras que los pueblos nómadas enfrentan una realidad con menos posibilidades de cuidados para sus enfermos y minusválidos por sus constantes desplazamientos. Era natural y explicable la muerte en un accidente de caza, toda otra

pérdida se debía a la lucha del bien y del mal, la divinidad y el espíritu maligno.

La actividad reparadora surgió antes que la religión. Las circunstancias obligaron al hombre a asistir a sus congéneres lesionados. A medida que las sociedades primitivas fueron desarrollando nuevas actitudes, nuevas herramientas y tecnologías y fueron adquiriendo mayores bienes, mejor control territorial y por lo tanto necesitaron diferenciar funciones para cuidar lo que ya habían adquirido. Esta custodia en realidad, no sólo era protección, sino quizás también ampliación de sus capacidades de crecimiento y esto implicaba control de nuevos territorios, discusión con aquellos a los que les interesaba mantener territorios que eran adecuados y esto hizo que naciera la necesidad de defenderse y organizarse, de tener fuerzas de defensa o de ataque, y por lo tanto esto derivó en una organización que por un lado hacía defensa, por otro, administración y en tercer lugar gobierno y control social. Dentro del control social apareció el que mandaba y aquellos que cooperaban con él para que mantuviese su poder, esta generalmente fue la clase sacerdotal, que se dio cuenta también que en la medicina, en el tratamiento, en el mantenimiento de la salud podía incorporar conceptos como el del bien y el mal y por lo tanto allí hacer aparecer figuras de orden sobrenatural.

La concepción naturalista, ingenuamente materialista, cedió el cuidado de la Salud a concepciones idealistas de contenido religioso.

1.3. El modo de producción esclavista

El cuidado de la salud seguía basándose en el conocimiento popular. Ulteriormente se ocuparon de ella cada vez más los sacerdotes y jefes de tribu por el prestigio y dominio que podían ejercer a través de su conocimiento.

Sus actividades se vincularon con la religión y con ello se modificaron las concepciones sobre el origen y naturaleza de las enfermedades. Dioses malos de la enfermedad (demonios) y dioses buenos de la salud. En el seno de estas sociedades aparece un fenómeno peculiar. En sus conflictos de relaciones con otros pueblos, el vencido no es exterminado, pero si sometido a esclavitud y usado como fuerza de trabajo en construcciones

de sistemas de irrigación, templos, palacios o como trabajadores en actividades agrícolas, mineras o fabriles. De allí que estas civilizaciones llegaron a construir obras hidráulicas que permitieron elevados niveles de saneamiento básico, como alcantarillado, acueductos, y desecación de pantanos. Al mismo tiempo las castas administrativas y sacerdotales dictaron códigos como el de Amurabi o leyes y preceptos higiénicos de cumplimiento obligatorio como las inscriptas en la Biblia y el Talmud, que reglaban la vida diaria.

Las guerras de expansión o de defensa, generaron la preocupación de atender a los heridos y esto dio lugar a los cuerpos destinados a cuidar la salud y la higiene de las tropas. La aparición de normativas del cuidado del bienestar y el mantenimiento de la capacidad operativa de las tropas origina la aparición de cuerpos sanitarios ajenos a las castas sacerdotales. Este fenómeno se dio tanto en el continente indo europeo como en el nuestro.

El modo de producción esclavista no se extinguió con el advenimiento de la revolución industrial, sino que en alguna medida fue un importante motor de la misma al permitir la existencia de productores de insumos a muy bajo costo, para sus industrias en expansión. Dentro de este modo el esclavo era un bien valioso, que una vez entrenado y especializado, alcanzaba elevadas cotizaciones que justificaban su cuidado, hasta por que su adquisición no era gratuita.

Otra fue la situación en el ámbito de la colonización española con sus sistemas de encomiendas de tierras y pobladores, que por la gratuidad de los encomendados no justificaba su cuidado, llevando la explotación hasta el agotamiento y muerte de los naturales de la tierra. Estos podían ser fácilmente sustituidos y su cantidad y sumisión parecían inagotables.

1.4. El modo de producción feudal

Concomitante con el modo de producción esclavista, aparece otro modo de dominio de la base económica y supra estructural de la sociedad.

El clero y la nobleza crearon una simbiosis para su propio provecho, basándose en la invocación del derecho divino. Esto dio lugar a que protestas de siervos, campesinos y ciudadanos fuesen tildadas de herejía. La

Escolástica, filosofía dominante en manos de la Iglesia, justificaba ideológicamente el feudalismo, la explotación de los siervos y la sanción de toda disidencia.

Como clara expresión de la necesidad de evadir este control y este dominio agobiante, aparecen divergencias fundadas en interpretaciones religiosas que revalorizan otros modelos interpretativos de la relación con la fe y que cuestionan el papel de las jerarquías religiosas y políticas.

Además del cisma religioso, generan adhesiones políticas, económicas e interminables conflictos de intereses que se traducen en un nuevo reparto de poder en el mundo europeo. Esta situación que genera grandes masas en movimiento, la aparición de hambrunas y epidemias para las que no eran eficientes las invocaciones divinas, obliga a los Estados a generar medidas de sanidad como las cuarentenas que trataban de evitar la difusión de enfermedades a partir de viajeros y comerciantes.

Sobre las rutas comerciales aparecen hospederías para enfermos y nuevas técnicas dirigidas a recuperar la salud por el contacto con la fuerza progresista del pensamiento de la cultura árabe.

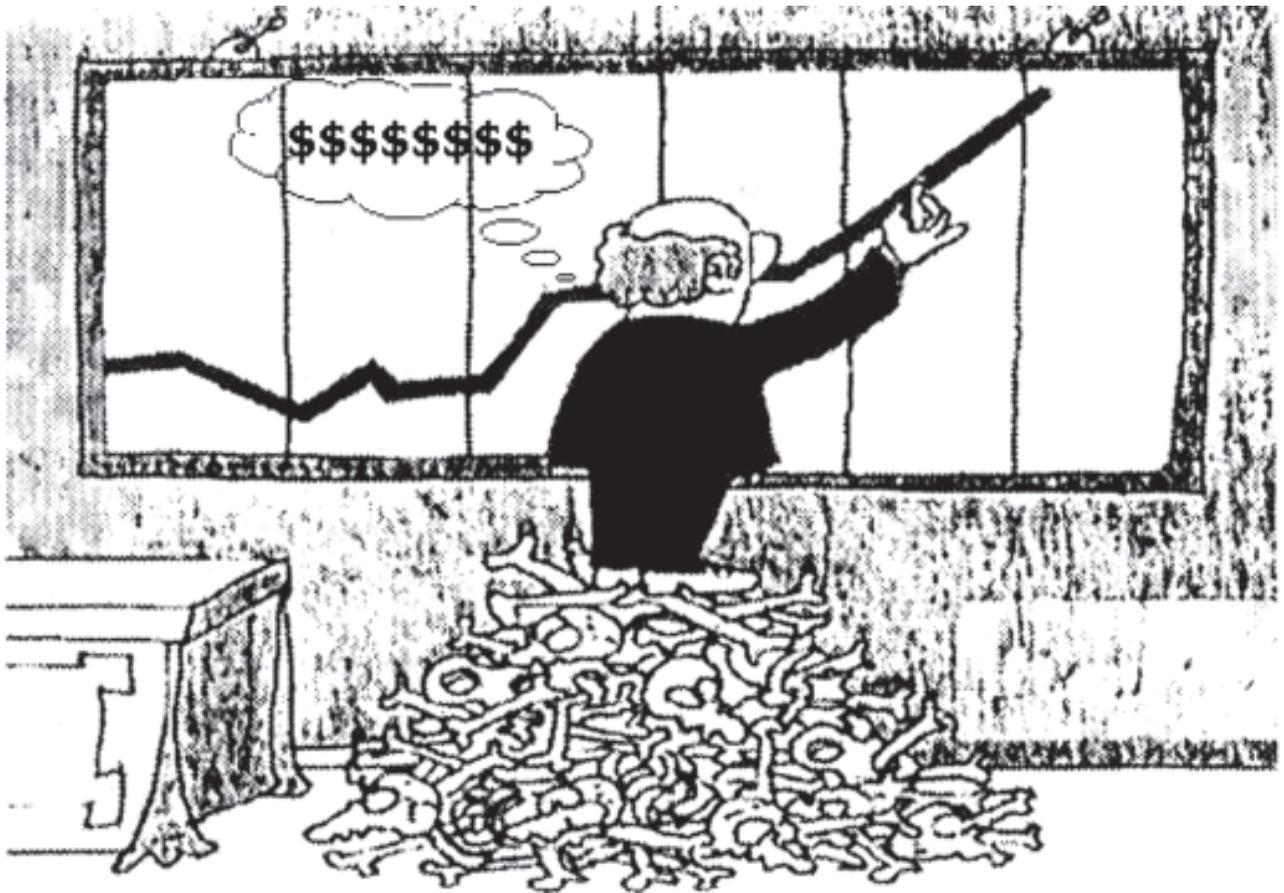
La necesidad del señorío feudal y de la Iglesia de contener el pensamiento materialista da origen a un periodo de guerras y a la creación de la Inquisición.

1.5. El modo de producción capitalista

Hacia fines del siglo XIV aparecen fenómenos transicionales hacia el capitalismo en su fase mercantilista de acumulación originaria del capital. Esto se produce a través del reparto del mundo conocido y por conocer por los países más poderosos de entonces. Esta acumulación originaria se realizó a sangre y fuego y tuvo características genocidas sobre los pueblos americanos sometidos a servir de mano de obra de bajo o ningún costo.

Se estima en más de sesenta millones la cantidad de muertos por el hierro, pólvora, hambre y enfermedades que eran desconocidas en estas tierras.

El modo de producción capitalista presenta rasgos diferenciales en sus fases mercantilistas, pre-monopolista y en la monopolista o imperialista. Asimismo debe analizarse en los países desarrollados y en los de la periferia



en su condición de dependientes en su relación con las grandes metrópolis.

En los países centrales preocupados por incentivar su capacidad productiva y militar aparecen normativas destinadas a mantener una población sana y se sostiene que el gobierno es responsable de la salud del pueblo.

El maquinismo concentra poblaciones en centros industriales, en condiciones de hacinamiento e insalubridad y esto pone el foco en la salud del trabajador para mantener la eficiencia y eficacia del mismo. Simultáneamente, un largo proceso intelectual de aceptación de la dignidad humana daba lugar a declaraciones sobre derechos del hombre y los ciudadanos y a obras fundacionales como el “Manifiesto Comunista” y “La situación de la clase obrera en Inglaterra”.

Los primeros móviles de las políticas de salud fueron utilitarios, preocupaba obtener obreros sanos y de buen rendimiento para las insalubres industrias y soldados aptos para las guerras de imposición de hegemonías comerciales.

Esta hegemonía de los países capitalistas centrales produjo al interior de ellos una mejora de los niveles de

salud al modificar positivamente las condiciones de pleno empleo, ingresos altos, saneamiento ambiental, educación y vivienda y mejor alimentación.

El mantenimiento de estas condiciones mejoradas de vida alcanzó a toda la población. La necesidad de focalizar sobre accidentes y patologías ocurridas en y por el trabajo, generó la aparición de seguros o servicios de salud obligatorios para obreros y trabajadores; extensivos algunos a sus familias, financiados en forma tripartita por el trabajador, el patrón y el gobierno. En última instancia, sólo cuentan los aportes del asalariado y el eventual subsidio del Estado ya que el aporte patronal proviene de la plusvalía generada, la que es apropiada por el patrón.

El nuevo rol de Occidente

Entre 1837 y 1897 Occidente había consolidado su hegemonía sobre todo el mundo. En el curso de cuatro siglos todo país no occidental había sido dominado o había conservado una independencia relativa al someterse a las condiciones dictadas por las potencias cen-

trales. Pedro el Grande de Rusia en 1694, la dinastía Meiji en 1868 en Japón, representan la emergencia de potencias no europeas en busca de presencia y atentas a lo que pasara en China. Estados Unidos de América, que desde 1776 comienza a consolidar su fortaleza sacudiéndose de la tutela de Gran Bretaña y Francia y avanzando sobre México y los restos del Imperio Colonial Español, marcando de este modo sus posiciones continentales a través de la Doctrina Monroe.

Sin embargo, este corte histórico, como el corte de un tejido que representa las secuencias de la historia, revela la dialéctica de otros procesos sociales, tecnológicos, políticos y filosóficos que configuran instancias que marcaron los devenires de sociedades, pueblos y continentes. De este modo, una burguesía en busca de identidad desde los albores del milenio, emerge y se consolida a través de los ímpetus mercantilistas de las ciudades-estado en búsqueda de oportunidades de acumulación y poderío y a la búsqueda de rutas seguras que permitieran evitar los peajes, la piratería y otros problemas que usuraban ganancias, exigía la apertura de otras rutas. Las nociones de la geografía copernicana y el astrolabio permitieron pensar otros derroteros y hallar nuevas viejas tierras y asombrarse y asombrar en el encuentro de diferentes.

En ese momento, en este contexto, aparece un conflicto de cosmovisiones que aun persiste.

Durante 518 años los buscadores de riquezas escribieron su historia e impusieron sus designios y sus normas, y durante el mismo tiempo los pueblos originarios construyeron sus mecanismos de resistencia y supervivencia. Este proceso de una crueldad inusitada no vaciló en vejar y explotar hasta el exterminio a comunidades enteras.

Tan nefasta y destructiva como la explotación, fue la propagación de enfermedades desconocidas para las cuales no había defensas. La negación de la condición humana justificaba cualquier sevicia. El invasor-conquistador venía de una larga tradición de desconocer al otro. Ya en sus dominios había exterminado y sometido al que hablaba distinto, al que tenía otros dioses o aquellos que defendieran tierras codiciadas. Aquí repetiría y perfeccionaría los mecanismos en que era ya experto.

Cabe preguntarnos si esta constelación de políticas

que responden al decir de Carlos Marx: “el capitalismo vino al mundo chorreando sangre y lodo”, podría haber sido exitosa sin la complicidad desde el interior de los pueblos explotados. Esta realidad merece, por cierto, un análisis más exhaustivo ya que se repite en esta época de ciencia, tecnología y cibernética.

Estas incorporaciones de contenidos científicos y tecnológicos son apropiados por los estamentos tecnocientíficos y burocráticos que son subordinados sistemáticamente al poder de las empresas, que a través de subsidios a los investigadores y a las casas de estudio, orientan la investigación hacia proyectos que sirven a sus intereses, que no necesariamente son los de la población. Esto naturalmente genera dependencia y facilita el traslado de nuestros conocimientos a los centros de poder, que consiguen maximizar sus resultados económicos aumentando las diferencias entre los países centrales y nuestras economías dependientes, con el consiguiente deterioro de nuestra calidad de vida y por ello de la salud de nuestros pueblos.

1.6. La salud en el modo de producción socialista

En este contexto, la Salud se caracteriza por su orientación hacia la protección del colectivo, por su comprensión del fenómeno de construcción como bien social, con el objetivo claramente definido de integrarse a la



ley fundamental de ofrecer la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de la población. Se parte de principios generales y sencillos, que son negados u olvidados en los estados capitalistas y en los dependientes que no lograron superar las ideas neo-conservadoras.

Los resultados obtenidos por Cuba, un país americano que se declaró socialista hace 50 años, se lograron porque el Estado se responsabilizó por la salud de todos y cada uno de sus ciudadanos, poniendo a su alcance servicios de salud gratuita, con un carácter integral, preventivo y curativo. Los servicios son planificados e integrados al Plan de Desarrollo Económico y Social del país y se nutren del desarrollo técnico y científico de sus casas de estudio.

La diferencia esencial parte de eliminar el carácter de mercancía que el capitalismo le asigna a las enfermedades y a su tratamiento, y de operar sobre la conciencia participativa de la población en la mejora de su calidad de vida.

Se opera bajo una definición que plantea «salud es una categoría biológica y social que existe en unidad dialéctica con enfermedad resultante de la interrelación dinámica entre el individuo y su medio y que se expresa por un estado de bienestar físico, mental y social y esta condicionado por cada momento histórico del desarrollo social».

Se puede demostrar que una mejor política de Salud basada en un Estado responsable y con la participación activa de la comunidad organizada, es camino. Buscando demostrarlo analizamos indicadores de Salud de alta sensibilidad. Ellos no expresan en forma positiva la existencia de Salud, sino que lo hacen al expresar las consecuencias de su falta.

Posiblemente, el más sensible de ellos sea la mortalidad de menores de un año, y para ello medimos cuántos nacidos vivos en un determinado periodo (un año) mueren. Seleccionamos siete países de habla hispana, de los cuales seis administran con distintos grados de adhesión al liberalismo económico sus jurisdicciones, algunos tratando de cambiar su filosofía política, otros titubeantes pero compelidos por sus pueblos, y el séptimo decididamente en marcha con una visión socialista.

Adoptamos el criterio de usar información universalmente reputada de confiable, proveniente de informes

disponibles de la OPS. Se usó información disponible sobre el promedio de defunciones de menores de 1 año y de sus tasas en el periodo 2001/2003 según se expresa en el siguiente cuadro:

Cuadro I.a.

PROMEDIO anual de defunciones y tasas observadas en el periodo 2001/2003 en Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba, México, Uruguay y Venezuela.

PAIS	TASA MORTALIDAD PROMEDIO	DEFUNCIONES MENORES DE 1 AÑO
Argentina	16,56	34.268
Chile	8,42	6.058
Costa Rica	14,09	3.094
Cuba	5,43	1.141
México	30,76	60.004
Uruguay	17,80	2.238
Venezuela	17,86	27.954

De la observación de estos datos nos interesó preguntarnos cuantos fallecimientos se podrían haber evitado aplicando las políticas de salud que se expresan en la tasa cubana y obtuvimos estos resultados:

Cuadro I.b.

Expectativa de fallecimientos de menores de 1 año aplicando tasa cubana y diferencias favorables emergentes de su aplicación a cada país.

PAIS	Nº DEFUNCIONES	DEFUNCIONES SEGÚN TASA CUBANA	DIFERENCIA
Argentina	34.268	11.223	23.045
Chile	6.058	3.907	2.151
Costa Rica	3.094	1.192	1.902
México	60.004	10.592	49.412
Uruguay	2.238	683	1.555
Venezuela	27.954	8.499	19.455

Nos queda una sola pregunta: ¿qué le pasaría a Cuba si hubiese renunciado a su política de salud y hubiese adoptado una política similar al resto de los países observados y que podría traducir en una tasa promedio de 17,58 por

mil, en este caso sus 1.141 defunciones se convertirían en 3.718, lo que implicaría triplicar su número de defunciones y por lo tanto el dolor de sus madres?

Aquí también cabe mencionar la ayuda solidaria que este país envía ante la cruel realidad sufrida en Haití, un pueblo devastado por el fenómeno de la naturaleza, con una historia de pobreza y esclavitud desde la llegada de los conquistadores, al que Cuba aporta desde antes del desastre médicos y personal sanitario.

2. Análisis de la situación actual

En nuestro país es habitual hablar de sistema de salud para referenciar al disfuncional sistema de Atención de la Enfermedad, que más que un Sistema es un complicado entramado de instituciones Públicas: 400 organizaciones gremiales desfinanciadas, oferentes de servicios médicos, proveedores de tecnologías promovidas por el omnipresente complejo farmacéutico multinacional y corporaciones profesionales que no logran ordenar a sus asociados que no respetan su normatividad.

Nos podríamos permitir referenciar que mientras la Salud tiene este escenario histórico del abandono, la Educación, una de las prioridades en los intereses de la población en general, posee una existencia que positivamente la construyó como sistema debido al impulso orientador que le aportó Domingo F. Sarmiento y las presidencias sucesivas, con planes que más allá de sus defectos, siguen aportando a la misma la coerción de un estamento incuestionable, cuya prioridad no es el analfabetismo sino la educación integrada al proyecto de Nación.

Sin dudas, que en Salud no es lo mismo, salvo en el corto período de 1946 a 1955, luego del cual el Estado aceptó la condición de contrato mercantil de la recuperación de la salud, vía su tratamiento arancelado. Esta aceptación de que las reglas del mercado rigen los procesos de recuperación de la salud no se traduce en mejoría de la calidad de prestaciones, sino en una lucha por la captura de clientela.

La atención de la enfermedad dependió siempre del sistema socioeconómico del que era producto y revelaba las tensiones internas del mismo y las relaciones de fuerza entre clases en su interior.

La medicina pública, herencia de la colonia en forma de hospitales de beneficencia, y los intentos organizativos estaduales para atender ejércitos en campaña y controlar epidemias, configura el panorama con que se encontraron los convocados inmigrantes que de a miles llegaban a nuestro país. Un primer momento de generosa recepción con esmerada atención higiénica sanitaria, controles de salud y atención de enfermedades, prometía protección futura, que la realidad se encargó de desmentir.

Ante esta situación, con el hacinamiento en conventillos de condiciones higiénicas precarias, y la consecuente aparición de enfermedades; surgen las sociedades de Socorros Mutuos que cubrían asistencia médica, farmacéutica y otorgaban subsidios y ayuda económica en situaciones de invalidez, desocupación o fallecimiento.

Sus primeras manifestaciones se dieron por solidaridad general. En un segundo momento prima la solidaridad de colectividades, dando lugar a instituciones que aún perduran.

2.1. Los primeros intentos argentinos

En función de las tensiones generadas por un proceso de incorporación, que pretendía la aceptación de condiciones de explotación que no condecían con las expectativas de los trabajadores y en busca de normalizar un código laboral, el gobierno encarga un informe sobre el estado de las clases obreras en la República Argentina, y su miembro informante, Juan Bialet Massé (1904), propone una serie de medidas que recién se implementaron 30 años después por la gestión parlamentaria de Alfredo Palacios. Mientras esto ocurría, se implementaban medidas antiobreras y se dictaba la Ley de Residencia. Este era el progreso deseado por las clases dominantes

La política de Estado no protegía ni la salud de los trabajadores ni de la población. Esto se agravaba con la falta de recursos del interior y la falta de un órgano conductor central de los esfuerzos sanitarios.

Esta situación, donde la población sentía que era víctima de la ausencia de la protección prometida en algunos casos e injustamente despojada de derechos, generó formas de resistencia que se expresan en el crecimiento exponencial de organizaciones de ayuda mutua, las que desde 500 en el Primer Centenario llegan a 2.000 en el año 1940.

Ministerio de Salud pública.

A la derecha de Evita el
Dr. Ramón Carrillo (1950)
(Archivo General de la Nación)



La emergencia en la década del '40 de un movimiento que logra un ascenso de los trabajadores y un mejoramiento de sus condiciones laborales y una mejor participación en el producto bruto interno favoreció la aparición de un sindicalismo alineado con el gobierno, lo que modificó las relaciones de fuerza dentro del Estado.

Sobre la experiencia solidaria acumulada desde 1900 hasta ese momento, se gestó una política de grandes institutos por rama de actividad: bancarios, ferroviarios e industrias cárnicas, donde además de grandes hospitales centrales también aparecieron Hospitales Regionales y locales dependientes de esos mismos Institutos, que además promovieron actividades de otro tipo como turismo social. Fuera de estos grandes institutos aparecieron Obras Sociales por ramas de actividad, de la cuales aquellas que no tenían servicios propios acordaban prestaciones con efectores públicos o privados en defecto de los primeros.

En cuanto a proyecto de Salud, entendiendo que ese sistema de prestaciones médicas y sociales no contemplaba a la totalidad de la población y no ofrecía la cobertura territorial necesaria, se crea en 1946 el Ministerio de Salud Pública. Éste, bajo la conducción del Dr. Ramón Carrillo, asume la responsabilidad de asegurar el derecho a la salud en todo el territorio nacional, y por lo tanto, compromete todo el esfuerzo en el control y erradicación de las grandes epidemias que asolaban el NOA y el NEA: paludismo, chagas, cuya reemergencia hoy, sólo se puede explicar por el abandono de estas grandes luchas, por un Estado ausente. Se promovió la formación de personal especializado y se puso en marcha una

política de producción nacional de medicamentos (EMESPA). El número de camas hospitalarias pasó de 66.000 a 136.000 y se crearon numerosos hospitales en provincias y territorios.

El intento de consolidar una conducción central normativa y capaz de priorizar acciones y asignaciones de recursos, no dejó de tener enemigos internos y externos, entre los internos algunas conducciones gremiales que administraban sus Obras Sociales. Las obras sociales resentían, no de la política sanitaria en general, sino de que los aportes del tesoro, que podrían fortalecer sus estructuras y beneficiar a sus afiliados, fuesen canalizados a proyectos que ellos no controlaban.

Esto, que en aquel momento se callaba por disciplina política, fue el motivo real del fracaso del SNIS (Sistema Nacional Integrado de Salud) en 1973, que fue boicoteado por las Obras Sociales, muy cuidadosas de sus cajas.

Esta experiencia política generó una participación popular interesante y un compromiso en la idea de salud como derecho, que en 1973 generó la participación entusiasta en todas las acciones tendientes a recuperar el Hospital Público, tanto en su deteriorada infraestructura, como a forzar el desplazamiento de sus desideologizadas conducciones.

El periodo 1973/1974 fue muy complejo y permite apreciar la multiplicidad de causas que originaron esa enorme efervescencia popular. En el terreno de la Salud se comenzaron a desarrollar gran cantidad de experiencias de inserción en la comunidad. Algunas de ellas de amplia cobertura territorial basadas en redes de con-

fianza que orientaban cantidad de consultas hacia servicios cualificados. Estas redes de confianza eran un fenómeno colectivo de construcción solidaria, intentaban un modo de construcción desde la base, que tuviese como fundamento la participación del vecino en la creación de la salud en su área y en su recuperación cuando fuese necesario. Ya antes de marzo de 76 empezaron a desaparecer militantes populares, integrantes de esas redes que pensaban que otra salud pública era posible. El modelo que se propagaba no podía tolerar una salud liberadora, y por lo tanto, muchos de ellos desaparecieron. Otros fueron maestros en otras tierras, y porque no, muchos desertaron, se pasaron con armas y bagajes al enemigo y contribuyeron a la destrucción sistemática de la participación estatal. Esto que recordamos da cuenta de una constante en la relación de los gobiernos con los derechos de la población en sus políticas de salud.

Con meridiana claridad, la construcción de condiciones que mejoraran la calidad de vida y la dialéctica del proceso salud-enfermedad se confiaba a las reglas del mercado en los gobiernos orientados por derechas neoservadoras satisfechas con su relación dependiente.

Durante los cortos intervalos de gobierno democrático se reintentó revisar políticas sanitarias heredadas de estos gobiernos anti populares y dependientes; la simple enunciación de políticas autónomas en el área de medicamentos produjo la caída del gobierno del Dr. Arturo Illia.

2.2. El neoliberalismo en el país de las privatizaciones

Y como broche final en la década de los '90, un gobierno que se presentó como popular terminó comprando en bloque toda la política económica y la sanitaria enunciadas por el Consenso de Washington, el Banco Mundial, y el resto de organismos internacionales y preciándose de sus relaciones camales disolvió el resto del sistema sanitario nacional, para lo cual lo atomizó y desreguló completamente.

Hoy, advertimos que muchas de las medidas puestas en juego surgen de una toma de posiciones tendientes a reforzar las posibilidades de bienestar colectivo. Pensamos que estas búsquedas pueden ser llenas de buena voluntad política, pero vacías de ideología sanitaria, temerosas de dar el paso necesario para desinstalar el apoyo y subsidios a un sistema basado en la lógica del lucro y

no en la de servicio. Seguimos atados a una concepción de ajuste de gastos. La grosería de esta concepción es que considera los presupuestos de Salud y Educación como gastos ajustables y no como inversión, despreciando las externalidades positivas que son esperables, e ignorando las negativas que surgen del tratamiento actual.

Las clases dominantes pretenden consolidar la lógica de mercado y no la de derechos, e instalar operaciones de consenso para legitimar su oferta de un anárquico -no sistema de salud- que sólo le resta a los menos protegidos por el Estado y favorece el lucro de los empresarios de la salud, sean estos Bancos, asociaciones profesionales, confederaciones de clínicas y sanatorios u oferentes de mil propuestas no integradas, como las que se ofrecen diariamente por los medios masivos de comunicación.

Es evidente, que una minoría con poder económico y comercial controla muchos aspectos de nuestra sociedad e impone su discurso, creando la imagen de mayoría y de legitimidad al obturar los canales de comunicación de propuestas alternativas más razonables. Estas propuestas deberían forjarse en un debate social, que se refleje en el



parlamento, pero que no abandone el territorio, los hogares, centros vecinales, los gremios y las asociaciones. El ejemplo de la Ley de Medios es aleccionador.

Como primer paso creemos necesario abrir un debate sobre una Ley Marco, que encuadre a todo el sistema sanitario nacional recuperando la iniciativa ciudadana hoy en manos de las corporaciones. Es este el momento propicio para abrir la discusión.

2.3. Un contexto legal

La obscenidad del ataque a las economías familiares de las “prepagas”, el costo de bolsillo de las prestaciones negadas, la multiplicación del precio de los medicamentos y la desinversión en salud son tan evidentes, que ya no admiten las naturalizaciones con que siempre se las pretendió justificar.

Plantearse una Ley Marco de Salud implica definir territorialidad de su aplicación, discutir en relación con normativas que regulan o no el desempeño de los distintos actores tanto en su condición de personas físicas o ideales. Importa avanzar en las exigencias sobre patrones normativos, sobre calidades, cualidades y cantidades de sus operadores y sobre los criterios de selección de ellos.

Debe clarificarse la integración societaria de las Enti-

dades no estatales que operan en el sistema para evitar la integración vertical, evitando la formación de prestadores únicos en determinados campos que existen bajo la forma de monopolios privados sobre patologías crónicas.

Es imperioso avanzar en la regulación de la actual incorporación acrítica de tecnología, tanto en cuanto a medicamentos como aparatología de última generación. Consideramos importante recuperar discusiones que se han dado en distintos lugares de nuestro país y que confluyeron en un proyecto de Ley Marco que fuera elevado a tratamiento legislativo.

Es justo establecer una clara analogía de la falta de debate parlamentaria con que se postergó años el tratamiento de la Ley de Medios.

El sistema político imperante ha conseguido, con la falta de información sana y veraz y al carecer de política sanitaria, convertir la falta de salud en una fuente de recursos y poder. Cuanto menos Salud hay, mas justificación y ganancias para el complejo médico-fármaco-industrial protegido por regulaciones dirigidas paradójicamente a proteger un mercado desregulado de fácil penetración y saqueo.

Para el capitalismo, en cualquiera de sus formas, todo es ganancia: el hambre, la ignorancia, la enfermedad, y aún el provocar muertes, es oportunidad de lucro.

Fuentes:

-Área de salud del Instituto de Estudios y Formación de la CTA.

Instituto de Investigaciones Pedagógicas “Marina Vilte” de la CTERA -Políticas de Salud. Mercantilización y resistencia.

Barri Horacio-Hacia una política nacional de Medicamento -Reflexiones sobre Obras Sociales y el Sistema de Salud en la Argentina.

Breilh Jaime- Epidemiología crítica—Ciencia emancipadora e interculturalidad.

De Almedia Filho Nahomar- Ensayos de deconstrucción de la epidemiología.

Engels Federico- La situación de la clase obrera en Inglaterra.

Escudero José Carlos- Acceso al Sistema de Salud por derecho de ciudadanía.- Gripe porcina - la fiebre del negocio.

Galeano Eduardo- Las venas abiertas de América Latina

González Teresa - Médicos del Mundo- La sanidad como negocio

Kliksberg Bernardo- Nuevas direcciones en el debate mundial sobre la pobreza y el desarrollo social

López Casaniego Virginia - Barcala Alejandra- La situación de salud de la infancia como urgencia

López Ricardo Vicente- En torno a la propiedad privada

Marx Carlos- El capital: crítica de economía política- Grundrisse: Fundamentos de las críticas a la economía política

Marx Carlos - Engels Federico- La ideología alemana

Rachid Jorge- La última elección del Consenso de Washington, Una lógica perversa

Romero José Luis- Estudio de la mentalidad burguesa

Salvatore Ricardo- Sobre el surgimiento del estado médico legal en la Argentina 1890 - 1940

Testa Mario- Pensamiento estratégico y lógica de programación – El caso de salud

Tognoni Giani- Genocidio por desigualdad

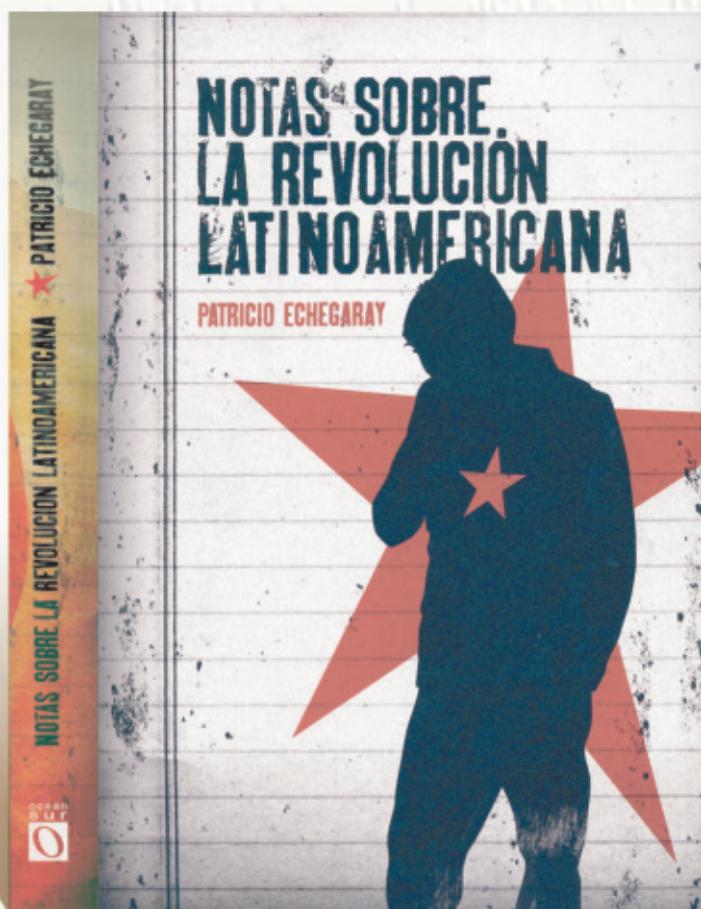
Ugalde Antonio - Homenides Nuria- Medicamentos para lucrar. La transformación de la industria farmacéutica.

Patricio Echegaray es un infatigable peregrino que hace muchos años se lanzó al camino...

.... es uno de los más firmes y consecuentes seguidores de ideas del Che sobre solidaridad e internacionalismo, y de los más dedicados a estudiar el reverdecimiento de las luchas anticapitalistas y a tender puentes entre los procesos nacionales de transformación social más descollantes y significativos.

... es como los *griots* africanos que marchan, de pueblo en pueblo, narrando historias y leyendas: historias y leyendas que aprende viendo con sus propios ojos y palpando con sus propias manos: historias de Argentina, Bolivia, Cuba, Colombia, Ecuador, El Salvador y Venezuela; historias de Nuestra América, como la llamó José Martí. **Notas sobre la revolución latinoamericana** es fruto de este esfuerzo. (Fragmentos del prólogo realizado por Roberto Regalado)

El ser humano piensa como vive...





*“Me siento tan patriota de Latinoamérica,
de cualquier país de Latinoamérica, como el que más
y, en el momento en que fuera necesario, estaría dispuesto a
entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los
países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie,
sin exigir nada, sin explotar a nadie”*